



Segunda época, año IV, número 22

ISSN 0185-061X

Director: Carlos Quijano

CUADERNOS DE MARCHA

URUGUAY: 10 años de dictadura

Carlos Quijano / Samuel Lichtensztein

Crisis en México

Rolando Cordera

Cinco relatos de Cristina Peri Rossi

Beatriz Sheridan por Alberto Dallal

La incógnita argentina

Juan Carlos Portantiero

JULIO 1983

60 PESOS

¿Adónde va Felipe González?
Héctor Borrat



centro de investigación
y docencia económicas, a.c.

Economía de América Latina 9

PERFILES Y CONTRADICCIONES DEL DESARROLLO AGRÍCOLA RECIENTE

I...ARTÍCULOS

La ocupación de mano de obra en el agrolatinoamericano: aportes para una discusión. Benito Roitman

Alimentos y materias primas agrícolas: la cooperación Sur-Sur una exigencia ineludible. Belfor Portilla R. y Silvia del Valle.

Notas para un diagnóstico del sector agrario argentino. Guillermo Gallo Mendoza, Rolando García y Ernesto Jaureteche.

El desempeño de la agricultura brasileña en los años 70. Angela Kageyama y José Graziano Da Silva.

Reacciones en contra de la legitimidad revolucionaria de la reforma agraria en México. Manuel Agullera Gómez.

Fronteras en retirada: Aspectos de la internacionalización de la producción agrícola de Estados Unidos y México y sus implicaciones para las relaciones bilaterales en los ochenta. Steven E. Sanderson.

II...ANÁLISIS NACIONALES: Argentina, El Salvador, Nicaragua.

III...DIFUSIÓN E INFORMACIÓN: La industria farmacéutica mundial.

De venta en las principales librerías del D.F. y Provincia		
Suscripción:	Número suelto:	
	México	\$ 340.00 m.n.
	Extranjero	\$ 8.00 US.
	anual	bianual
México	\$ 620.00 m.n.	\$ 1.100.00 m.n.
América Latina y el Caribe	\$ 12.00 US.	\$ 20.00 US.
EUA y Canada	\$ 14.00 US.	\$ 25.00 US.
Europa y resto del mundo	\$ 17.00 US.	\$ 30.00 US.

Los cheques y giros postales deberán hacerse a nombre de: CIDE, A.C.

DIFUSIÓN Y DISTRIBUCIONES CIDE

Apartado Postal 116-114

Delegación Alvaro Obregón 01130, México, D.F. Tel: 570-2022, ext. 140 y 187



CUADERNOS DE MARCHA

Segunda época, año IV, núm. 22
México, julio de 1983

Director:

Carlos Quijano

Administrador

Ruben Svirsky

Secretario de Redacción

Gustavo Galvez Kobeh

Edición: Hugo Vargas

Consejo Editorial:

Teresa De Barbieri, Samuel Lichtensztein, Carlos Martínez Moreno, Nelson Minello, Carlos Quijano, José Manuel Quijano, Ruben Svirsky y Raúl Trajtenberg.

Los artículos de *Cuadernos de Marcha* son exclusivos. Se autoriza, no obstante, su reproducción siempre que se cite la fuente.

Cuadernos de Marcha es una publicación bimestral editada en México por el Centro de Estudios Uruguay-América Latina (CEUAL, A.C.). Aparece el último día de cada bimestre. Sus oficinas están ubicadas provisoriamente en Copilco 300, Edificio 1, Apartamento 3, colonia Copilco-Universidad, C.P. 04360, Coyoacán, México, D.F. Composición e impresión en Editorial Somos, S.A., Av. Copilco No. 339, Tel. 658 7132.

La correspondencia y las solicitudes de suscripción, acompañadas de cheques u órdenes de pago, deben dirigirse a:

CEUAL, A.C.

Apartado Postal 19-131.

México 19, D.F.

Suscripciones (6 números)

México: \$ 300

América Latina: 15 dólares.

Otros países 18 dólares.

(Los envíos al exterior son por vía aérea)

Certificado de licitud de título 046 (expediente 1/432/79/1130 de la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación). Certificado de licitud de contenido 1163, expedido por la Secretaría de Gobernación. Reserva de derechos al uso exclusivo de título 597-79, expedida por la Dirección General de Derechos de Autor. Correspondencia de 2a. clase. Registro D.G.C. - 2676.

SUMARIO

<i>Carlos Quijano</i> Reflexiones sobre Uruguay	3
<i>Samuel Lichtensztein</i> El despotismo financiero militar	9
<i>Juan C. Portantiero</i> Transición a la democracia en Argentina: ¿un trabajo de Sísifo?	15
<i>Rolando Cordera</i> La crisis en México	27
<i>Héctor Borrat</i> ¿Adónde va Felipe González?	35
<i>Pablo Calvo</i> Las finanzas mundiales ¿un castillo de naipes?	41
<i>José C. Escudero</i> Argentina: gobierno militar, desastre sanitario	45
<i>Renato P. Dagnino</i> Brasil exportador de armas	50
<i>Juan Carlos Plá</i> De amor y destierro	60
<i>Alberto Dallal</i> Beatriz Sheridan: "Alimento a mis personajes con mis sufrimientos"	61
<i>Cristina Peri Rossi</i> Cinco relatos	67
<i>Melvin Grávastas M.</i> El socialismo real	77

renueva tu suscripción



CUADERNOS DE MARCHA

México
América Latina
Otros países

\$ 300 (estudiantes: \$ 250)
15 dólares
18 dólares

Envíe por correo el cheque a nombre de CEUAL, AC, indicando con claridad, su nombre y dirección. (Indicar si se trata de renovación o nueva suscripción).

Haga su envío a:

CEUAL, AC
Apartado postal 19-131
México 19, DF
México

Compañero: haga un nuevo suscriptor.

CUADERNOS DE MARCHA

Reflexiones sobre Uruguay

¿Para qué ocultarlo? A medida que pasa el tiempo se nos hace más difícil escribir sobre Uruguay. Llevamos ocho años de exilio y los informes que nos llegan, aunque abundan y suelen ser prolijos, no suplen las vivencias. Cuando no se puede ser ni autor, ni actor, ni testigo, toda opinión sobre lo que acontece tiene que ser muy cautelosa. Los que están en el campo de batalla pueden tener razones que nuestra razón no conoce. "Les absents ont toujours tort".

Algo más obliga a andar con pies de plomo. Weber distinguía, como se sabe, entre la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad. Esta última debe ser la de los políticos o de los mejores de ellos. No tiene porque ser la nuestra; pero no hay que despreciarla.

Hechas las precedentes precisiones, nos vamos a permitir desde la doble lejanía —"allá lejos y hace tiempo"— algunas consideraciones generales sobre la situación de ese Uruguay que siempre nos duele.

Diálogo es palabra de ilustre prosapia. Implica la tolerancia y no se concibe sin la entera libertad de las partes. No hay diálogo sin libertad.

Puedo y debo dialogar con mis contradictores y mis enemigos. No, si estoy inerme y ellos manejan una metralleta y llegado el caso, la usan. Bajo coacción no se dialoga. ¿Hay todavía dudas de que los milites encaramados, no quieren convencer —recuérdese a Unamuno— y si imponer?

Mientras las pláticas transcurrían, clausuraban órganos de prensa, encarcelaban, prohibían reuniones, aplicaban con fruición las reglas del juego por ellos mismos dictadas. ¿Cómo pudo creerse que iban a proceder de otro modo? No tienen, está demostrado, respaldo alguno y sólo poseen las armas. Cuando se ven amenazados las usan. Y las usarán mientras puedan.

¿Qué hacer? Pues no participar en el seudo diálogo y que los atracadores se cuezcan en su propia salsa. Vinieron hace diez años para salvar al país. Lo dejan en ruinas. ¿Hasta cuándo podrán todavía resistir si tienen a todos los demás en contra? ¿O es que se cree, por ventura, que invitan ahora al "diálogo" porque de pronto la gracia divina logró iluminarlos? Invitan porque el agua les llega al cuello. Buscan una salida no para el país, sino para ellos. Una salida que les garantice la impunidad, les mantenga, en lo posible, sus prebendas y les conceda una tregua para retornar mañana, una vez que sus atentados se hayan olvidado o desdibujado o cuando los gobiernos que los sustituyan, frente a los ingentes problemas que van a heredar, no puedan satisfacer —y, conviene que lo sepamos desde ahora, no lo podrán— las muchas esperanzas y exigencias que el cambio despertará. Quieren irse, no con todos los honores —¿de qué honores son dignos?— sino con sus fuerzas intactas.

Como se habrá reparado, esta empresa militar, a diferencia de otras, no tiene cara. No hay un caudillo. No es un hombre el que afronta, decide y responde. Es el estamento militar, el que actúa. Aguerondo pasó, Cristi pasó, los Zubía pasaron y con ellos muchos otros. Y hasta hace bien poco, hasta que la ambición del general Álvarez pudo romper a medias el cerco de sus pares, el estamento a diferencia de lo que ocurrió y ocurre en Brasil y Argentina, mantuvo o puso en la presidencia a un civil títere. No cabe en la organización, al parecer un Pinochet. Es más sólido y peligroso el despotismo de un estamento sometido a estricta disciplina que el de un hombre. Y debe reconocerse que las Fuerzas Armadas han sabido mantener su unidad durante estos diez años. La tarea prioritaria es romper a ese estamento para transformarlo. O conoceremos el camino de otros países de nuestra América: el de Bolivia, el de Argentina.

Es lógico y revelador pues, que mantengan el Cosena y es pueril discutir si este organismo, será órgano de asesoramiento o tendrá potestades decisorias. Asesores con metralleta en mano, siempre decidirán. ¡Linda democracia será la que se ponga bajo la tutela o la curatela de las Fuerzas Armadas!

Si, que se cuezan en su propia salsa. Y a conclusión semejante creemos que se llega, tanto por convicción como por responsabilidad. Porque este supuesto mal menor —que se vayan aunque sean ellos los que dicten las condiciones—, nada resolverá y en definitiva, engendrará un mal mayor, mucho mayor.

El país tiene dolorosa experiencia al respecto. No habíamos nacido, a pesar de que algunos mal intencionados crean lo contrario, cuando la conciliación nacional de 1886; pero en cambio éramos ya grandecitos cuando los acuerdos con Baldomir en 1938. Eran otras épocas, otros hechos y otros hombres. Entre la dictadura de Gabriel Terra y estos diez años de siniestro despotismo militar que acabamos de vivir, media una gran distancia.

Pero seguimos creyendo que entonces, por apresuramiento y desesperación, detuvimos y comprometimos la posible y necesaria recuperación del país, de un país agónico desde 1930. Nada nos había enseñado la crisis del 30. Nada el golpe de Terra en 1933 contra la constitución colegialista del 17, golpe que consideramos —tanto confiábamos en nuestra madurez política— un accidente del camino, simple fruto de la ambición, el despecho y la vesanía de algunos, más que signo de la mutación de los tiempos.

Después de 1938, retomamos los viejos caminos y nos sumergimos deleitosamente en venerables disputas. En poco más de veinticinco años, mientras el mundo se desmoronaba, cambiamos tres veces de constitución: en 1942, en 1951, en 1966. Los más de los anticollegialistas del 33, y muchos otros que no lo eran se unieron el 42 para eliminar del reparto a uno de los actores del golpe terrista; volvimos a ser en 1951 —con el proscripto del 42 y anticollegialista del 33— otra vez colegialistas, para retornar en el 66 a un presidencialismo más acentuado.

Lo mejor de nuestros trabajos y lo más claro de nuestros días, se nos fue en estos juegos que si no eran florales eran formales, como si las horas nos sobraran y nada hubiera ocurrido dentro o fuera del pequeño país dependiente y que estaba, por lo menos, estancado. El esmerado debate sobre presidencialismo y colegialismo duró medio siglo, del 16 al 66, se superpuso a dos guerras mundiales, a la revolución soviética, a la china, a la cubana que rompía la paz imperial —cuyas causas no supimos descubrir y cuyas consecuencias no pudimos prever— a las revoluciones tecnológicas en cadena, a la consolidación en occidente del liderazgo arrollador de Estados Unidos, a una nueva división internacional del trabajo y a más opresivas formas de acumulación, centralización y concentración del capital.

El mundo evolucionó en esos cincuenta años más que en todos los anteriores. Todo cambió, menos nosotros que nos dábamos el lujo de seguir discutiendo sobre el sexo de los ángeles. Ahora —véase en este mismo número el artículo de Samuel Lichtensztejn que abunda sobre el tema— del estancamiento hemos pasado al retorcido, después de una década de trasnochadas experiencias “liberales”.

¿Vamos a perder otra vez, en aras de una mentida “conciliación nacional” con los torturadores, sus aprovechados epígonos y sus obedientes turiferarios, la posibilidad de reconquistar el tiempo, el mucho tiempo perdido? ¿Vamos a entonar a coro el “aquí no ha pasado nada y ‘semos’ todos amigos”?

¿No hemos comprendido que si el país ha de sobrevivir será necesario que lo rehagamos de la cruz a la fecha?

Artigas tuvo un proyecto nacional, otro los “Principistas”, también Batlle más tarde. A partir de 1930 vivimos en gran parte de las migajas del modelo batllista. Ese modelo ya no tiene vigencia. ¿Por qué la oposición en lugar de perder el tiempo en pláticas con los milites, no dedica las pocas horas de que dispone, a trazar, por lo menos las grandes líneas de una alternativa unificadora? Puede llegar mañana al gobierno. ¿Qué va a hacer? Restablecerá la democracia, respetará los derechos humanos, combatirá la arbitrariedad y el crimen. Sin duda y está bien, muy bien; pero ¿después? Porque no sólo hay que gobernar, sino también reconstruir. Recrear un país.

¿Cuál es el destino de ese Uruguay, tan mal herido ahora y siempre frágil? ¿Cómo se insertará en el mundo caótico de nuestros días? ¿Al igual que Singapur, Bahamas o Panamá se convertirá en un “centro financiero”, conforme a los sueños y postulaciones de algunos tecnócratas? ¿Al igual que Taiwan o Corea del Sur venderemos a las transnacionales, a bajo precio, el esfuerzo de nuestras gentes? ¿En la impuesta división del trabajo, aportaremos los esclavos?

¿Cuál será nuestra ubicación en una América parcelada y como encareremos la contradicción nunca resuelta entre la independencia necesaria y la dependencia en aumento?

Mucho se ha escrito y hablado sobre la dependencia. Conviene distinguir y no mezclar bajo un denominador común, fenómenos que pueden ser afines pero no iguales. Hay dependencias y dependencias. En cierto sentido todos los países son dependientes, aun Estados Unidos, aun la Unión Soviética; pero no es, por cierto, esta “dependencia” la que nos preocupa. Por otra parte, hay gradaciones o escalonamientos, en el tortuoso camino de la dependencia y también influencias plurales. Por ser más fuerte, Brasil es menos dependiente que Paraguay y ha adquirido una mayor autonomía de vuelo: recuérdese su política nuclear y su actitud frente al Fondo Monetario. La dependencia de Paraguay es mayor, y múltiple. Está subordinado al centro hegemónico, y también a Brasil. Al dueño de toda la casa o que se pretende tal y a uno o al más importante de los capataces.

Uruguay, también es país pequeño, despoblado, con escasos recursos, falto de equipos, capitales, tecnología. Fue primero campo de batalla de españoles y portugueses; luego de Argentina y Brasil que lucharon por su posesión.

Con dificultades y aun cruentos sacrificios, el país se ha ceñido a una “política pendular” entre los dos grandes echados sobre las fronteras.

¿Podrá continuar esa política?

Si no hay desarrollo sin industrialización —principio en el cual concuerdan capitalistas y socialistas— tampoco puede haber industrialización sin acumulación.

No es cierto, por lo demás, que el mundo se divida en forma tajante, entre países industrializados y países productores de materias primas y alimentos. Los

segundos, con diversa fortuna, intentan industrializarse; pero más significativo es que muchos de los grandes países industrializados sean también grandes productores agrícolas. Quizá rondan todavía las imágenes de los tiempos victorianos. Gran Bretaña era entonces el centro industrial, comercial y financiero del mundo y para ella los demás producían la mayor parte de lo que consumía. Ese mundo partido por gala en dos, se acabó. Hoy Estados Unidos, primera potencia industrial, es también una gran potencia agrícola que se abastece a sí misma y dispone de cuantiosos saldos exportables.

Tampoco es cierto que industria y agricultura se excluyan. Por el contrario tienden a fundirse o confundirse. El campo se industrializa y si no lo hace, su productividad baja y su excedente se esfuma. ¿No ha sido Uruguay una víctima de esta evolución? Desde hace muchos años y salvo coyunturas excepcionales como las guerras —cuando las hubo, progresamos— el campo uruguayo, económicamente no rinde. No obstante y hasta épocas relativamente cercanas, el latifundio le permitió al que lo explotaba vivir con cierta holgura. Era el resultado de la fertilidad de las tierras, la muy escasa mano de obra empleada, la alta plusvalía por trabajador.

El proceso no se ha detenido. Si antes el campo no rendía, ahora ya ni siquiera permite vivir al que lo explota.

La raíz de nuestro atraso está ahí y en las políticas medrosas y equivocadas que oponían la industria a la agricultura. No ha habido revolución industrial, “despegue” industrial, sin revolución agraria. Para caminar hay que apoyarse sobre los dos pies como decía Mao.

Pero ¿cómo industrializar, para qué, con quién? Como todos sabemos, hay industrias e industrias, aunque a veces, con olvido de la diferenciación, se haya extendido el proteccionismo a actividades irrelevantes.

Cuando algunos, que ahora dicen estar de vuelta, descubrieron la política de sustitución de importaciones y la presentaron como una panacea, no tuvieron en cuenta que los beneficios, en buena parte transitorios de la misma, podían verse contrarrestados por una subordinación distinta y mayor que crearía nuevas dificultades. El proceso industrial es una cadena. Si quiero producir tales artículos, necesito tales máquinas e insumos y si no produzco a unas y otros, debo importarlos. Lo que no se va en lágrimas, se va en suspiros. Una importación sustituye a otra y no siempre con ventaja. Y al fin, el sector uno domina.

La industrialización no es cabal si se limita al sector de los bienes de consumo. Llega a serlo si comprende también a la industria pesada, para instalar la cual es necesario disponer de capitales cuantiosos, dominar tecnologías harto complicadas, contar con cuadros y personal calificados, y mercados capaces de absorber una producción que sólo es económicamente viable, cuando alcanza un gran volumen. Fue el reto que hace más de sesenta años afrontó la Unión Soviética, país por cierto, de veintitres millones de kilómetros cuadrados y recursos que todavía hoy no son totalmente conocidos. Para industrializarse sacrificó al consumo y le dio prioridad a la inversión en la industria pesada. El proceso tuvo un costo político y social muy alto que cada uno juzgará como le parezca.

Creemos que vale la pena detenerse en esa experiencia, porque al margen de toda otra consideración, mucho enseña.

En 1922, cuando la N.E.P. se había puesto en marcha. Lenin decía en el Cuarto Congreso de la Tercera Internacional: “La salvación para Rusia no está solamente en una buena cosecha para el campo —esto no basta— ni está sólo en el buen estado de la industria ligera que abastece a los campesinos de artículos de consumo —esto tampoco basta—; necesitamos además una industria *pesada*... Sin la salvación de la industria pesada y sin su restauración no podremos construir ninguna industria y sin ésta pereceremos como país independiente... La industria

pesada necesita subsidios del Estado. Si no los encontramos pereceremos no ya solamente como estado socialista, sino como estado civilizado”.

Siete años más tarde, ya enterrada la N.E.P., Stalin volvía sobre el punto.

“Durante el año que acaba de transcurrir hemos logrado resolver favorablemente, en lo fundamental, el *problema de la acumulación* para la construcción básica de la industria pesada, consiguiendo un *ritmo acelerado* de desarrollo de la producción de medios de producción y creando las premisas necesarias para convertir a nuestro país en un país *metalúrgico* (sic)”.

“El problema de la industria ligera no enfrenta grandes dificultades. Más difícil y más importante es el problema de la industria pesada. *Más difícil* porque requiere inversiones gigantescas, para las cuales, como nos enseña la historia de los países industrialmente atrasados, la industria pesada tiene que recurrir a formidables empréstitos a largo plazo. *Y más importante, puesto que sin desarrollar la industria pesada no podemos construir ninguna industria ni llevar adelante la industrialización*” (todos los subrayados de este párrafo son nuestros).

“La tarea de crear una industria pesada no tropieza sólo con el problema de la acumulación. Tropieza también con la cuestión de los cuadros, con el problema: a) *de incorporar* a la construcción del socialismo a decenas de miles de técnicos y especialistas con una ideología soviética y b) *de formar* nuevos técnicos y especialistas rojos salidos de la clase obrera. Si el problema de la acumulación se puede considerar fundamentalmente resuelto, el problema de los cuadros está aguardando aún solución. *Y el problema de los cuadros es hoy, en la fase de la reconstrucción técnica de la industria, el problema decisivo de la construcción socialista*”. (Cuestiones del Leninismo. p.p. 319 y 321).

apitalista o socialista cualquier país se enfrenta a los mismos problemas. De las premisas debe extraerse una conclusión.

Si no hay desarrollo sin industrialización cabal, ni industrialización si no se dispone de capitales, los países pequeños y débiles que carecen de capitales suficientes y no llenan las demás condiciones antes expuestas, no pueden industrializarse y tampoco desarrollarse. Es el círculo infernal de la pobreza. Con el agravante de que al paso del tiempo, como se ha visto y como se ve, el abismo que separa a los desarrollados de los sub desarrollados, se ahonda. *De ahí la necesidad de las integraciones*. Que las partes se unan y formen un todo. Pero no es posible ocultarse las dificultades de la empresa. Dificultades mayores en unos casos que en otros.

Los países de Centro América formaron antes una unidad. Cuando dejen de batallar por su cuenta volverán a unirse: unión de iguales en una área común.

¿Con quién y cómo podrá integrarse Uruguay?

En el Sur las naciones son muy desiguales y vastas las distancias que existen entre muchas. Uruguay está cercado por Argentina y Brasil. ¿Cómo romper el cerco? ¿Cómo escapar a la mediatización? ¿Estamos irremisiblemente condenados?

¿No cabe pensar en una comunidad de naciones del Sur?

¿No es posible mirar hacia horizontes más amplios y lejanos?

Hace años, muchos, que el futuro de nuestro pago nos angustia. Poco o nada hemos avanzado aunque creemos que no hemos perdido el rumbo.

Lo queramos o no, es la nuestra una situación de múltiple dependencia. Y siempre hemos pensado que es preferible la integración con “todos”, a la anexión; la integración concertada a la que lenta o subrepticamente imponen los hechos y los “otros”, integración ésta que, en definitiva, no difiere de la anexión. Toda reflexión sobre el país conduce a Artigas. El retorno a la raíz evita caer en la desesperanza y obliga a seguir por el trillo.

(Escrito y compuesto este artículo nos llega la noticia de que los partidos opositores se han retirado de las conversaciones. Los felicitamos y nos felicitamos.)

ESCRIBIMOS
PROCESO
PARA QUE
LO LEA
QUIEN QUIERA...



en el homenaje al líder obrero. Ya
anterior Caballero Escamilla habi-
cho a. Proceso que "esos señores
tendrían por qué ir. "Nadie los ha
tado", precisó. No obstante, Ber-
Garza Sada, presidente del sub-
Alfa y actualmente cabeza princip-
Grupo Monterrey, declaró que po-
pués en el aeropuerto —a donde s-
dieron en masa los empresarios
despedir a López Portillo—, que
Velázquez "se merece esa estatua
chas cosas más, porque ha ayuda-
estabilidad del país en los últimos
años". Y agregó sonriendo el e-
go: "Estamos muy contentos:

nte el acto hablaron, aden-
Escamilla, el dirigente
Andro Lambreón
la original estaba t-
o Canales, que fu-
enajenado.
tuvo de
tantes. Se
tado, un

AUNQUE SÓLO
LO HACEN
QUIENES PIENSAN,
BUSCAN O TEMEN
LA VERDAD.

proceso

El despotismo financiero militar

Samuel Lichtensztein

A diez años del golpe de Estado, estas notas constituyen una expresión de solidaridad hacia todos aquellos que, como Liber Seregni, luchan por dar un cauce democrático a la vida social en nuestro querido Uruguay. Con esta modesta contribución, además, deseo dejar testimonio de mi constante cariño y admiración por este esfuerzo que representa Cuadernos de Marcha y la labor infatigable de Don Carlos Quijano por sostener con firmeza, principios e ideales que muchos uruguayos compartimos.

I

Los excelentes y cada vez más frecuentes trabajos que nos llegan desde Uruguay se encargan de ilustrarnos sobre la profunda crisis a la que el país ha sido llevado en la última década. Quizá sea redundante y fastidioso, abundar en algunas cifras claves de ese proceso, pero los resonantes descalabros de esa aventura lo justifican:

- caída previsible no inferior al 15% del producto por habitante entre los años 1981-83;
- deterioro progresivo del salario real, el que a fines de 1982 se ubica un 43% por debajo de su nivel de 1968;
- creciente desocupación que alcanzará fácilmente a una quinta parte de la población trabajadora en 1983;
- triplicación de la deuda externa entre los años 1977 y 1982, situándose en 4 mil millones de dólares a fines de este último;
- endeudamiento de los sectores agropecuarios, industrial y comercial con la banca privada —en su gran parte extranjera— por un monto aproximado a la mitad de la cifra anterior (contratada en un 75% en moneda extranjera);
- luego de ciclos inflacionarios al alza (107.2 y 83.1% en 1974 y 1979) y a la baja (29.3 y 10.8% en 1981-82), se estima una inflación

no inferior al 50% en el transcurso del presente año;

- pérdida reciente del 20% de las reservas áureas del país.

Sinceramente, no nos alegra citar esos u otros datos disponibles, ya que los mismos —si bien ilustran el fracaso de un “modelo” que siempre rechazamos— reflejan en lo sustantivo, factores cotidianos de desintegración social y de ruptura de los mínimos vitales. Los dramas de quienes no encuentran trabajo, pierden sus modestos patrimonios o no pueden estudiar en la Universidad, los de aquellos que deben acogerse al triste “derecho de elegir” otros países para sobrevivir; en fin, las inéditas formas de pobreza que comienzan a aflorar en nuestra Suiza (¿o Chicago?) de América —a pesar de que en 1980 Uruguay fue el primer país latinoamericano en ingreso por habitante—,¹ no pueden ser motivo de orgullo crítico. Hay en todo ello, siempre, algo que duele y enardece, aunque una fría lógica explicativa demuestre —como puede demostrarse— que existen quienes han usufructuado y siguen sacando provecho de ese proceso.

1 En ese año alcanzó los 1,462 dólares por habitante a precios de 1970. En 1982, Uruguay pasó a un segundo lugar (1,299 dólares), detrás de México (con 1,385 dólares). “Balance preliminar de la Economía Latinoamericana durante 1982” CEPAL.

Aludir a todos esos fenómenos como resultado exclusivo o preferente de una crisis internacional es una manera de contribuir a justificar la continuidad de esos privilegios y de esas injusticias. Además de un error interpretativo, es un modo ideológico de encubrir la voluntad de mantener estructuras internas y políticas económicas que dieron cauce y agravaron los problemas que hoy pretenden vincularse con causalidades y circunstancias externas. Fueron los fanáticos creyentes de las leyes del libre mercado, de las concepciones monetaristas, de las teorías de las pequeñas economías abiertas y de la doctrina de la seguridad nacional —y los menos devotos, pero oportunistas de siempre— los encargados de preparar el terreno para que la crisis golpeará con toda su fuerza al país.

Por cierto, hay políticas y dinámicas internacionales que imprimen sus determinaciones generales a los procesos económicos de cada país (llámense OPEP y crisis energética, gobierno Reagan y alza de las tasas de interés, bancos internacionales-FMI y control de las condiciones de acceso al sistema mundial de créditos, proteccionismo de los países centrales, exacerbación armamentista en la confrontación Este-Oeste, Friedman & otros y sus doctrinas monetarias, etc.).² Al fin y al cabo, la internacionalización económica ha sido una tendencia histórica en cuyo curso se han construido y reconstruido las asimetrías en el seno del sistema mundial (supremacías y dependencias entre fracciones del capital y entre naciones). Su moderna expresión, la expansión transnacional, ha llegado incluso a condicionar las relaciones orgánicas entre la acumulación económica y las formas de hegemonía política-social en las propias naciones, tensando al máximo la concentración del capital y la exclusión social.

En ese movimiento de intereses y visiones mundiales, no debe llamar la atención que así como, según la jerga oficial, Uruguay ha sido tradicionalmente “tomador de precios en los mercados externos”, a cierta altura haya asumido también la condición de “tomador de políticas económicas”.³ Su ciclo y su coincidencia en

el tiempo con otras experiencias así lo atestiguan. La nueva política económica instaurada a fines de 1978 (énfasis antiinflacionario, sobrevaluación del tipo de cambio, elevación inusitada de las tasas de interés, apertura financiera y comercial y aceleración del endeudamiento externo) son comparables —con matices— a los casos de Argentina, Chile y países de otras latitudes.

En 1982, cuando la violenta contracción crediticia internacional y su secuela crítica hacen estallar las contradicciones incubadas en el proceso anterior, las fórmulas de ajuste que implanta el régimen uruguayo en los últimos meses, tampoco son muy originales. Resultan ser las mismas que el FMI y la banca privada internacional siembran en América Latina y otros países subdesarrollados, con vistas a imponer una “disciplina pagadora de la deuda externa” y aseguran la valoración salarial, del capital financiero internacional: recesión económica, mayor restricción salarial, disminución de los gastos sociales del Estado, sostenimiento de las altas tasas de interés, entre otras.

No obstante, en rigor, la trayectoria de la política económica uruguaya así como sus inspiraciones y circunstancias internacionales, no pueden valorarse con independencia de la dinámica que asumió su patrón productivo-distributivo y la nueva correlación de fuerzas que redefinió su esquema de poder. Conviene recordar que en el actual proceso de expansión y competencia mundial, el capital transnacional ya no procede (como sucedía en un pasado remoto) por suma o conquista comercial de zonas atrasadas o pre-capitalistas, sino más bien por su integración a espacios económicos ya dotados de procesos de acumulación propios. Por lo tanto, el análisis de la incidencia de ese fenómeno en una economía como la uruguaya requiere incorporar aquellas fuerzas y tendencias endógenas que por su funcionamiento orgánico, estimulan, convocan y desembocan en una más dependiente articulación internacional. De ese modo, se trata de evitar que esa relación sea captada como una dicotomía que distingue y aísla factores externos o ajenos, por un lado y factores internos, por el otro.

2 “La doctrina monetarista ha sido utilizada en América Latina para legitimar el proceso de internacionalización que es presentado como una transición hacia formas superiores de organización económica” Celso Furtado, *Pensamiento Iberoamericano* No. 1, 1982.

3 Si no fuera trágico, sería muy divertido seguir la polémica que en el *International Investor* de julio de 1982 entablan Arnold Harberger y Robert Mun-

dell —definidos por esa revista especializada como los “gurús” económicos de Chile y Uruguay, respectivamente— respecto a la defensa que ambos realizan de “sus políticas.. de apertura comercial y de apertura financiera, en uno y otro país.

A sí planteado, nuestro interés y énfasis en estas breves notas está puesto en reexaminar los núcleos de funcionamiento de la economía uruguaya, con todas las implicaciones que, a nuestro modo de ver, ese ejercicio tiene sobre las posibles alternativas futuras.

A riesgo de ser excesivamente esquemático, distinguimos dos grandes etapas de la evolución uruguaya. En el primer período (1955-1973), existen dos grandes ejes productivos: el ganadero-exportador competitivo y el eje industrial protegido para consumo interno, ambos estancados en su ciclo de acumulación-producción y con crecientes problemas de rentabilidad. Como consecuencia, el centro de las pugnas y la lógica de la política económica se circunscriben fundamentalmente a la esfera distributiva (del ingreso corriente y del excedente disponible).

Cuatro actores sociales participan inicialmente en esa disputa: los ganaderos, los industriales, los sindicatos y el Estado.

- Los primeros operan a través del poder que les concede su condición de proveedor monopolístico de divisas. Su presión se ejerce principalmente sobre la política cambiaria y fiscal, sobre todo en coyunturas desfavorables para los precios internacionales de sus materias primas.
- Los segundos sustentan su poder en su fuerza oligopólica, lo que dentro de un ámbito de protección, les permite buscar ventajas a través del alza de sus precios, el acceso crediticio a tasas de interés negativas e, indirectamente, por el control estatal de sus costos salariales (vía subsidios y limitaciones al alza de los bienes de consumo básicos de origen agropecuario).
- Los sindicatos desarrollan sus facultades reivindicativas con vistas a defender relativamente sus ingresos reales, concentrando su acción en los salarios y los beneficios sociales.
- El Estado, finalmente, con momentos alternativos de mayor atención hacia las presiones de unas u otras fracciones capitalistas, pero siempre constreñido por los reclamos de las fuertes organizaciones sindicales, lleva a cabo una regulación inflacionaria de ese proceso, tratando de mantener sus inestables, desgastadas y ya críticas bases de

apoyo (fiscales, político-electorales y sociales).

La participación desestabilizadora de un quinto actor fue la que llevó a un extremo agudo la inflación y profundizó los problemas económicos de la crisis. Nos referimos a la banca privada. Dos rasgos de su gestión destacan por su incidencia en el funcionamiento económico global.

Por una parte, la banca se convierte en el segmento de actividad que más tardíamente se concentra e internacionaliza (si se lo compara, por ejemplo, con el comercio exportador y algunas ramas manufactureras penetradas tradicionalmente por el capital extranjero). Esa situación se corresponde con el aprovechamiento de las facilidades que, FMI mediante, se brindan a los bancos para ligarse con los mercados internacionales controlados y no controlados (eurodólar y paraísos fiscales) a partir de la Reforma Monetaria y Cambiaria de 1959 y de la legislación establecida con posterioridad a la crisis bancaria de 1965.

Por la otra parte, producto de esa particular evolución del sistema bancario y de las reseñadas condiciones generales de inestabilidad económica, la banca privada acentúa su actividad especulativa y estimula la fuga de capitales y el endeudamiento externo. Todo lo cual redundan en un empeoramiento del radio de control estatal de las variables financieras básicas y, a la postre, de su aptitud de administrar la inflación y los conflictos distributivos dentro de ciertos límites.

Visto en perspectiva, el desenlace político que formalmente abre paso a la dictadura, entre muchas otras razones, responde a esa imposibilidad del Estado y los partidos tradicionales de la época de definir un proyecto capitalista alternativo al "explosivo" equilibrio inflacionario. Vale decir, fijar prioridades en la producción material, acompañarlo con un definido pacto hegemónico de las fracciones sociales más comprometidas y articularlo bajo la dirección estatal.

Pero, dadas las estructuras de poder vigentes, ese desempate era socialmente muy complejo. Luego de la crisis de 1930 y salvo pasajes cada vez más breves, los ganaderos no habían tenido la capacidad ofensiva para encabezar como clase, proyecto propio alguno; tampoco tuvieron condiciones objetivas para establecer alianzas con los grupos capitalistas más dinámicos de la industria, el comercio y la banca, ni mucho menos con la clase trabajadora. A su vez, se negaron con

fuerza a que los intereses de esos sectores se impusieran permanentemente a los suyos.⁴

La burguesía industrial, mientras tanto, imposibilitada para salirse del alero estatal y del que le brindaba el mercado interno, debió seguir las oscilaciones que exhibía la política económica proteccionista. Cuanto más ésta se debilitaba con la inflación y la lucha distributiva, menos perspectivas se abrían para esa fracción empresarial. Sus propias vicisitudes fueron llevándola hacia asociaciones por lo general subordinadas al financiamiento bancario y al capital extranjero, distanciándose progresivamente de las posturas sindicales.

Quizás en el período de Pacheco Areco, como expresión de incipientes formas de capital financiero, que comenzaban a incidir en la concentración monopolista y la centralización capitalista, la banca intentó asumir un papel decisivo en el Estado. No obstante, la amplia oposición popular, los antagonismos interburgueses, el recelo militar y sus desmedidos apetitos cortoplacistas, frustraron que una cierta "rosca bancaria" cumpliera orgánicamente ese papel.

En ese contexto, la implantación de la dictadura en nuestro país no supuso tampoco un proyecto ideológicamente preciso en sus comienzos. Constituyó más bien una suerte de contra-proyecto, una forma de oponerse a lo que se perfilaba como una opción socialista de cambio, que no se correspondía con los intereses de la gran burguesía en su conjunto. Pero, fue también, a la vez, un cuestionamiento a las mismas indefiniciones de ésta.

III

En el segundo período que transcurre entre 1974 y el presente, es posible esbozar varias sub-etapas. Pero en lo fundamental, y más allá de nuestro deliberado esquematismo, no creemos que haya distinciones esenciales que hacer en lo que han sido sus lineamientos más característicos.

Dos grandes tendencias que contrastan con el período anterior merecen especial atención: a) la lógica de funcionamiento del sistema económico se desplaza predominantemente de la esfera distributiva a la órbita productiva y, b) los

núcleos de regulación y control hegemónico de la acumulación en su conjunto, pasan finalmente a centralizarse en la combinación Estado-capital financiero.

Aclarando el alcance de la primera tendencia, puede afirmarse que la clásica estructura productiva bisectorial y las relaciones salariales se redefinen en este segundo período.

Por lo pronto, resulta discutible seguir admitiendo que la condición exportadora-competitiva del sector ganadero sea equivalente a la de principal generador de excedentes. La elevación del costo de sus insumos y medios de producción (dada la persistencia en determinadas opciones tecnológicas), la incapacidad de usufructuar la baja de los salarios reales (por su escaso empleo de mano de obra), la caída de los precios internacionales de sus productos y el inusual endeudamiento que operó por un fenómeno de aceleración de inversiones en un ciclo de ingresos al alza, han menguado enormemente su rentabilidad media y por lo tanto su excedente real. Si a todo ello agregamos las altas tasas de interés, el sector agropecuario se acerca actualmente a la franja de las actividades que aún exportando y compitiendo, necesitan una creciente protección del Estado, tanto para mantener (no digamos, expandir) un mínimo proceso de reproducción, como para conservar sus activos.

Además, en el patrón productivo uruguayo emergió un tercer segmento de actividades, la industria protegida para exportación. A pesar del acentuado descenso verificado en su ritmo de crecimiento, este sector continúa representando casi la mitad de las exportaciones del país. Este cambio sustancial, se ha dicho, tiene mucho de artificial y marginal, puesto que operó con grandes inyecciones de recursos subsidiados y aprovechando una propicia pero efímera coyuntura comercial con los países vecinos. Sin embargo, merece atención su persistente y decisiva presencia en el cuadro estratégico de las exportaciones, lo que además de los favores de la política económica, haría suponer la importancia que han representado la depreciación salarial y las favorables condiciones de abastecimiento y precios de las materias primas nacionales.

Finalmente, cabe hacer un examen específico respecto a las nuevas relaciones salariales y su impacto en el funcionamiento de la economía uruguaya. Se ha insistido con razón en la política represiva y la inactividad a que los sindicatos han sido sometidos como actores sociales. Pero

⁴ Véase del autor "La dictadura en carne propia", *Cuadernos de Marcha*, año II, Número 12, marzo-abril 1981.

con igual o más fuerza debe subrayarse el significado que esa exclusión ha tenido como requisito restructurador de las relaciones económicas. Si en el período anterior, el salario surgía de una correlación de fuerzas y un sistema político que lo situaba como una variable de la pugna distributiva, su definición actual —al mejor estilo del capitalismo del siglo XIX— la introduce como un problema de relaciones productivas y de generación del excedente. En ese sentido, sin hacer juego de palabras, más que sujetos de transferencia de ingresos, los trabajadores han sido convertidos lisa y llanamente en objetos de un proceso directo y acumulativo de explotación. Sin tomar en cuenta los aumentos de productividad física, puede decirse que una forma de representar lo ocurrido consiste en señalar que sería equivalente a un alargamiento promedio del 20% de la jornada diaria de trabajo en estos últimos diez años, sin que se haya cobrado nada por ese concepto. Salvando la distancia, un verdadero proceso primitivo y salvaje de acumulación. No recurrimos para definirlo al eufemismo de los costos sociales, sino a lo que es: un aumento de la plusvalía extraída en los procesos productivos, aunque su sanción tenga como referente ideológico, la política económica. Es decir, se ha vuelto una componente estructural del sistema económico y no un atributo coyuntural de un modelo dado de política económica. Diferencia ésta, que en su momento y más allá de los buenos deseos, será una prueba de fuego para los llamados proyectos alternativos.

Si el problema salarial es en ese sentido un desafío futuro, tanto o más lo es el que presenta el control hegemónico que el capital financiero ha establecido sobre el proceso de acumulación en su conjunto. A lo largo de estos años, con alternancia hacia posiciones pro-agropecuaristas (pautas de desarrollo de 1973, Cónclave de San Miguel y medidas de agosto de 1978) o pro-exportaciones no tradicionales (período Vegh Villegas), ha habido una constante constituida por la estrecha articulación entre el Estado y el capital financiero. Incluso en la perspectiva crítica de los próximos años, el régimen se ha dedicado a privilegiar las relaciones y los protagonistas financieros internos y externos (aunque no hay muchas diferencias entre unos y otros). Ello no obsta para que, llegado el momento, se estimule una determinada corriente de exportaciones. La situación

de la balanza de pagos y los compromisos vigentes, como sucedió antes de 1978 y posiblemente suceda a partir de 1983, empujarán hacia esa clase de soluciones, pero sin alterar el corazón financiero de la actual estructura de poder.

Aunque no restamos importancia a la capacidad de apropiación de ganancias de las actividades financieras, seguimos creyendo que su importancia radica en que es un sistema coordinador de un bloque hegemónico que articula fracciones de la gran burguesía uruguaya, con la banca transnacional y el aparato estatal. El capital financiero no cumple una función intermediaria sino activa. Su dinámica fue enlazando y subordinando las directrices en materia de comercio exterior, sistema fiscal, emisión monetaria, con la captación de préstamos externos. Su vocación de centro financiero regional completó ese circuito con la participación de depósitos de no residentes (principalmente argentinos) en la plaza uruguaya. Actualmente, todavía se estima en 1,300 millones de dólares los capitales invertidos financieramente en el Uruguay.

Pero, además, como vuelve otra vez a confirmarse, en las condiciones de depresión del mercado interno o inestabilidad de las condiciones internacionales, el acceso al crédito se vuelve una práctica vital. En los procesos de recesión, el dominio del crédito es un arma de éxito, en tanto que facilita la concentración y la centralización del capital en términos monopólicos para quienes no acceden a él. En el peor de los casos permite sobrevivir y en los momentos de expansión coadyuva a una jerarquización de la dinámica productiva de las empresas. En fin, condiciona la dinámica de la reproducción económica.⁵

Como sucede en el mundo de los rentistas y los especuladores, la apariencia de que lo fundamental es hacer rentable el dinero, mientras el crecimiento productivo viene por añadidura, se volvió y sigue siendo la ley económica del gobierno uruguayo. Una ley de oro que racionaliza y simboliza la hegemonía del capital financiero (no sólo en nuestro país, sino en muchos países acuciados por sus deudas externas y las presiones de los bancos internacionales y el FMI).

5 Véase del autor, "Política y estrategia económica" en el libro *Uruguay: dictadura y realidad nacional*. ERESU-UILA, 1980.

IV

Un amigo mexicano me comentaba recientemente la tristeza que le producía el desaire que las delegaciones refinanciadoras uruguayas recibían de los funcionarios de los organismos y bancos internacionales. ¡Tenemos países más importantes que el Uruguay en nuestra agenda! comentaban. Y fue así que el presidente del Banco Central debió volver al Uruguay y regresar al poco tiempo, para reiniciar su peregrinación a la Meca, mientras en nuestro paísito se siguen haciendo gárgaras con la palabra soberanía. Muchos compatriotas sienten ese desaire en carne propia dentro del mismo país.

Cuando se habla de la necesidad de una política económica alternativa en el Uruguay, en el marco de un proceso democrático, pienso más bien que el reto es el de un proyecto nacional. No porque dude de la viabilidad de nuestro país, o del papel que el Estado puede desempeñar, sino porque creo que las respuestas a esta mediatización financiera e internacional a que se nos somete están en las mismas sociedades, constituidas en masa crítica, creativa y participativa. Las soluciones no están en las burocracias iluminadas o bien intencionadas, sino en la fuerza que hay que desatar con ayuda de nuestra propia historia y en nuestra propia gente. La crisis no es sólo uruguaya. Salvando tamaños y desarrollos, nuestros vecinos no están mejor. Tienen más recursos, pero también se plantean la cuestión nacional y la participación popular. La tecnocracia internacional desgastó la palabra integración, pero bien entendida y mejor aplicada, es una de las cartas que los poderosos siempre temen.

Una Renuncia

Nuestro compañero Carlos Quijano ha renunciado a todas sus tareas en la sociedad Marcha Editores y ha dejado de formar parte de la misma.

aparecieron

LA CRISIS ECONÓMICA Y SOCIAL DEL MUNDO

Fidel Castro

DINÁMICA DE LA CRISIS GLOBAL

Samir Amin/ Giovanni Arrighi/
André Gunder Frank/
Immanuel Wallerstein

IDEOLOGÍAS INDIGENISTAS Y MOVIMIENTOS INDIOS

Marie-Chantal Barre

LA LITERATURA CHICANA A TRAVÉS DE SUS AUTORES

Bruce-Novoa

TROTSKI: TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

Selecc. y prólogo de
Ernest Mandel

CRISIS DE LA RAZÓN

Aldo Gargani



Transición a la Democracia en Argentina: ¿un trabajo de Sísifo?

Juan C. Portantiero

I

La muy conocida definición de Gramsci sobre lo que debe entenderse por crisis podría servir eficazmente de prólogo para un análisis de la situación argentina: "La crisis consiste justamente en que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en ese terreno se verifican los hechos morbosos más diversos".¹ Todos los elementos que conforman esa caracterización aparecen en el caso argentino: dificultad para transformar lo viejo en nuevo; recurrencia, al parecer indetenible, de una cotidiana y acumulativa morbosidad —difundida desde el poder— que ha hecho perder a la sociedad su capacidad de asombro.

Como un precipitado, en el corto lapso de una década, la sociedad argentina ha visto morir todas sus certidumbres, aquellas que le acompañaron desde el orgulloso momento de su ingreso al orden mundial —fines del siglo XIX— hasta su culminación, cuando el crepúsculo del estado populista el viejo Perón convocaba, sin demasiada convicción sobre su éxito, para realizar la "Argentina Potencia".

Quizás pudiera capturarse en tres dimensiones básicas la trama de la crisis presente, definida como una crisis de identidad que coloca a una sociedad ante la necesidad de mudar todas sus certezas fundamentales.

La primera dimensión es la que alude a la guerra entre aparatos militares de izquierda y fuerzas armadas entre 1970 y 1978. Esta violencia costó un número de víctimas que algunos cálculos hasta hacen llegar a 30 000 con el agravante —si algo pudiera agravar tanto horror—

que la enorme mayoría de esos muertos y desaparecidos eran menores de treinta años y muchos de ellos todavía adolescentes, estudiantes de escuela media. Esa sangría demográfica en una sociedad tan escasamente poblada, tiene otros datos: según ciertas fuentes el número de argentinos en el exterior llegaría actualmente a dos millones, un poco menos del 10% de la población. Aunque las cifras sean imprecisas o aun exageradas, el fenómeno es igual sorprendente: una sociedad que hace 100 años fue creada por la inmigración incorpora ahora las expectativas del emigrante; nietos que emprenden —al revés— el viaje de sus abuelos, configurando una diáspora que puede virtualmente vaciar, junto con las muertes, a un tramo generacional.

Una segunda dimensión es la economía: parálisis del crecimiento, desindustrialización, record de deuda externa, reducción drástica de los salarios reales, desocupación y subocupación pese a la disminución en términos absolutos de la población activa. Demasiado en muy poco tiempo para un país que guarda en su memoria el hecho de haber tenido, en los 50 años anteriores a 1914, uno de los crecimientos económicos más rápidos del mundo. La imagen de la prodigalidad argentina, de la riqueza virtualmente ilimitada de sus recursos, sobre la que se construyeron los símbolos colectivos, yace a pedazos. Ese mito nacional, nacido cuando "la oligarquía" ilustrada incorporó al país a fines del siglo pasado al mercado mundial de los bienes, de las modas y de las ideas culminará con el "populismo" que consolidó el despegue industrial en los años cuarenta: la seguridad en el crecimiento económico y en la capacidad social para distribuir sus frutos siempre estuvo fuera de duda.

Esta idea inmadura de la paz y la bonanza perpetuas (que transformó a los argentinos en

1 Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, tomo I, pág. 311, Torino, 1975.

esos inocentes soberbios que han irritado al resto de los latinoamericanos con sus gestos suficientes) fue herida de muerte, en solo una década, por la guerrilla, el terrorismo gubernamental y la peor crisis económica de toda la historia.

Y por fin, como culminación, como tercer nivel de una crisis total, el desenlace del episodio Malvinas, esa empresa aventurera acometida por una cúpula militar que buscaba aferrarse a alguna gran "causa histórica" pretendiendo —¿ilusoriamente?— conseguir a partir de ella una reparación de la crisis que ya comenzaba a desbordar al régimen. Colocados los mandos militares en el plano profesional de lo que se supone debe ser su oficio, mostraron desnudamente el monto formidable de su incompetencia técnica y política y aun el grado de su descomposición moral.

A partir de esa suma de fracasos, la llamada "paradoja argentina" alcanzó nivel de tragedia. Ese tema académico, casi rutinario en las tesis de los latinoamericanistas que buscan explicar las razones por las que desde hace muchas décadas un país sin crisis alimentaria ni energética, sin problemas demográficos, con un mercado totalmente integrado y bajísima incidencia de marginalidad social, con una economía industrial diversificada y una clase obrera calificada, con un alto nivel de alfabetización, sin problemas étnicos y con patrones modernos de ingresos y urbanización no puede superar su ingobernabilidad crónica y su mediocre desempeño económico, tomó dimensiones de verdadera catástrofe: la Argentina semeja hoy una comunidad en los límites de su propia disolución y no es fácil advertir qué fuerzas podrán ser las capaces de torcer ese rumbo. Al menos, no resulta fácil pensar que la simple instauración de un gobierno elegido por sufragio popular restañe automáticamente tantas heridas.

II

La crisis, en efecto parece tocar los planos luego de los cuales una sociedad pierde su identidad, disuelta en un proceso centrífugo en el que cualquier centro equilibrador desaparece, ningún interés se reconoce verdaderamente en el Estado y la sociedad civil encuentra demasiados obstáculos en sí misma para construir, de abajo hacia arriba, un nuevo principio ordenador.

En los términos propuestos por Lockwood (y retomados después por Habermas) la desin-

tegración sería, a la vez, *sistémica* y *social*: el sistema político no puede reducir la complejidad de los problemas que le plantea su entorno y tampoco proporciona un marco normativo que sostenga bases de consenso para la interacción.² En rigor, no existiría un mercado legítimo, un espacio en donde fuera posible intercambiar "bienes de autoridad", realizándose, en cambio, la hipótesis límite de una fragmentación corporativa de la sociedad que obstaculiza toda articulación y regulación entre ésta y el Estado.

En este cuadro, la transición entre un autoritarismo que se descompone y un proceso de democratización que no encuentra caminos claros, aparece como enormemente riesgosa y también —en la medida en que no se atisben signos de cambio en los principales actores colectivos— cargada de desesperanzas con respecto a un futuro mediato. Tal como se dio, y tomada en sí misma, la convocatoria a elecciones es mucho más un síntoma de la crisis que una solución para ella.

Y no se trata de que en la relación *autoritarismo-crisis-transición* se busque cargar a éste último término con contenidos palingenéticos. Al menos en la intención de estas notas, se intenta colocar el problema de la transición hacia una democracia no más allá de un punto inmediato en que sea posible pensar las vías para una reconstrucción garantista de las relaciones entre sociedad y Estado, bajo el supuesto que sólo ella —por más modesta que parezca— permitiría instalar las bases para procesar ulteriores transformaciones. Esto es; apreciar la cuestión democrática como un bien valioso en sí mismo para una sociedad gravemente enferma de autoritarismo. De lo que se trataría, en fin, es de buscar la posible recomposición entre un pluralismo social, como el que caracteriza a la Argentina, y un pluralismo político, cultural e institucional.

Por cierto que la imputación de modestia y de ambición para una meta es siempre relativa a las condiciones iniciales dentro de las cuales determinada acción colectiva se proyecta. Vistas así las cosas, la construcción de un mercado político en la Argentina de hoy no aparece como un objetivo tan simple ni poco ambicioso, porque esa transición implicaría la necesidad de

2 David Lockwood, "Social integration and system integration", en G. K. Zolshan y W. Hirsch, *Explorations in social change* London, 1964, págs. 244/256. Jürgen Habermas, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, 1972.

cambiar las bases sobre las que se ha sostenido la legitimidad del Estado durante —por lo menos— los últimos 40 años. O, lo que es lo mismo, partir de la convicción de que no es sólo la descomposición fantástica de este régimen la que debe ser superada, sino también las arenas que desde el pasado condujeron a estos lodos.

Ciertamente, el tema de la crisis no es nuevo en la Argentina. Fuimos hijos de la *pax británica* y la crisis del 29 nos colocó de golpe en una realidad que jamás asumimos del todo. El peronismo, con lo irremplazable que resulta para entender nuestro presente por los cambios que produjo en nuestra estructura y en nuestros hábitos, no hizo finalmente otra cosa que exacerbar los antiguos mitos nacionales con su retórica de “grandeza”, declamada ya en su última etapa gubernamental en medio de los escombros. La alternativa genéricamente antiperonista no pudo constituir, por su parte, un sistema político de reemplazo durante el interregno que va desde 1955 hasta 1973 y su estabilidad como fórmula estatal siempre estuvo ligada a las intervenciones militares, hasta que ellas (1957, 1963, 1972, el momento actual) agotaban sus recursos de autoridad y debían replegarse. La izquierda clásica virtualmente desaparece como opción de masas en la década del 40 y cuando retorna, a principios de los setenta, lo hace bajo la forma predominante de la guerrilla o del “clasismo” catastrofista. Por eso, cuando se contemplan los últimos 30 años, los que arrancan con el derrocamiento del primer Perón, y cuando, por añadidura, se piensa en el modelo político con que el peronismo encaró su propuesta de transformaciones entre 1946 y 1955 ¿qué otra cosa que la visión de una sociedad que parece marchar ciegamente hacia su autodestrucción puede imaginarse?

III

Hace poco más de diez años, como lo hace hoy, la Argentina buscaba vías de salida institucional frente a otro régimen militar que entraba en un acelerado período de desastre, luego —como sucede también hoy— de una etapa triunfalista en la que sus voceros habían pregonado el inicio del momento fundacional de una nueva sociedad.

Pero en aquella oportunidad el desgaste estatal era el producto de una verdadera crisis general generada “desde abajo” —cuyo estallido puede datarse en 1969— a través de la que se expresaba la incapacidad que el postperonismo había

manifestado para reconstruir un sistema político dotado de un margen suficiente de legitimidad. En 1973 esa crisis culminó con la rendición política de la cúpula militar, jaqueada por conflictos de múltiple origen y con el retorno plebiscitario del peronismo al gobierno, como el único movimiento capaz de aprisionar los elementos sueltos de la insatisfacción nacional y recomponerlos para una victoria electoral. Para esa sociedad que ya expresaba síntomas graves de perplejidad, la figura de un anciano enfermo que intentaba conducir un movimiento erosionado por una guerra interna, aparecía, desoladoramente, como una esperanza.

Vana esperanza: lo que vino después es conocido. La violencia más cruel se fue transformando en un dato de la política y arrasó a la vida cotidiana. Cuando murió Perón, en julio de 1974, ya la sociedad argentina había entrado en un torbellino de descomposición al que el disloque económico y moral desnudado por el régimen “isabelino” le dió un remate último. A partir de allí el tema de la “ingobernabilidad” adquiere carta de ciudadanía. El peronismo, en lugar de contribuir a solucionar la crisis, como la mayoría del electorado lo soñó en 1973, introdujo su propia crisis dentro del Estado, potenciando el proceso de descomposición. Nada permite asegurar que ese peligro no volverá a presentarse.

En la imagen escatológica bíblica, retomada por Hobbes y en este siglo por Franz Neumann, el Estado argentino de principios de los setenta era *Behemoth*: el desorden, la anarquía, la disolución de la sociedad expresada en el caos de autoridad. El golpe militar —la figura de *Leviathan* derrotando a *Behemoth*— aparecía así como inevitable. Una sociedad cada vez más aterrorizada y desalentada veía cerrar un capítulo de historia pero, hacia adelante, sólo avizoraba la presencia de un mundo oscuro. Es cierto: la suma de fracasos colectivos, llevada al paroxismo entre 1974 y 1975, hizo caer el golpe militar de marzo de 1976 como una fruta madura, en medio de una atonía general. Pero han pasado siete años y el espectro de la crisis resurge con más fuerza que antes.

IV

Paradojalmente, el justificativo del golpe fue el *vacío de poder*. Sus rasgos —casi obvios— se inscriben dentro de los del nuevo autoritarismo militar que ha estallado en el Cono Sur de América Latina y participan

ideológicamente del "revival" conservador de principios de la década.³ Básicamente ellos implican la ocupación del Estado por la Fuerza Armada como institución para proceder a una reorganización profunda de la economía, de la sociedad y del sistema político. En última instancia, para expulsar a los protagonistas del momento anterior y depurar al Estado del *exceso de demandas*, mediante una estricta disciplina social sostenida sobre las formas más brutales de desactivación popular. A partir de allí operarían los impulsos hacia un nuevo modelo de organización económica, institucional y ética. En este sentido, la irrupción militar hace estallar al *Estado Benefactor*, tal cual se desarrolló en algunas sociedades latinoamericanas como la argentina: agente de un reformismo asistencial que, aunque mediocre, impulsó montos crecientes de participación política y social difícilmente integrables cuando se busca mudar el modo de regulación capitalista vigente.

El *círculo vicioso* atribuido a los modelos populistas por la literatura neoconservadora parecía así cumplirse: mayor participación política/mayor igualdad económico-social/menor desarrollo socioeconómico/menor estabilidad política y, por fin, "implosión participativa" mediante el cierre del sistema político.⁴

Con la clausura de la etapa populista y el establecimiento de la disciplina, tal como se lo propusieron los golpistas de marzo de 1976 y sus ideólogos civiles, el Estado devino pura Sociedad Política; en rigor, un semiestado, autoritario y estamental, cuyo objetivo era el de "congelar" a la sociedad. Pero, tal como ha sido expresado por los propios protagonistas, estos procesos deben poseer dos etapas: una represiva y otra reorganizadora y "fundacional" de un sistema político nuevo, en donde puedan expresarse las demandas de los actores que surjan de los cambios propuestos.

La intervención militar aparecía así como intento de respuesta a una doble crisis: crisis en un modelo de desarrollo y crisis en un modelo

de hegemonía. Ambas se entrelazaban, pero lo que precipitó la ruptura institucional fue la presencia de la segunda, porque ella es la que verdaderamente alude a la existencia de una crisis estatal, es decir, a la desagregación de una serie de pactos constitutivos que deben regular la relación entre sociedad y política. Esa ruptura —que aparece como precondition para un nuevo patrón de desarrollo— se produce cuando la presencia de masas en el sistema político hace ingobernable el cambio: en ese punto, ya no sólo el populismo sino también la democracia representativa expresan su incompetencia para manejar situaciones de hipermovilización.

V

En este sentido y en ese primer momento —que cubre la etapa presidencial de Videla— el diagnóstico de la cúpula militar coincidió, punto por punto, con el de la derecha social y política y con el "sentido común" de las capas medias: el descalabro de la Argentina no sólo no era coyuntural sino que tenía sus raíces muy atrás; en un patrón de desarrollo que había colocado a la industria protegida que producía para el mercado interno como eje del sistema. Se abría entonces la necesidad de un reemplazo drástico de ese modelo —que, con variaciones políticas, se prolonga desde la crisis de los treinta— por otro que, a la inversa del anterior y a semejanza del "ciclo dorado" que había comenzado a finales del siglo pasado, pusiera su centro en la liberación de todos los mercados para poder reubicar al capitalismo argentino en las nuevas condiciones marcadas no sólo por el proceso de transnacionalización, sino también por la crisis mundial de principios de la década pasada.

Así concebido, el proyecto distanciaba a la Argentina de las metas y formas de desarrollo vigentes en Brasil, México o Venezuela, que durante el ciclo anterior había compartido, y la acercaba en cambio a las propuestas que se levantaban para Chile y Uruguay, esto es, para economías más pequeñas que intentaban reestructurarse a través de su realización en el mercado mundial, en lugar de equipararse con las economías más grandes del continente que han tratado de articular la necesaria apertura con un proceso de profundización cualitativa de la industria, otorgándole al Estado un papel predominante en esa ordenación. La ideología que se puso en práctica, consecuente con ese diagnóstico

3 La bibliografía sobre el punto es muy vasta. Un buen resumen conceptual de la dimensión aquí señalada, puede encontrarse en Manuel A. Garretón, "Transformación social y refundación política en el capitalismo autoritario", Documento de Trabajo, Programa FLACSO, Santiago de Chile, número 131, noviembre de 1981.

4 Samuel P. Huntington y Joan M. Nelson, *No easy choice. Political participation in developing countries*, cap. 2, Cambridge, 1976.

tico, era absolutamente simple: en una ecuación ideal que vincula al Estado con el Mercado y con la Participación, los valores del Estado y de la Participación debían descender y los del Mercado debían ser potenciados, no sólo como mecanismos económicos sino como un elemento cultural privilegiado para la reordenación simbólica de la sociedad.

El proyecto atravesó por varias etapas: su edad de oro estuvo en el período Videla cuando, en medio de la represión más sangrienta, las clases medias accedían a mercaderías importadas y viajes en el exterior y el país se distraía con los fastos del campeonato mundial de fútbol.

El pasaje de Videla a Viola —fines del 80, principios del 81— comenzó a marcar los signos del desgaste. En primer lugar porque se expresaron ya a la luz del día las pugnas que dividían a las Fuerzas Armadas en cuanto al modelo económico en vigencia. La etapa Viola reveló, en efecto, los primeros signos de incongruencia entre militares y “establishment” económico. Alrededor de la implementación del plan económico surgieron sordas discusiones y enfrentamientos que lo que mostraban en el fondo era la certeza que algunos militares tenían acerca de las dificultades para manejar la transición desde el momento del “orden” al de la “reorganización”. En ese momento comenzó a advertirse que los planes de “cambio en la continuidad”, de apertura controlada “desde arriba”, a la brasileña, iban a encontrarse con dificultades enormes. El régimen sólo se sostenía en la etapa “disciplinaria”; no podía gobernar la transición tal cual había sido diseñada. Y comenzaron las fisuras: la religión liberal-conservadora del golpe del 76, expandida al amparo del terrorismo estatal, encontraba sus cismatismos.

VI

He aquí, en este punto, donde se plantean las difíciles relaciones que vinculan históricamente a sectores militares —tradicionalmente alimentados por la pretensión de la “grandeza nacional” con las élites empresariales. El *collage* ideológico que respaldaba la coalición entre ambos y que había rematado en la caída del peronismo, estaba compuesto por tres elementos: la doctrina de la Seguridad Nacional, el liberalismo económico y el tradicionalismo ideológico sustentado en un catolicismo integrista. Es decir, la promiscua configuración que Samuelson ha llamado “fascismo de mercado”

y que está presente en todos los golpes militares “institucionales” dados en el Cono Sur.

En esa combinación buena parte de los militares no dejaban de ver al mercado y a sus valores con desconfianza, en la medida que su libre juego achicaba a la sociedad en lugar de agrandarla. En todo caso, el liberalismo económico debía ser planteado como un medio pero no como un fin; como un mecanismo inicial de reajuste tendiente a eliminar una distorsión en las bases del Estado que podía ser eficaz para desplazar del sistema político las presiones del sindicalismo y de la burguesía marginal, ineficiente, cuya existencia era percibida como un resultado negativo de la protección estatal.

En esas condiciones el acuerdo político entre cúpula militar y élite tecnocrática-empresarial contenía necesariamente algunas restricciones. En primer lugar en cuanto al *grado* a que debía llevarse la profundización de los cambios o, visto de otra manera, a los alcances en que la economía y la sociedad debían achicarse. En segundo lugar —y éste era un punto álgido— al *tiempo* que debía transcurrir para pasar a la segunda etapa, aquella en la cual, a partir del “saneamiento” logrado en la primera, pudiera ponerse en marcha un nuevo proyecto de desarrollo y un nuevo proyecto de hegemonía, mediante los cuales el proceso militar inaugurado en 1976 pudiera legitimarse y conformar una continuidad civil.

Parece claro que importantes sectores militares, ante la implementación de una propuesta que tendía a la creación de un capitalismo de servicios basado en el mercado, no querían que la desindustrialización, la desestatización y la tercerización de la sociedad sobrepasara ciertas fronteras, aquellas que iban más allá de un “ordenamiento eficiente” del sistema.

La manera en que Viola, al ascender a la presidencia, trató de resolver ese dilema indicó el primer paso de la “crisis de confianza”, antecedente del descalabro económico que se precipitó desde entonces. Sordamente, su gestión intentaba efectuar correcciones a la etapa anterior, en el entendido que los éxitos logrados en el proceso de disciplinamiento social de ningún modo garantizaban (sino más bien negaban) la posibilidad de una segunda fase que llevara al crecimiento. Así, con el objeto de recomponer la unidad de la burguesía, transformó a su gabinete ministerial en una suerte de cámara corporativa en la que los principales sectores económicos obtuvieron representación, sin una clara

hegemonía por parte de ninguno. Fragmentada de ese modo la unidad estatal (con el agravante de que ya las Fuerzas Armadas no actuaban como garante homogéneo de la actividad gubernamental) se planteó una situación de "salida" (en el sentido que Hirschman le da a la expresión)⁵ por parte de grupos claves que debían otorgarle consistencia al proyecto. El gobierno, enredado en conflictos intersectoriales, se paralizó: los indicadores económicos comenzaron a temblar, la presión de la sociedad (aunque aún tímidamente por efectos del desmantelamiento operado y por el inmediato recuerdo de la brutal represión) tendió a crecer y el conjunto de la economía cayó en una vorágine de recesión e inflación combinadas, que todavía perdura. Viola duró pocos meses; al derrumbarse arrastró con él toda esperanza en una transición comandada desde lo alto.

La llegada a la presidencia de Galtieri —que iba a durar aun menos que el ya efímero Viola— puso en primer plano la insinuada descomposición militar. La suma de las incoherencias comenzó a ser total desde entonces. Por un lado se decide revitalizar el esquema económico de los tiempos iniciales del proceso, colocando otra vez el énfasis en la privatización y en el mercado. Por el otro comienza a ponerse en práctica un total alineamiento con los Estados Unidos (lo que supone compartir todas las consecuencias de la política de Reagan en relación con Centroamérica, por ejemplo) a fin de lograr un aval externo que compensara el aislamiento generado por la política de Carter sobre derechos humanos.

Pero como remate esquizofrénico de este proyecto, el grupo de Galtieri planea y realiza la invasión a las Malvinas, con la voluntad de precipitar internamente un movimiento de legitimación nacionalista para salvar "gloriosamente" la pérdida del consenso en la población, ya por entonces indudable, aunque todavía pasiva. Un plan tan torpemente concebido no podía sino fracasar, enredado en sus propias contradicciones lógicas. La derrota militar en el Atlántico Sur dejó fuera a Galtieri y al disolverse la Junta Militar tras su renuncia, se genera un verdadero vacío institucional.

Un ignoto general, Bignone, es nombrado presidente bajo la única responsabilidad del Ejército, es decir, sin el aval de la Marina ni de

la Fuerza Aérea, que deciden retirarse (en principio; luego volverían) de la conducción gubernamental. Aislado de la sociedad —que, luego del fracaso de las Malvinas, como si éste hubiera iluminado a todos los estratos sobre la perversidad y la incompetencia de los mandos militares, vive una concentrada humillación y un absoluto rechazo del régimen— éste sobrevive inicialmente gracias al tácito respaldo que le da el sistema de partidos, temeroso quizás ante la perspectiva de una anomia social total, y confiando en la promesa de una regularización inmediata de la vida política y de un llamado a elecciones.

Todo lo demás se escribe ya en tiempo presente. El espectáculo cotidiano de un régimen inaugurado triunfalmente en marzo de 1976 para "reorganizar la República", desmoronándose en una lentísima agonía y frente a un asco moral colectivo. En medio de denuncias escandalosas por crímenes y corrupción y mientras aparecen a la luz —como datos del pasado pero también de la actualidad— episodios siniestros de ajuste de cuentas al estilo de la "maffia" y la crisis económica se profundiza, el poder sin embargo sigue aferrándose a la posibilidad de mantener la iniciativa política. Luego del episodio Malvinas pudo pensarse en una salida "a la griega": es decir, en un acuerdo entre una parte de las Fuerzas Armadas (dispuestas a sacrificar a otra parte) y los partidos de la oposición, para transferir a éstos la dirección de un proceso de democratización.

Eso no se produjo: la cerrazón corporativa de las Fuerzas Armadas ha sido lo suficientemente fuerte, hasta ahora, como para impedir que el estamento fuera penetrado por amenazas ciertas de fractura. Pero explicarlo todo por el "esprit de corps" militar sería insuficiente; recuerdo a Tocqueville: "no es en el ejército donde se puede encontrar el remedio de sus vicios sino en el país".⁶

VII

Lo que impresiona de la actual coyuntura argentina es que en medio de la debacle tan generalizada del poder militar éste pueda mantener aún sus posiciones frente a toda una sociedad que lo rechaza. Ese es también un síntoma —¿el más grave?— de la crisis nacional.

5 Alberto O. Hirschman, *Salida, voz y lealtad*, México, 1977.

6 Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, pág. 598, México, 1957.

Un país con un deterioro económico como jamás vivió, con una guerra exterior perdida y con otra, civil, cuyas víctimas yacen en cementerios clandestinos; un país corroído moralmente por el descubrimiento de una enorme corrupción en sus altas esferas, aislado internacionalmente y sin un proyecto de inserción en el mundo. En ese espacio desolado pujan una sociedad que quizás sepa mejor qué es lo que no quiere que lo que realmente desea y una cúpula militar cada vez más solitaria que, agónicamente, busca una retirada ordenada y garantías para el futuro. Un mando, en fin, que mantiene todavía su espíritu de casta y que, si aceptó rendirse frente a los ingleses, se resiste tercamente a hacerlo frente a su sociedad.

En 1973, como culminación de cuatro años de movilización colectiva, se generó un proceso electoral que desalojó a otra cúpula militar e instaló al peronismo en el poder. El peronismo estaba entonces ya demasiado descompuesto como para solucionar una crisis nacional: en rigor, habría de agravarla. Pero aun en el error triunfalista, la sociedad creyó entonces en sí misma. Hoy surge nuevamente la perspectiva de unas elecciones para remediar la ingobernabilidad generada por los militares que en 1976 derrocaron al peronismo con similar motivación. En esta oportunidad el deterioro no puede ser imputado a la acción de las masas sino a un proceso de descomposición interno: el régimen, más que caer, parece extinguirse entre sus propias limitaciones.

Pero este nuevo rasgo del conocido ciclo político argentino de *democratización-crisis-autoritarismo-crisis-transición a la democratización*, no hace sino presentar de manera diferente un mismo problema: la Argentina sería no sólo ingobernable bajo las condiciones de la democracia representativa —como se argumentó en 1976— sino también bajo el autoritarismo. *Leviathan* no derrota fácilmente a *Behemoth*.

La cuestión sería entonces más profunda: la gobernabilidad encontraría obstáculos sociales que entrelazan la economía, la política y la cultura, que vienen desde mucho tiempo atrás y están muy arraigados. Serían esos obstáculos los

que transforman a cada intento de democratización en un esfuerzo de Sísifo.

VIII

Desde los abismos de la crisis actual, una transición hacia la democracia supone, como condición imprescindible, reconstruir las bases del Estado, esto es, poder formular una conexión estable entre las relaciones de poder “realmente existentes” y la institucionalización jurídica de las mismas. Para esa tarea no son pocos los obstáculos. Podría intentarse una esquematización de ellos alrededor de dos ejes, uno estructural y el otro institucional.

Los obstáculos estructurales adquieren la forma predominante de lo económico-social y colocan la base de los que llamamos problemas de integración sistémica: una área de relaciones —la producción— que con sus insuficiencias desencadena efectos desestabilizadores, al generar un “juego de suma cero” en el que la inflación opera conflictivamente como un crónico mecanismo utilizado por los grupos sociales para mejorar su posición en la pugna distributiva por un producto estancado. Este problema, que de ninguna manera es nuevo, parece encontrarse hoy en los límites de su máxima gravedad: jamás se avanzó tanto en el sentido de una reformulación de las bases materiales de la sociedad desde la crisis de los 30. La desindustrialización ha determinado —además de haber diezmado a la burguesía orientada hacia el mercado interno— una disminución en términos absolutos del proletariado fabril, con lo que los principales actores sociales de la Argentina que se consolidó en la década del 40 han perdido gran parte del poder de presión que poseían. Estructuralmente, la sociedad argentina se ha redimensionado, con todas las consecuencias que ello puede tener para la acción colectiva.

En este marco limitado debería encarar la sociedad un proceso de transición a la democracia; la diferencia con otros casos contemporáneos como Brasil o España en donde el autoritarismo “ensanchó” a la sociedad, es notable.⁷

7. En la Argentina de 1982 el producto por habitante es un 15% inferior al de 1975; la producción industrial por habitante ha caído un 25% en relación con 1970; la formación bruta de capital fue del 17% del PBI contra un 25% a mediados de los 70 y la utilización de la capacidad instalada en la manufactura alcanzó apenas al 60%. A esto se debe

sumar una deuda externa de alrededor de 40 mil millones de dólares, un 40% de deterioro en los salarios reales y una inflación que, en 1982, fue del 310%. Por fin como factor de ocupación de mano de obra la industria ha descendido en un 26% y la desocupación, según cifras oficiales que no incluyen la creciente subocupación, es del 6%. Verdadera-

Pero el tema de la crisis argentina y de sus "obstáculos" para una transición hacia la democracia no alude sólo a las "estructuras" sino también a los actores colectivos y entre ellos a aquellos tres que, desde hace 40 años y en combinaciones variadas pero siempre finalmente inestables, han intentado colocar las bases de la legitimidad estatal: Fuerzas Armadas, Sindicatos, Partidos Políticos. Es en este plano donde se anudan las dificultades institucionales.

El primer peronismo puso las bases de su legitimidad en un pacto excluyente entre sindicatos y Fuerzas Armadas arbitrado por la figura de Perón, del que quedaba afuera el sistema de partidos y en el que los industriales dependían estrictamente de las políticas estatales. En este esquema el papel del Estado era decisivo. Ello por las connotaciones ideológicas corporativas de la concepción de Perón y por el papel que el Estado debía cumplir, necesariamente, en un modelo de desarrollo y de hegemonía en el que la industria y el sindicalismo estaban subordinados a sus estrategias. Pero este doble pacto, militar-sindical y sindical-empresario estaba demasiado ligado al cesarismo de Perón y muy poco a reglas institucionales. Cuando sucesivas crisis llevan al derrocamiento de Perón en 1955, el esquema se deshace.

El antiperonismo que gobierna desde entonces desmantela la relación tal cual estaba constituida (como un pluralismo corporativo con fuerte control estatal) y lo reemplaza por otro pacto excluyente: entre Fuerzas Armadas y partidos políticos liberales, del que se excluye ahora al sindicalismo. Este, a su vez, se transforma des-

mente, el cuadro de una situación de postguerra. En este contexto trágico pugnar por la instauración de un sistema democrático y pluralista parece una empresa condenada al fracaso. Se dirá, con razón, que cualquier proyecto democrático requiere de una propuesta económica que le dé cierta base material. Pero la "economía no es un soporte": es un sistema de relaciones ordenado por la política. Es evidente que deberá construirse una política económica superadora a la vez de la populista y de la liberal, que coloque al país más cerca de la fusión entre Estado e Industria de un capitalismo de servicios y que resuelva el viejo problema de la transferencia del excedente generado por la renta agraria, teniendo en cuenta que en el mundo de hoy no parece viable una Argentina económicamente introvertida ni otra, absolutamente abierta. Pero ¿existe alguna discusión sobre economía que no dependa de su regulación política? Cualquier estrategia económica, en un momento en que la crisis del sistema productivo penetra y altera el funcionamiento de toda la sociedad, necesita ser pactada.

de ese momento en un poder de veto, y en la medida en que su condición de agente corporativo de los trabajadores se combina con la representación política de éstos (dada la ilegalidad o semilegalidad, según los períodos, del peronismo) su capacidad de presión pasa a ser enorme, aunque extrainstitucional. En todo este período la relación de los sindicatos con el Estado es compleja: por un lado, depende de las políticas gubernamentales dada la gran cantidad de armas legales existentes para su control; por otro debe mantener su rol "profesional" negociador y a la vez no cesa de pujar para su reingreso en el sistema político, intentando reeditar el pacto anterior con las Fuerzas Armadas.

Podría decirse —y el juicio sería correcto— que el drama principal para el logro de un equilibrio del sistema político en Argentina es que los partidos no poseen la densidad suficiente como para ocupar verdaderamente el centro del mismo; que no son capaces, en suma, de implementar un proceso de negociación capaz de absorber (pero a la vez subordinar) las demandas de los grupos de presión.

Tienden así a transformarse (según la conocida expresión de Kirchheimer)⁸ en "catch-all parties", sin verdadera coherencia programática. No funcionan, en rigor, como *agregadores de intereses* sino como meros *articuladores*, con el agravante, frente a los grupos de presión, que esos intereses que tienden a expresar son a menudo contradictorios y hostiles.

Esa dificultad para recibir, procesar y agregar demandas transformándolas en proyectos compatibles, remite ciertamente al problema de la deficiencia de sus relaciones con la sociedad; pero no se agotan allí sus limitaciones. Por la misma causa los partidos pierden eficacia decisional cuando ocupan el gobierno provocando crisis de funcionamiento; al no cumplir con su rol de mediadores entre grupos sociales e instituciones gubernamentales fracasan en un doble plano.⁹

Su crisis es de representación y al no cumplir con su papel agregador abren el espacio a la in-

8 Otto Kirchheimer, "The transformation of the Western European Party Systems" en Joseph La Palambara y Myron Weiner, *Political Parties and Political Development*, New Jersey, 1966, págs. 184 y siguientes.

9 Ver, entre muchos otros, Gianfranco Pasquino, *Crisis dei Partiti e governabilità*, Bologna, 1980; Alessandro Pizzorno, *I Soggetti del pluralismo*, Bologna, 1980, y Paggi, Ingrao y otros, *Il partito politico e la crisi dello stato sociale*, Bari, 1981.

intervención política de sindicatos y Fuerzas Armadas, transformando a éstas últimas en "Partido del Orden" cuando la fuga hacia su carácter de grupo de presión puro y simple por parte de los sindicatos veta de hecho a la acumulación capitalista sin proponer nada en cambio. Esto adquirió la luminosidad de un ejemplo de manual en las postrimerías del segundo peronismo, entre 1974 y 1976.

Para el funcionamiento del sistema es un problema suplementario el que la relación entre sindicatos y Fuerzas Armadas, actores imprescindibles para la legitimidad del Estado en la medida en que los intereses conflictivos en la sociedad parecen no tener otra mediación política, es, a su vez, una relación permanente de *concordia-discordia*, por lo que tampoco el predominio autoritario del estamento militar suprime los atoladeros.

Colocada en la parálisis que esa situación crónica genera, la Argentina es una sociedad cesarista en potencia, fragmentada en una pluralidad de centros de poder "de hecho" que no se expresan en un pluralismo institucional y que, por tanto, periódicamente convocan a una salida autoritaria que tampoco es garantía de estabilidad como la situación actual lo demuestra otra vez. Este movimiento pendular realimenta la vulnerabilidad de las estructuras políticas, la notable fragilidad del pacto estatal. El resultado es un Estado débil enfrentado a un sistema político cargado, denso, pero fragmentado y que no encuentra las formas de construcción de una democracia contratada entre los diversos centros de poder social.

En esta situación, en la que una fragmentación de centros de poder en la sociedad no encuentra reflejo en un pluralismo institucionalizado, el Estado se muestra como un lugar decisivo para satisfacer demandas de corto plazo, una fortaleza que por eso se codicia, pero que no puede guardar distancias con la sociedad. Cuanto más interviene más fuerte parece, pero ello sólo encubre su verdadera debilidad, resultante de estar sometido a una multiplicación de demandas contradictorias. La sociedad—carente de mediaciones legítimas—no tiene su centro en él: funciona a través del veto y la neutralización recíproca, sin una dirección. Las recaídas en el autoritarismo tampoco la crean; sea a través del "pretorianismo de masas" en el momento pendular del "desorden" semidemocrático o sea a través del "parlamentarismo negro" en la etapa del "orden" autoritario, lo que queda

claro permanentemente es que la sociedad argentina no puede construir un mercado político con reglas claras, abarcador y no excluyente. No puede contratar el funcionamiento de una democracia ni puede funcionar establemente por la vía del autoritarismo. En cualquiera de las dos situaciones, el Estado es un "cuasi Estado". Invasado por la sociedad, carece de una organización burocrático-administrativa estable y con capacidad de gestión económica y social que le asegure la cuota imprescindible de distancia. La sociedad, por su parte, sometida a tensiones centrífugas constantes, se ha mostrado incapaz de montar mediaciones de negociación e intercambio, hecho en el cual la decadencia de los partidos políticos—realimentada por una crisis general—tienen una importancia decisiva. Carente el Estado de un orden burocrático moderno que le asegure la necesaria autonomía, y vacía la sociedad de un orden civil que medie en los conflictos, el militarismo aparece recurrentemente como un espejismo de solución hasta que, en un nuevo punto de ese círculo casi infernal, desnuda otra vez su incapacidad resolutive de la crisis.

IX

Alguna vez he colocado la imagen del "empate social", diseñada por Adolf Sturmthal, como clave descriptiva de la inestabilidad argentina. Pero es necesario ahora ir más allá, porque en su versión original (derivada de la interpretación que dio Otto Bauer sobre el equilibrio catastrófico como explicación del surgimiento del fascismo, por ejemplo) el "empate" aparecía como una situación coyuntural que debía precipitarse más o menos rápidamente en un "desempate" autoritario.

Pero ¿qué decir cuando el "empate" es crónico? ¿cuándo los grupos tienen duraderamente la fuerza necesaria para vetar los proyectos de otros pero no la suficiente para imponer, de manera perdurable, los propios, o para elaborar una coexistencia estable dentro de una sociedad viable? Esto último supone la posibilidad—negada en la Argentina desde hace décadas—de encontrar un "centro de gravedad" en la sociedad, de construir efectivamente un sistema político capaz de ordenar la complejidad. Y construir un sistema político equivale a encontrar las bases de una cultura política homogénea que, entre los extremos del *conflicto* permanente y el *consenso* uniformador, edifique las reglas de juego para el *disenso*.

Hay detrás de esta inestabilidad una historia de mutaciones incompletas, que viene de atrás, de la manera en que la industrialización se instaló como centro de la sociedad argentina. El indudable impacto de la modernización y la industrialización concluyó en procesos a medias, sin que la configuración anterior, es decir, el "viejo capitalismo" de matriz "europea", fuera suficientemente subordinado. Cada transformación, que necesariamente incorporaba actores y valores culturales nuevos, arrastraba una continuidad patológica con lo viejo, de modo que el cuadro sociopolítico tomaba permanentemente la forma de una agregación heterogénea, sin vencedores netos. Esas condiciones se veían favorecidas por un modelo de acumulación basado en una situación de poder económico compartido que pendularmente pasa de la burguesía agraria, en cuya actividad está el control del ingreso de divisas, a la burguesía industrial, protegida y orientada casi totalmente al mercado interno, en una secuencia perversa de "stop-go" que transcurre siempre desde un momento de devaluación y aumento de los precios relativos agrícolas a otro —en la etapa de expansión— en el que aumentan los precios industriales y el salario real, hasta que la burguesía agraria precipita una crisis en la balanza de pagos obligando a una nueva devaluación y al recommienzo del ciclo.

Así, en esa sociedad que crece por adición y no por síntesis, se exacerba la tendencia al "empate", al pluralismo pervertido, a la crisis crónica de hegemonía. Si cada nueva fase no puede subalternizar a la anterior, las características del conflicto social se complejizan al combinarse caóticamente las demandas de grupos que de ningún modo han perdido su capacidad de veto con las de otros que acaban de adquirirla.

X

Si se reconoce a una situación como de crisis y más aún si se la caracteriza como una crisis de *integración social*, es naturalmente imposible establecer predicciones: lo más que puede hacerse es identificar la situación y caracterizar, íntimamente y en relación recíproca, a sus protagonistas sabiendo que ellos también sufren la movilidad que la propia crisis plantea.

Poco más que eso: sumida en este derrumbe, como corolario de un largo fracaso, hay derecho a preguntarse por la viabilidad argentina, por

sus posibilidades no ya de ser la potencia que quiso ser, sino siquiera por salir del pozo de la decadencia económica y la inestabilidad política. El plano en el que he querido colocar estas notas es el de la posibilidad de una reestructuración estatal, porque a mi juicio el principal cuello de botella que explica la paradoja argentina es el atraso de su sistema político. Pero hablar de una reconstrucción estatal obliga no sólo a proponer una superación del autoritarismo militar sino también de las situaciones que lo precedieron y que, bajo el gobierno de la viuda de Perón, encontraron su éxtasis.

Una sociedad compleja como la argentina parece no tener otra alternativa realista para elaborar sus conflictos que la democracia política. Pero de la democracia no se puede ya hablar en general. ¿Cuál podría ser su contenido hoy en la Argentina? ¿Cuáles sus actores? ¿Cuál su compromiso fundante?

Sin asumir plenamente los problemas que la doble crisis, la del populismo y la del autoritarismo conservador, ha puesto sobre el tapete, el proyecto democrático es impensable. Afortunadamente pareciera que la vieja y bizantina discusión —sostenida tanto por el populismo como por la izquierda autoritaria— acerca de la contraposición entre democracia "formal" y democracia "sustantiva" ha perdido gran parte de su prestigio. La democracia es inevitablemente "formal" porque alude a las reglas de un orden político. Y también deberá ampliarse socialmente, porque ya no existe la pura ciudadanía liberal. Tendrá que surgir de un contrato, que no es de individuos sino de grupos, para fundar desde él un verdadero mercado político. Y deberá estructurarse a partir de la productividad que la propia crisis genera, en tanto ella no menta a la "catástrofe" que anticipa la insurrección popular ni se consuela con un reajuste superficial que retrotraiga a la situación anterior.

Del pacto o suma de pactos que constituyan ese compromiso democrático como fundación de una articulación viable entre sociedad, sistema político y Estado, no podrían ser excluidos los partidos políticos, los sindicatos, los empresarios; tampoco las Fuerzas Armadas, que ya no podrán ser valoradas con la ingenua óptica civilista del "retorno al cuartel", aunque parece evidente que sus relaciones con la sociedad y con el Estado deberán ser reformuladas en orden a garantizar efectivamente una *intervención* de las instituciones representativas sobre ellas.

Pero más allá de los acuerdos formales —que incluso deberían alcanzar altura constitucional— la clave fundamental para la solidez de un acuerdo democrático consiste en la capacidad que tenga el *sistema de partidos* para subordinar a su dirección los intereses parciales de los grupos. Si su interacción no alcanza a cumplir con las funciones de *agregación social* propias a su rol, serán otra vez los grupos corporativos quienes se harán cargo de la contratación política con el resultado, a partir de la inexistencia de un nivel mediador de conflictos, del desbordamiento de los marcos institucionales.

Está claro que esa función mínima de agregación a cargo de los partidos no garantiza, por sí sola, la estabilidad de un sistema de reglas en el que el traspaso normal del poder y la alternancia política sean expectativas razonables.

Como ya ha quedado señalado, los partidos deben legitimar su rol central en el sistema político democrático a través de su capacidad de gestión, esto es, de su eficacia en el interior del sistema decisonal, para lo cual deberán actualizar sus métodos y sus programas. La obsolescencia de los grandes y pequeños partidos políticos de la Argentina es, hoy por hoy, desoladora: el provincialismo y el particularismo inunda a la clase política, dificultando su capacidad para diseñar un proyecto de nación en el interior de un mundo en crisis.

Todo ello puede presentar como utópico que en una situación así, con partidos fragmentados y viejos, con sindicatos corporativizados, con un sistema industrial en abierto retroceso y una consistente mentalidad autoritaria en los militares, pueda construirse un cuadro estatal más o menos estable que no reproduzca rápidamente las condiciones de su disolución, como ha sucedido en todas las últimas transiciones desde una situación de dictadura a una democrática. Queda la confianza de que la propia y patética dimensión múltiple de la crisis quizás permita, por la misma gravedad con que ella recorrió a todos los actores sociales decisivos de la Argentina, una renovación de su identidad y de sus metas, mediante un proceso particular en el que cada uno de ellos pierda su sentido de omnipotencia, pero también a través de una gran presión colectiva que busque desarrollar nuevas formas para la política y que sea capaz de establecer una dinámica diferente entre movimientos sociales, grupos de interés, partidos e instituciones.

La construcción de un mercado político implica un proceso múltiple y a la vez dinámico

porque es dentro del mismo que los actores se constituyen. Mínimamente, su significado es hoy la eliminación del despotismo militar. Ese es el contenido más modesto, pero imprescindible, que califica el primer sentido de lo democrático en la Argentina actual. Su constitución alude a lo que puede ser calificado como la primera fase de un espacio de *democratización en el Estado*, a través de un proceso de ampliación del sistema político, es decir del lugar en el que se toman las decisiones y en el que se cruzan y compensan relaciones de poder y de influencia entre diversos actores.

Nuevamente cabe señalar que este momento “mínimo” no es de ningún modo obvio o simple: la incrustación en el Estado, durante tantos años (que incluyen no sólo los del gobierno militar sino los del segundo peronismo) de “estructuras transversales” al sistema institucional compuestas por partidos armados “ocultos”, derivará en grandes dificultades para su desmantelamiento. La inercia del autoritarismo seguramente habrá de prolongarse en estos grupos —residuos de la definición de la política como guerra— que controlan recursos de violencia y que medran de manera prebendalista en las “situaciones de excepción”. Sólo una enorme y forzosamente lenta vigilancia por parte de la sociedad, podría morigerar esos impulsos que inevitablemente reaparecerán.

El punto es más serio porque esta democratización de lo público, esta búsqueda de una mayor transparencia institucional, con lo difícil que resultará instrumentarla, aparece sólo como una condición necesaria para un proceso democrático, pero que de ninguna manera lo agota.

La revalorización de la democracia como *fin* (en el sentido ético humboldtiano de punto de apoyo para el desarrollo de la potencialidad humana) y, por lo tanto, la superación de la dicotomía abstracta entre su “forma” y su “sustancia” (o entre lo “político” y lo “social”), implica que parejamente con la democratización en el Estado se construya o se consolide la *democratización en la sociedad*.

Este otro nivel conlleva la necesidad de una redefinición de la política (y de lo político) que, de excluyente ámbito especializado monopolizado por “profesionales”, pueda transformarse, además, en un tejido múltiple de solidaridades que amplíen así el radio de “lo público”. Esta doble vía de participación democrática

tica —única meta de transformación no totalmente utópica en el mundo contemporáneo— comporta, y es trivial señalarlo, difíciles problemas en las sociedades complejas, pero quizás la democracia no sea sino esa lucha constante que acerca y separa al movimiento social del movimiento político.

La sociedad argentina parecería estar mejor dotada que otras en América Latina para sostener “desde abajo” un proceso de democratización, en la medida en que la constitución de sus clases populares modernas, producto de una masa inmigratoria que no encontró en su nuevo país el obstáculo de estructuras jerárquicas demasiado consolidadas, determinó una matriz de relaciones interpersonales fuertemente cargadas de un igualitarismo cotidiano. Pero esa base no alcanzó sin embargo para conformar una cultura política democrática, autosostenida en la tolerancia. Sea en el momento de la exclusión o el fraude practicado por los conservadores o en el de la expansión de los “movimientos nacionales” (primero el yrigoyenismo; luego el peronismo) la política siempre apareció como terreno propicio para el autoritarismo y esto como percepción compartida por las clases altas y las populares. En rigor, en la cultura política argentina no hay una acumulación reflexiva sobre la democracia, sobre los nexos que deben ligar la voluntad de autonomía personal en la vida de todos los días y los sistemas de decisión política. La reflexión ha girado mucho más alrededor de valores como “pueblo”, “nación” o “clase” o de grandes palabras como “nacionalismo” o “revolución”. El término libertad era reivindicado grotescamente por el liberalismo conservador, mientras que el de participación lo era, pero de modo organicista y autoritario, por el populismo y el izquierdismo, sometido el primero a una concepción totalizadora del “movimiento nacional” que dicotomizaba al campo de la política entre amigos y enemigos, leales o traidores, y aprisionado el otro por una concepción teleológica de la “Revolución” basada en el supuesto de una ruptura social única y total y en una imagen dúplice de la acción política concebida como una “acumulación de fuerzas” en función del estallido en ese día mágico.

Parece evidente que la presencia conjunta y retroalimentada de estas formas de subcultura “liberal”, “populista” e “izquierdista”, las tres cargadas de autoritarismo,

hostilidad al compromiso y providencialismo, puede ser alineada junto con los datos estructurales e institucionales ya mencionados como otro obstáculo grave para la solidez de un proceso de transición a la democracia. No deja de ser inquietante el no saber cuál fue el peso ideal de estos elementos mitológicos en el irredentismo de masas, casi *d'annunziano*, que atravesó a la sociedad argentina durante la guerra por las Malvinas y que hizo delirar fugazmente a Galtieri con los sueños de Mussolini.

Esta combinación de vida social secularizada y vida política penetrada por la magia y la intolancia omnipotente no puede tener otro desmoronamiento que la inestabilidad institucional, porque las metas se constituyen al margen de una ética responsable preocupada por las consecuencias que las acciones políticas habrán de desatar. Es un hecho, sin embargo, que el desgaste del terrorismo, el fracaso del populismo tras la muerte de Perón y el abrumador deterioro económico, social, político y ético generado por la bancarrota del liberalismo autoritario y conservador, han dejado a la sociedad argentina vacía de proyectos que vayan más allá del deseo de terminar con el ciclo de la dictadura militar. Quisiera pensar que esta debilidad de las respuestas arrogantes, que esta perplejidad sólo consciente de lo que no desea, pueda ser una virtud en cuanto espacio disponible para la imaginación autocrítica de la sociedad.

¿Con qué fin? Simplemente con el de poder introducir en ese terreno, todavía desolado, la problemática de la construcción seria, larga y difícil de una democracia participativa, de una forma moderna de la política capaz de reconciliar los procesos de democratización de base de la sociedad con la democratización de sus instituciones.

Una articulación de ese tipo, aunque en un principio sólo proyectual, probablemente podrá ubicar a esa comunidad, materialmente empujada y moralmente desalentada, en los grandes temas de hoy. En un espacio que permita pensar a la Argentina dentro de sí misma pero dentro también de una crisis mundial múltiple y prolongada, como parte del único debate contemporáneo éticamente prometedor: aquel que se pregunta sobre las formas con que pueden resultar compatibles y no excluyentes la participación con el desarrollo, la igualdad con la libertad, más allá del pesimismo de Tocqueville y del optimismo de Marx.

La crisis en México

Hugo Vargas

Dicen que no hay quinto malo. Y así fue. Después de cuatro citas y sendos plantones, Rolando Cordera pudo hacerse un hueco para conceder la entrevista. Claro, ser coordinador de la diputación del Partido Socialista Unificado de México (PSUM), miembro de su Comité Central y Comisión Política, investigador de tiempo completo en la Facultad de Economía de la UNAM, y por si fuera poco, editorialista del diario Unomásuno, le debe dejar poco tiempo.

Desde los años en que era estudiante de economía, su nombre se ha asociado con grandes polémicas; cuando ocupó la presidencia de la sociedad de alumnos de su facultad, hasta los momentos de ruptura con la revista Punto crítico y el grupo que la editaba; desde los inicios del Consejo Sindical, que reúne a una corriente importante de los profesores universitarios, hasta la publicación, al alimón con el exdirector del Banco de México, Carlos Tello, del libro La disputa por la nación, pasando por su participación con la Tendencia Democrática del SUTERM que dirigió Rafael Galván.

Cuando participé en la lucha de los electricistas —dice Cordera— redescubrí la importancia de la cuestión nacional, del estado, de la revolución mexicana y de la dinámica de nuestro sistema social. A partir de la experiencia con Galván me convencí de que teníamos que incorporar esas cuestiones en la construcción de una alternativa socialista.

Fue precisamente esta lucha sindical la que produjo la ruptura en el grupo de *Punto crítico*. Había quienes pensábamos que esa era la perspectiva justa para ese momento, que no solamente se trataba de apoyar a Galván en lo que todos coincidíamos, sino de avanzar con él en la creación de una gran corriente nacional, popular, a partir de la lucha por la democracia sindical y la organización de los trabajadores en un esquema muy amplio de restructuración del movimiento obrero; otros compañeros creían

que no era esa la perspectiva más justa, que había que diferenciarse del proyecto de Galván, al que definían como un proyecto nacionalista y reformista. En 1975 empezaron realmente los conflictos y no pudimos llegar a un acuerdo. Luego, el hecho de que José Blanco y yo entráramos a trabajar en el gobierno, sirvió más bien de pretexto, para conorar una discrepancia que venía desde antes.

Cinco años después de aquella ruptura se inician los trabajos de organización de lo que más tarde se conocería como Movimiento de Acción Política (MAP). Rolando Cordera lo explica así: empezamos a discutir en torno a la formación de una agrupación política en 1979-80; en diciembre de 1979 tomamos la decisión de trabajar en la elaboración de los planteamientos básicos de esa organización política; todo el año de 1980, en grupos muy

amplios, discutimos y elaboramos nuestros documentos básicos, que fueron presentados en borrador en enero de 1981, y ya en ese momento aprobamos en principio el programa, el esquema de organización y el nombre.

A finales de aquel año, el antiguo Partido Comunista Mexicano, el Partido del Pueblo Mexicano, el Partido Socialista Revolucionario, el Movimiento de Acción Socialista y el Partido Mexicano de los Trabajadores, inician pláticas para llevar a cabo la unificación de sus fuerzas.

Nosotros estábamos explorando, porque esa era nuestra hipótesis —recuerda Cordera— que en México la izquierda iba a avanzar por mucho tiempo por la vía de las coaliciones; fue por eso que decidimos no hacer un partido político, sino una asociación, que en términos de la ley pudiera procesar esta perspectiva de coaliciones amplias. Cuando se precipitó el proceso de unidad, decidimos que acortaba los periodos y que no podíamos, en aras de una hipótesis teórica, dejar pasar un proceso político de tanta importancia. Por eso es que decidimos incorporarnos a la fusión en los términos en que lo hicimos. Esperábamos mayor entendimiento de esto, porque en realidad, para nosotros quizá hubiera sido más fácil avanzar con el MAP y vincularnos con cualquier proyecto que resultara de la fusión o de la Coalición de Izquierda: hubiera sido menos apresurado, más natural. Si procedimos como procedimos fue porque nos pareció que la contraria era una actitud realmente egoísta. Otros compañeros no lo entendieron así, creyeron más bien que tratábamos de subirnos a su carro.

La crisis de todo un sistema

Lo que espera EU en Centroamérica —y del mundo en general— lo dice claramente el Institute Naval Proceedings, cuando alguno de sus especialistas escribe: "En el curso de los próximos veinte años, las revoluciones, las guerras civiles, los conflictos étnicos, las escaramuzas fronterizas y las guerras libradas por procuración estarán al orden del día." Haig, por su parte le llegó a confesar al Miami Herald Tribune que "el terrorismo internacional sustituirá a los derechos humanos en las preocupaciones del Departamento de Estado". ¿Cuáles serían para ti las posibles salidas a la crisis de Centroamérica, otro lado, la innegable influencia de un fuerte tomando en cuenta esta decisión de EU y por

movimiento armado de oposición democrática y de izquierda?

—Lo que se está viviendo en Centroamérica es el proceso de deterioro irreversible de todo un sistema social y político organizado en torno a la oligarquía, en torno al ejército, con economías claramente dependientes de corte neocolonial, subordinadas abiertamente a las grandes compañías norteamericanas explotadoras de materias primas, etc. En Centroamérica se está viviendo la crisis de todo un sistema, no solamente el efecto de una insurgencia. Y el sistema comenzó a desmoronarse con toda claridad con la caída de lo que era el eje que lo articulaba. A partir de la caída de Somoza en Nicaragua se hizo claro lo que estaba gestándose y poniendo en práctica desde muchos años atrás, una marcha histórica de Centroamérica en búsqueda de una nueva forma de organización social, económica y política. No se trata en consecuencia, de una lucha de la izquierda, esto es algo que la rebasa, y que tiene que ver con el esfuerzo histórico de los pueblos centroamericanos para acortar la etapa de deterioro de un sistema sustentado en una opresión sin límites.

Creo que si no se entiende esto, no se entenderá nada de lo que pasa en Centroamérica; es lo que los norteamericanos se obstinan en hacer. Si no se comprende que el problema es de organización económica-social, de nuevas alternativas de desarrollo, de una quiebra estructural entonces es muy difícil ir más allá del descubrimiento de conspiraciones o del enfrentamiento entre los bloques. Creo que no hay elementos para hablar de un acuerdo tácito entre las potencias con respecto a Centroamérica. Lo que sí creo es que lo que pasa en Centroamérica no se explica por una intervención soviética. Tampoco sé que tanto le convendría a la URSS —visto el problema desde una óptica de potencia— involucrarse en Centroamérica; le saldría muy costoso, y la URSS no las tiene todas consigo en materia económica y financiera.

La perspectiva en Centroamérica es la de un proceso largo y cruento —como lo está siendo— de liberación popular y de construcción de nuevas formas de organización social, que estarán relacionadas con los nuevos mecanismos de reproducción y de acumulación. Sin embargo, es difícil decir cuándo va a terminar esto, sobre todo ahora cuando parece que los EU están decididos a regionalizar el conflicto, involucrando a Honduras y convirtiendo a Costa Rica

en una especie de Casablanca, pero no en el sentido que nos evocaría la película, sino en el de un espacio vacío en donde actúen fuerzas sin control. Es claro que EU ha optado por apoyar a las fuerzas más regresivas que no ofrecen nada para la evolución centroamericana.

Así las cosas, cabe esperar que este despertar en Centroamérica va a ser muy costoso, pero creo que no hay otra salida que una recomposición estructural en la región, lo que no implica de ninguna manera la creación de una Centroamericana sovieterizada o cubanizada; eso es parte de la paranoia y la demagogia norteamericanas para justificar su presencia ahí.

La perspectiva más probable es la creación de modelos económicos mixtos, con mucha presencia colectiva y con una inevitable participación estatal en los procesos económicos, pero no necesariamente economías dominadas por una instancia central; creo que es algo difícil de concebir para el caso centroamericano donde hay una gran presencia campesina, y en el caso guatemalteco, grupos étnicos que son la mayoría de la población.

Claro, se puede llegar a forzar la historia y los términos estructurales de las historias particulares de cada nación, pero es obvio que la perspectiva más probable, más natural, es la de la conformación de sistemas mixtos, no de sistemas centralizados de tipo soviético: no sé de dónde saldrán esos sistemas, cuáles serán las fuerzas que organizarán esta centralización y le darán viabilidad. No se trata de economías-continente, como es la rusa, ni se está viviendo una situación como la que tuvo que vivir la joven URSS, por el contrario, creo que Centroamérica está replanteando el problema del desarrollo y el cambio sociales. Y ahí está Nicaragua.

¿En este marco, cuál es el papel de México?

—México está involucrado en la situación centroamericana por razones geográficas, políticas y porque los norteamericanos no van a dejar que México se aísle. Cualquier ilusión de que podamos llevar a cabo una política cautelosa, moderada, etc., la rompe EU con su agresividad y su imposición a los gobiernos sucesivos de México. Algunos esperaban que la política exterior de De la Madrid fuese mucho más recatada, como dicen los norteamericanos, de *low profile*. Ellos mismos inmediatamente presionaron al presidente y agredieron al gobierno mexicano, y naturalmente estos reaccionaron.

El grupo de Contadora le permitió a México y a los demás países que lo componen, participar activamente pero no aisladamente en la política del continente, evitando en lo posible los riesgos de represalias por parte de EU. A México el grupo Contadora le permitió salir del aislamiento en que se encontraba a partir de la propuesta franco-mexicana.

Así los dos gobiernos últimos del país han tenido que ingeniárselas para mantener su posición, porque es muy importante desde el punto de vista de las relaciones internacionales, que los EU no mezclen los problemas de la posición bilateral con la posición de México en Centroamérica. Mientras México evite esto, tendrá más posibilidad de maniobra; en la medida en que los estadounidenses puedan imponerle a México que como parte del examen de la relación bilateral esté el examen de la política exterior mexicana, nuestro país se va a ver en serios problemas porque, entre otras cosas, México es un país dependiente y muy vulnerable por su situación financiera.

Ahora bien, en una perspectiva más amplia a México —como sistema político, económico—, le es más favorable una Centroamérica en proceso de desarrollo y cambio sociales, que una Centroamérica en guerra, dominada por unas oligarquías viejas y las nuevas oligarquías de esa pseudoclase militar que se ha ido organizando al calor de la crisis del sistema oligárquico. La perspectiva para México como estado, como nación, es la de una Centroamericana en proceso de desarrollo. Si el estado y la sociedad mexicanos le dan la espalda al proceso centroamericano van a sufrir desgarraduras muy serias.

Una última consideración, hablando de los intereses mexicanos en el resto del continente. La participación mexicana en el Pacto de San José, en materia energética, es una experiencia sumamente positiva, que sugiere mecanismos de coordinación y de ayuda, con los que México podría avanzar en el terreno de una política exterior activa y en la búsqueda de un desarrollo mínimamente autónomo.

La disputa de una nación

“Samuel I. del Villar, de El Colegio de México, comentaba en un debate que por primera vez, y luego de los libros menores de Luis Pazos, un texto de economía se convierte en el libro mejor vendido y la primera edición se agota en 15 días”, contaba en su columna periodística,

Carmen Galindo. Lo cierto es que el libro de Carlos Tello y Rolando Cordera, editado en la primavera de 1981, fue objeto de numerosos comentarios en la prensa nacional. Y los había de todo tipo. Veámos algunos al azar: Sergio Gómez Montero y el suplemento cultural del diario *Unomásuno* del 26 de septiembre de aquel año dice, "el esquema dicotómico que se desarrolla en el trabajo de Tello y de Cordera —y que de alguna manera también lo suponen Barkin y Esteva, Zaid, Perzábal, los autores de *México hoy* y el plan básico de gobierno del IEPES— se sustenta en el hecho de que la capacidad reformista del sistema actual es ilimitada, y que tendrá siempre opción, por esa vía, para conciliar los intereses de las clases antagónicas de la sociedad". Manuel Buendía, en *Excelsior*, por su parte, afirmó: "No es prescindible la lectura de *La disputa...*, el libro de Carlos Tello y Rolando Cordera, que acaba de ponerse a la venta. Si un comentarista político, funcionario o dirigente social respeta su quehacer, le será imposible omitir el análisis cuidadoso de este brillante ensayo." O este otro, del editorial de la revista *Razones*, que dirigía, precisamente, Samuel I. del Villar: "Las tesis que se proponen (Tello y Cordera) en su proyecto consisten en lugares comunes propios de un mitin plazualesco del PPS, expresados en una jerga sendotecnocrática tan confusa, aburrida y contradictoria como vacua... Pero en realidad, lo que el proyecto del señor Tello y asociados parece desear es un régimen burocrático, corporativista, corrupto y demagógico."

¿Sigues sosteniendo las hipótesis centrales de la disputa...?

—Esencialmente, sí. Las tesis es que el país se va a desarrollar dentro de dos posibles alternativas, que nosotros llamábamos polares; una que incluye una integración creciente y consciente con Estados Unidos, que de una manera general llamábamos neoliberal, y otra de carácter nacionalista que buscaría el desarrollo económico y la puesta en marcha de una estrategia dirigida a darle un mayor grado de autonomía a la economía mexicana con respecto al mercado internacional. Pienso que en ese sentido no hay ninguna modificación esencial que hacer; lo que estamos viviendo hoy, es el debate político e intelectual en torno a estas cuestiones. El nuevo gobierno está tratando de llevar a cabo

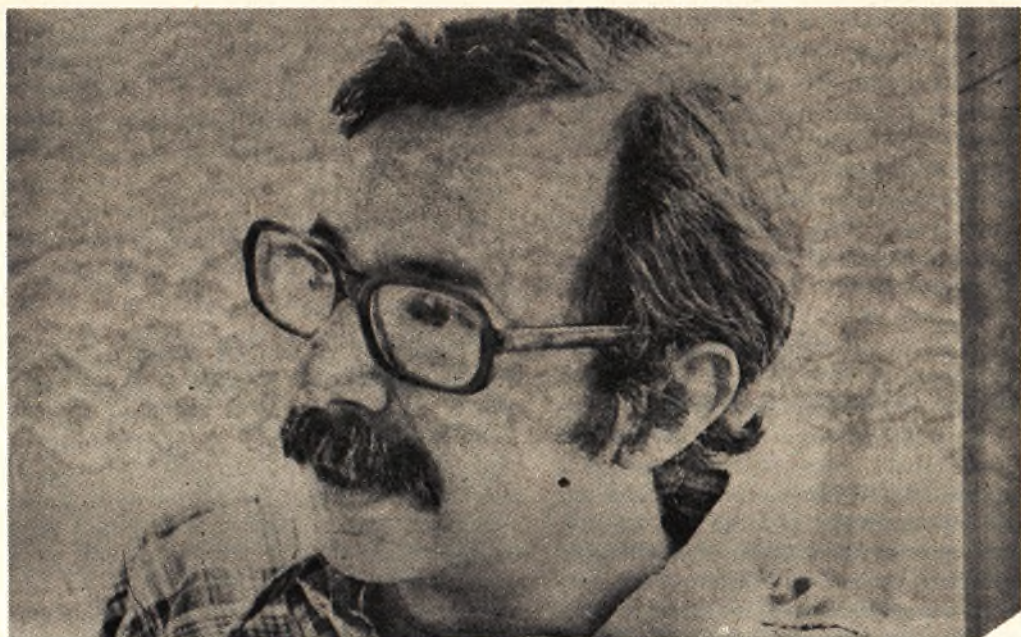
una línea de conducción en donde predomina la opción que llamábamos neoliberal, independientemente de los deseos explícitos del gobierno en cuanto al nacionalismo revolucionario.

Sin embargo creo que el problema planteado en el libro está lejos de resolverse: estamos por vivir una serie de situaciones y conflictos que estarán vinculadas con estas cuestiones que nosotros considerábamos como básicas y definitorias en la perspectiva política de México.

Me parece que una lectura cuidadosa de *La disputa...* no permite afirmar que nosotros sostenemos que el estado mexicano tiene "una ilimitada capacidad reformista". Nosotros formulamos una hipótesis más o menos obvia: el estado mexicano es un estado con capacidades reformistas; casi todos los estados lo son, pero éste además de serlo por su formación histórica, lo es por su composición social y por las condiciones en que está envuelto. Todo esto permite afirmar en principio, que esa capacidad reformista —que además le dio origen— no se ha agotado.

¿Entre los objetivos de la publicación del libro estaba el debate con la izquierda sobre estos problemas?

—Ni siquiera yo que he estado participando en la vida de la izquierda desde hace muchos años de una manera muy activa, me plantee tal objetivo; creo, además que no había mucha polémica dentro de la izquierda en torno a los problemas nacionales. Intentamos un ejercicio intelectual que se originó en un compromiso, ese sí, coyuntural, donde discutimos las perspectivas de México. Nos planteamos la posibilidad de discutirlos no en un estudio econométrico, numérico, sino a partir de las grandes líneas por donde se moverían las decisiones del estado y la sociedad en México. Ahora bien, obviamente el libro lo que busca es plantear de una manera esquemática las grandes estrategias que están en juego hoy en el país, trata de alguna manera de resumir un conjunto de preocupaciones respecto a la coyuntura y a las perspectivas estructurales de México, que van desde luego, mucho más allá de la izquierda, que están presentes en las elaboraciones del llamado movimiento obrero, en los debates de los economistas y en los debates dentro del aparato estatal. Quienes piensan que se trata de un libro de programa, están equivocados. Tratamos de organizar



Rolando Cordera

el debate, ese sí central, entre las fuerzas políticas que actúan en México.

¿Cómo ves las cosas ahora? ¿Crees que son hechos positivos que el proceso inflacionario se haya enlentecido, que por primera vez en mucho tiempo haya un superávit en la balanza comercial y que el déficit presupuestal se haya reducido?

—En primer lugar, todos deseamos que baje la inflación, pero todavía está por verse. Nadie apuesta por una inflación menor al 80 o 90 por ciento este año. En segundo lugar, la existencia de un superávit comercial en México, tenemos que verlo, desgraciadamente, como una manifestación de la crisis y no como un síntoma de que estamos saliendo de ella, porque en buena medida ese superávit explicado por la enorme depresión económica interna, que ha traído como consecuencia que nuestras compras en el exterior hayan caído verticalmente. Por eso tenemos un resultado aritmético donde las exportaciones superan las importaciones, esto nos está hablando de un gran decaimiento interno y no de una gran capacidad exportadora que supere las compras en el exterior.

Y por lo que toca al presupuesto federal, lo que está pasando es que se ha sacrificado la satisfacción de necesidades sociales elementales

y se están posponiendo —o de plano cancelando— proyectos productivos de gran importancia so pretexto de lograr un equilibrio presupuestal que es totalmente ilusorio en el mundo de hoy y particularmente en un país como el nuestro.

Sin querer hacerla de profeta creo que la crisis está en marcha y que por lo menos el día de hoy, no hemos tocado el fondo. Me temo —hoy me levanté pesimista— que vamos a conocer una crisis con varios fondos.

¿Crees que el costo social de esta crisis ni siquiera se ha esbozado?

—Todavía no conocemos dicho costo. Hay un indicador —que es el indicador con el que hemos vivido los mexicanos en los últimos diez o quince años—, ese gran bolsón de miseria y marginalidad que nos ha disminuido, que está presente en todos lados y que al parecer va a ampliarse.

Además, la crisis está conmoviendo relaciones comunitarias, relaciones sociales; está produciendo cambios demográficos importantes, está lanzando no al desempleo, sino a la desesperanza a nuevas capas de la población, sobre todo a los jóvenes. Creo que estamos viviendo, particularmente en las ciudades y en sus sectores medios de población, un momento en que se

pasa de la perplejidad a la desesperanza y a la irritación irracional que lleva, o puede llevar, a procesos de aislamiento, de desentendimiento sobre la problemática nacional, y desembocar en aventuras de derechización y conservadurismo. Estos son costos sociales y culturales de la crisis que todavía no podemos tocar.

¿Y las propuestas del Plan Nacional de Desarrollo?

—El PND es un documento que contiene planteamientos de todo tipo, es decir, recoge inquietudes de diferentes perspectivas ideológicas. El gran problema del Plan es que no tiene un eje que articule estos propósitos, muchos de ellos compatibles. El Plan en sí mismo tiene una enorme incongruencia: al mismo tiempo que habla de cambios estructurales y de modificaciones sociales importantes, insiste en que nada de esto es concebible si no se recuperan, si no se alcanzan de nuevo los equilibrios fundamentales, que ellos ubican sobre todo en el terreno de las finanzas públicas, la inflación y el sector externo. Para lo cual proponen una línea estratégica que llaman Programa Inmediato de Reordenación Económica (PIRE), que es un programa que en la medida en que se aplica pospone, sin tacha, el inicio de estos cambios estructurales; es decir, una línea estratégica propuesta por el Plan está combatiendo a la otra. De ahí que el PND sea incongruente, independientemente de que contenga en sus líneas de trabajo sectorial proposiciones de enorme importancia, que de ser articuladas coherentemente en efecto, nos pondrían en la perspectiva de cambios sociales y económicos significativos. Pero tal y como está estructurado el Plan, tal y como está llevándose a la práctica la política concreta, me temo que esos cambios estructurales —a los que se compromete el gobierno—, quedarán pospuestos *sine die*.

No he hecho todavía la sociología política de la elaboración del PND, pero es posible que esta incongruencia básica sea producto de la misma conciliación de intereses y propuestas que registra el debate nacional. Obviamente el PND refleja de alguna manera las diferentes posiciones que se expresan en el estado mexicano, pero también está expresando el predominio de una de ellas, que es una posición de corte financiero, conservador, que a pesar de cuanto los autores digan, privilegia el corto plazo, sin darse cuenta de que al revés de como dijo Key-

nes, en un país como el nuestro, en el corto plazo todos estaremos muertos. No hay posibilidades de enfrentar el corto plazo sino a partir de una perspectiva de largo plazo, porque nuestros problemas no son de corto plazo, son problemas de estructura.

¿Qué repercusiones tendrá la situación por la que atraviesa el país en la dinámica interna del PRI?

—Tratándose de una organización como el PRI, de aspiraciones pluriclasistas, la crisis —no sólo la crisis, sino todo el desarrollo del país desde los años 50 y 60— ha ido acumulando contradicciones que no se pueden evitar, ni se pueden evadir, porque son contradicciones que tienen que ver con la organización misma de la sociedad mexicana. La crisis, entonces, va a acentuar estas contradicciones dentro del PRI porque es difícil conciliar una mínima representatividad de las organizaciones de masas con una política tan drásticamente restrictiva y recesiva como la que está aplicando. El PRI también será una caja de resonancia de las contradicciones en el nivel regional, tendrá que pagar también, y particularmente, su cuota por el sistemático sacrificio del campo que han hecho los gobiernos de Alemán para acá.

Creo que veremos toda una gama de acontecimientos en el PRI: desde pérdidas electorales, hasta salida de grupos, y probablemente durante algún tiempo prolongado, mucho enfrentamiento verbal en el clásico lenguaje político mexicano, por más que a algunos no nos guste esta forma de dirimir los conflictos políticos. Claro, una de las cimas de este conflicto político en el interior del sistema de dominación la estamos viviendo en estos días al calor de la cuestión salarial. Los niveles de enfrentamiento verbal a que se llegó entre, por ejemplo, la CTM y otros líderes obreros; entre la CTM y funcionarios públicos, y el nivel de agresiva claridad a que llegó el propio Presidente de la República, no es, sin embargo, una simple comedia, dan cuenta de enfrentamientos reales.

Tomando en cuenta su pequeñez, ¿cuáles serían las posibilidades de la izquierda?

—Es cierto que la izquierda es muy pequeña y también lo es el que la izquierda socialista es más pequeña aún. No obstante ello, el papel que le toca desempeñar en estos momentos es

irrenunciable; de no hacerlo se condenaría a subsistir en su actual pequeñez.

Ahora bien, si contamos a toda la izquierda, ella recibió más de un millón de votos, eso no es poco ni es menoscupible en un país donde la izquierda políticamente organizada, independientemente organizada como partido, no había participado durante muchos años. Salvo el PPS, partido que se ha ido congelando al paso del tiempo, la izquierda no estaba participando en las justas electorales por razones de muchos tipos que no es el momento de analizar. Creo que la experiencia de la izquierda es interesante. Sin embargo me parece que sería un poco ingenuo esperar una gran explosión electoral de la izquierda. Después de todo la hegemonía la sigue manteniendo eso que se llama PRI, un partido —o lo que sea—, que involucra a los contingentes organizados de las fuerzas populares, lo que plantea problemas muy serios desde el punto de vista electoral a la izquierda que se organiza independientemente del estado y del gobierno.

En esta disputa, creo que a la izquierda le toca desempeñar un importante papel en dos grandes planos: en el de la elaboración teórica y en la lucha ideológica. La izquierda tiene que ubicarse en el plano de la realidad y convertirse en el sector más activo en la lucha ideológica en contra de la opción neoliberal; la izquierda tiene que abordar el permanente estudio de las condiciones del país y del país mismo. Se sabe que la elaboración programática no se resuelve publicando un libro; la elaboración programáti-

ca supone una confrontación con las fuerzas sociales que definen la realidad de un país.

El otro plano de acción de la izquierda es en el terreno de la organización popular que está en marcha, pero cuyos organismos son muy desiguales e insuficientes en la perspectiva de darle a esta disputa un perfil netamente político, nacional. Creo que en los procesos de organización popular que se dan independientemente de la izquierda, ella puede desempeñar un papel de suma importancia.

¿Cómo aprecias tu experiencia en la Cámara de Diputados?

—Me parece muy interesante. Creo que la Cámara, a pesar de todo, recoge —y no de manera demasiado sesgada— las contradicciones políticas de la sociedad; involucra grupos, personalidades y perspectivas que uno generalmente pierde de vista si no está en un foro como ese.

Pero por otro lado, es una experiencia muy desgastante porque la Cámara está organizada para todo menos para llevar a cabo un trabajo legislativo: está organizada para hacer discursos, para confrontar puntos de vista, para conocer gente, pero el proceso legislativo es tortuoso, y expresa con toda claridad y brutalidad el dominio del ejecutivo en México. Y eso es muy desgastante para cualquiera que quiera darle un sentido sustantivo a su trabajo. Y más si estás en minoría.

unomásuno

periódico

unomásuno

periodismo

periódico

unomásuno

periodismo

periódico

unomásuno

periodismo

unomásuno

suscripciones
al tel. 563-99-11

periódico

unomásuno

periodismo

o en boletrónico

d. más

¿Adónde va Felipe González?

Héctor Borrat

Los entusiasmos concitados por Don Juan Carlos entre las fuerzas democráticas durante su reciente gira por Brasil y Uruguay vienen a reforzar la percepción que la España oficial tiene —o dice tener— de sí misma en sus relaciones con América Latina. Nuevas olas de optimismo acaba de levantar el viaje de Felipe González por República Dominicana, Venezuela, Colombia, Panamá y México, del 30 de mayo al 5 de junio. La capital del Reino también se ha abierto para estos flujos de la euforia. Allí, a fines de abril, el Instituto Iberoamericano de Cooperación (ICI) congregó a una élite de intelectuales y políticos latinoamericanos y españoles para que tuvieran su “Encuentro en la democracia”. Ante ellos, Alfonso Guerra llegó a pugnar por “la creación de una comunidad de naciones democráticas que combata las arcaicas estructuras económicas vigentes en muchos países latinoamericanos” y, sin despreciar “el papel jugado por Francia y otros países en el área”, imaginó para España un estatuto sin par: “España no puede permitir que nadie le arrebatase su protagonismo en Latinoamérica”. Lo cual da por supuesto que hoy por hoy España mantiene tal protagonismo. Con iguales ilusiones gustan expresarse el Jefe de Estado y el Presidente del Gobierno, en nombre de una “vocación latinoamericana” de España que el discurso oficial entrelaza con sus no menos insatisfechas “vocación europea” y “vocación africana”. Como si las tres fueran vocaciones armónicamente compatibles por un mismo sujeto histórico; como si “europeizándose” y “africanizándose” España reforzara su soñado protagonismo en Latinoamérica; como si ese protagonismo de España fuera un rango reconocido y/o deseado por nosotros, latinoamericanos. Y admitido por los otros americanos.

Aquí está la cuestión axial: al igual que las repúblicas nuestras —con las únicas excepciones de Cuba y Nicaragua—, España gira en la órbita de un poder infinitamente mayor, el de la otra América. También España está satelizada. También ella tiene que organizar su política exterior desde una situación de dependencia que la condiciona tanto como a nosotros: tiene que reconocer en los hechos, a contramano de su discurso oficial, que hoy por hoy el “protagonismo en Latinoamérica” no lo tiene ella sino la común metrópoli norteamericana.

Por eso, el diseño de una política latinoamericana del gobierno actual de España no puede agotarse en la red de relaciones que España viene tendiendo con las repúblicas nuestras y con algunas instituciones organizadas a escala latinoamericana: se hace necesariamente en sus relaciones con Washington y los múltiples centros del poder norteamericano. En este último campo es donde primordialmente se pone a prueba la viabilidad de las expectativas que en algunos latinoamericanos ha levantado el discurso de la Corona y del gobierno de España. Una España que se acepte a sí misma como irreversiblemente satelizada por Estados Unidos de nada puede servir a Latinoamérica. En tal caso, su anunciado proyecto de organizar una “Comunidad Iberoamericana de naciones democráticas” sería algo peor todavía que una ilusión vana: configuraría la nueva máscara para el tipo de “integración” que Estados Unidos pretende implantar entre nosotros al servicio, no de nuestra identidad como Patria Grande, sino de sus intereses hegemónicos. Una España alineada en la dirección beligerante que marca Reagan, ocupada por capitales norteamericanos, seducida por la cultura que importa desde Estados Unidos, obsesionada por consumir su propia mo-

dernización mediante la imitación servil de modelos norteamericanos no puede entender a Latinoamérica ni servir a los intereses nuestros.

Es pues en la política norteamericana del gobierno español donde hemos de buscar las señales más reveladoras de su política latinoamericana. Obviamente, la satelización de España no empezó con el gobierno de Felipe González. El gobierno actual recibió una España ya "americanizada" en todos sus ámbitos, no sólo satelizada sino también deslumbrada por su metrópoli. Heredada esa situación ¿manifiesta ahora una voluntad decidida de romper con ella?

De la "congelación" a la "comprensión"

Cuando Felipe González, en su discurso de investidura del 10 de diciembre de 1982, fijó las prioridades de su política exterior, tuvo que referirse por partida doble a los vínculos de España con Estados Unidos. Por un lado, los vínculos bilaterales fijados por el Convenio de Defensa; por el otro, los muchos más recientemente asumidos dentro de esa red de vínculos multilaterales que supone el ingreso de España a la OTAN. Para los primeros, habló de revisión; para los segundos, anunció la congelación de la integración militar. Y si en el primer campo muy poco se haría, el segundo deparó en cambio la innovación más rápida y prometedora: el 9 de ese mismo mes, el nuevo Ministro de Relaciones Exteriores Fernando Morán anunciaba ante el Consejo Atlántico la congelación del proceso de integración de España en el aparato militar de la OTAN.

Aparecía así el hasta ahora mayor signo del "cambio" socialista en política exterior. Con él, empero, como se iría apreciando a lo largo de los meses siguientes, el gobierno socialista ponía freno a sus propias promesas preelectorales de realización de un referéndum para que el pueblo español decidiera la permanencia o el retiro de España de la OTAN. La audacia del 9 de diciembre, que tenía muy a la vista el ejemplo francés, recubriría así la postergación indefinida de un referéndum que fue bandera electoral del PSOE y que era aguardado con impaciencia por buena parte de los españoles, un sesenta por ciento de los cuales, según las encuestas, reclama el retiro.

Los otánicos europeos manejan, contra la congelación del 9 de diciembre, el argumento persuasorio de ligar el ingreso pleno de España a la OTAN a su deseado ingreso a la CEE. Los

otánicos norteamericanos influyen a través de ellos pero también a cara descubierta. Fue así que visitaron Madrid el Secretario de Estado Shultz en diciembre y el Secretario de Defensa Weinberger en marzo. Venía este último de una reunión de la OTAN. Repitiendo en Madrid su tremebundo discurso de siempre, lo aderezó con la advertencia a España de que hacía falta su integración plena en la OTAN para gozar plenamente de los "beneficios" que le acarrearía su condición de miembro de la Alianza Atlántica. Significativamente, a partir de esa visita de cuarenta y ocho horas, el lenguaje de Madrid se ha vuelto más atlantista que nunca. "La existencia de un buen sistema defensivo en Occidente es una garantía para España y la zona geoestratégica a la que pertenece", dijo Felipe González el 25 de marzo. "No estamos —comentó su Ministro de Defensa Narcís Serra— ni más lejos ni más cerca de la OTAN, sino mejor informados". Habrá que ver ahora hasta dónde estarían dispuestos a hacer nuevas concesiones una vez que Felipe González (en junio) y Serra (antes de fin de año) lleven a cabo sus anunciadas visitas a Washington.

Los últimos signos no pueden ser peores: en su visita a Bonn, el 3 de mayo, Felipe González dió un paso más hacia el alineamiento incondicional con Washington, minuciosamente calculado por él mismo, ya que no por su Ministro de Asuntos Exteriores. España, que no acepta la instalación de armas nucleares en su territorio, expresó su "acuerdo" (según la primera versión alemana de sus palabras) o "comprensión" (según la versión corregida por el propio González en Bonn, apenas advertido el inmediato revuelo internacional causado por la primera) ante el despliegue de euromisiles en tierras ajenas. "Acuerdo" o "comprensión", pues, respecto a la resolución a la que llegara el Consejo Atlántico en 1979, decidiendo el estacionamiento de 572 nuevos misiles atómicos en Europa desde diciembre de 1983 y la apertura de negociaciones con la Unión Soviética para la reducción del potencial nuclear de alcance medio de Moscú. Al escuchar esta declaración, el Ministro Morán dió inequívocas muestras de asombro. El jefe del grupo parlamentario socialdemócrata, Vogel, comentó con sorna: "Claro, él (González) no tiene que estacionar los euromisiles". Como Mitterrand en la víspera de las elecciones alemanas, González no vaciló en dar la espalda a sus compañeros alemanes y a su propio Ministro de Asuntos Exteriores para enrolarse en la línea

armamentística postulada por democristianos y liberales en la República Federal, y por Reagan y su cortejo de halcones desde Washington.

Antes de dirigirse hacia Latinoamérica, el presidente del Gobierno español se encargó, pues, de dar señales inequívocas a Estados Unidos de su atlantismo militante. Esta es la interpretación hecha por fuentes norteamericanas al darle inusitada cobertura periodística al mensaje de González en Bonn. Esas mismas fuentes consideran al anticipado retorno de Morán a Madrid como una indicación clara de su no conformidad con la nueva línea de González. González confirmó ante el sorprendido Morán un estilo de liderazgo unipersonal que las victorias electorales, las mayorías absolutas y la estrategia propagandística del PSOE no han hecho más que reforzar. La "imagen" del líder funciona así desprendida del rostro colectivo del partido y, encaramada a una altura beatífica, ejemplar, inmaculada, planea muy por encima de ese otro colectivo, emparentado con el partido pero distinto de él y de cualquier proyecto socialista, que componen los demás miembros del gobierno. Seguramente, la triste experiencia de Morán no tardará en ser vivida por otros ministros.

Pero en Bonn no fue sólo Morán el relegado. González notificó a extranjeros, antes que a sus conciudadanos, su "comprensión" rearmamentista; fue ante el canciller alemán y no ante el parlamento español que dió —contradiendo sus promesas preelectorales— el nuevo paso atlántico. Su lógica de la "comprensión" ante el despliegue de euromisiles en tierras ajenas podría ser aplicada por sus interlocutores de Washington en términos que no harían sino desarrollarla para otras situaciones: Si el señor González "comprende" la instalación de euromisiles en tierras ajenas ¿por qué se empeña en no seguir aceptándolos en territorio español? Si el señor González acepta para Europa una línea dura ante la Unión Soviética ¿cómo no va a aceptar que Washington mantenga esa misma línea en Centroamérica y el Caribe, allí donde Washington cree ver actuante y en plena expansión a "la amenaza soviética".

Al servicio de una estrategia global

Obviamente, las decisiones de un político al frente del gobierno no pueden coincidir de manera plena con las reivindicaciones que ese mismo político hacía como líder

de la oposición. No se trata aquí de formular un juicio de las intenciones de Felipe González ni de poner en duda su profundo interés por Latinoamérica. El nuevo Presidente del Gobierno Español ha ganado parte considerable de sus perfiles políticos como dirigente de la Internacional Socialista, asumiendo dentro de ella —precisamente— papeles de reconocido experto en cuestiones latinoamericanas. A todas luces, Felipe González parece un gobernante mucho más adiestrado para estas lides que el provinciano Adolfo Suárez (sin experiencias extrafronterizas cuando asumió el cargo) o que el unilateralmente europeísta Calvo Sotelo (que concentraba su experiencia en la negociación del ingreso de España a la CEE). El problema no radica en sus capacidades ni en su buena voluntad sino en el cúmulo de presiones formidables que operan sobre él.

Es la paradoja del gobierno socialista: elegido por el voto de diez millones de españoles y dueño de una mayoría parlamentaria de la que carecieron sus antecesores de la transición democrática, tiene que acomodar esta potencia institucional a su situación de extrema debilidad frente a la metrópoli norteamericana. Y, a la vez, frente a los eufemísticamente llamados "poderes fácticos" españoles, tan intimamente ligados estos últimos, desde mucho antes que se formalizara el ingreso a la OTAN, a los intereses estratégicos de Estados Unidos y a su industria bélica (según un alto cargo del Ministerio de Defensa, España se ha convertido ya en el segundo cliente de material bélico de fabricación norteamericana, detrás tan sólo de Canadá; los principales planes de renovación de material de las tres armas están orientados igualmente hacia los productos norteamericanos; las principales redes de alerta, control y comunicaciones militares han sido instaladas por equipos norteamericanos; norteamericanos, y no europeos, serán en definitiva, por decisión de González, los setenta y dos aviones que adquirirá el Ejército del Aire dentro del programa FACA). Ni a Washington ni a los "poderes fácticos" españoles les faltan motivos para exigir signos de militante atlantismo a estos ex marxistas ahora en el gobierno que en otros tiempos tan alto levantarán sus banderas antimperialistas contra las bases norteamericanas en España y contra el ingreso de España en la OTAN; que tantas inflexiones neutralistas e incluso tercermundistas dieron a su discurso sobre las relaciones inter-

nacionales; que tanto reivindicaran los derechos de los pueblos de Latinoamérica frente al imperialismo norteamericano.

Conquistado el gobierno —que no es lo mismo que ocupar efectivamente el poder—, González y sus hombres gustan presentarse a sí mismos como un grupo de jóvenes eficaces llamados a poner en funcionamiento a un Estado desquiciado por las administraciones anteriores, a hacer lo que otros no supieron hacer, a realizar en España lo que en otros países de Europa supo hacer la derecha liberal. Como en la campaña electoral, atenúan o soslayan su identidad de socialistas, y gustan definirse con los mismos términos con que han sido identificados por algunos observadores norteamericanos: como un grupo de “jóvenes nacionalistas”. Pero con un nacionalismo inconfundiblemente occidentalista, como una y otra vez se encargaron de proclamar.

La definición atlantista gana así el rango más alto en los comportamientos gubernativos, por encima de sus tres reivindicadas vocaciones “europea”, “africana” —y “latinoamericana”. Implica el reconocimiento del liderazgo de Estados Unidos no sólo en Europa sino en todo el por ellos llamado “mundo libre”, Latinoamérica incluida. Reclama un alineamiento en la estrategia global de la superpotencia que no admite, por tanto, una diversificación de la política exterior del satélite según sus específicos intereses en cada región: atlantista en Europa, el gobierno de Felipe González no puede dejar de serlo en sus relaciones con América Latina.

Reparto de funciones

El viaje de González ha sido precedido por el de Don Juan Carlos por Brasil y Uruguay. El propio Presidente del Gobierno se ha encargado de subrayar este precedente y lo “enormemente importante” que a su juicio es el papel diplomático desempeñado por el Rey en Latinoamérica cada vez que la visita “y de forma muy espectacular, como todo el mundo acaba de comprobar, no sólo en Brasil, sino también y muy particularmente en Uruguay”. Esta mención especial es una manera de destacar el encuentro del rey, en Montevideo, con líderes de la oposición a la dictadura. Ese es precisamente el episodio que más directamente entronca el viaje real en la reivindicación de la democracia y de la vigencia de los derechos humanos en que está empeñado el

gobierno. Pero como bien destacó durante el viaje el Ministro de Asuntos Exteriores, el Rey va a visitar a todas las repúblicas latinoamericanas, sin hacer excepciones por sus regímenes políticos. Es lo normal en las relaciones internacionales de cualquier estado. ¿Será lo normal, también, en los viajes del Presidente del Gobierno? Cuesta imaginar a Felipe González entrevistándose con las cabezas de dictaduras que desde la oposición tantas veces condenara. Las instituciones políticas españolas ayudan a resolver este problema mediante una distribución de funciones: al Jefe de Estado, las visitas a todas las repúblicas nuestras; al Presidente del Gobierno, las visitas a aquellos países que cuentan con gobiernos democráticos o por lo menos que están libres del estigma de la violación permanente de los derechos humanos.

Aun así, sigue sin ensamblarse en España una política exterior unívoca y consistente hacia América Latina. Los exploradores de conflictos internos al gobierno socialista ya se han encargado de poner de manifiesto fuertes discrepancias entre el Presidente del Instituto de Cooperación Iberoamericana Luis Yañez y el Ministro de Asuntos Exteriores Morán e interpretan la ausencia de Morán en el séquito de González durante su viaje por Latinoamérica como una señal más del ya aludido desencuentro entre el titular de Exteriores y el Presidente del Gobierno. Para comprobar estas desavenencias no hace falta a veces consultar fuentes periodísticas: dan testimonio de ellas algunos de los implicados. Así ocurrió recientemente con el caso Yañez. A las pocas semanas de realizado aquel Encuentro en la Democracia —que tantos recursos consumió—, el ICI advirtió que el gobierno le había congelado sus gastos a los mismos niveles del año anterior, cuando todavía gobernaba la UCD. Como “ceguera absoluta” calificó a esta congelación consagrada por los Presupuestos Generales de 1983 el vicepresidente del ICI y este juicio durísimo a la política latinoamericana del gobierno ha sido compartido por el propio Presidente del ICI, según se encargó de comunicar a la prensa el portavoz del Instituto.

Pero el desajuste más espectacular ocurrió durante la visita de Don Juan Carlos al Brasil. El 17 de mayo, el Jefe de Estado repetía textualmente frases que la edición latinoamericana de “Le Monde Diplomatique” ya había publicado como partes de un artículo firmado

por el Jefe del Gobierno. El *faux pas* ("metedura de pata", lo llamó con hispánica contundencia el Director de la Oficina Diplomática) se produjo en Brasilia, ante el Congreso reunido en homenaje al ilustre huésped. Divertidos, los brasileiros computaron hasta ocho coincidencias textuales; no era en la gran nación tropical sino desde la vieja España donde soplaban, una vez más, los vientos tercermundistas. ¿Por pura negligencia de los burócratas encargados de redactar los discursos reales? ¿O por la intervención de un burócrata contrario al gobierno actual y empeñado en desacreditarlo ante el propio Rey? Las especulaciones no se cierran tras la dimisión de Carlos Miranda y Elio, conde de Casa Miranda, militante del PSOE y afiliado a la UGT, que había sido nombrado el 22 de diciembre de 1982, por el nuevo gobierno, Director General de Política Exterior para Iberoamérica. Es el primer jerarca socialista que dimite, pero su carta de dimisión no revela la identidad del responsable de esas transcripciones textuales.

Cuando a la hegemonía la llaman liderazgo

A quién escucha el Presidente del Gobierno cuando tiene que tomar sus decisiones y organizar sus pasos hacia Latinoamérica? ¿Al distanciado Morán? ¿Al disgustado Yáñez? ¿O acaso a su dilecto Ministro de Economía, convertido hoy por hoy en el más destacado entre los colaboradores y que le ha precedido en sus visitas a los Estados Unidos para dar las mayores seguridades a los grandes inversores de allá? El viaje que González inició el 30 de mayo reclamaba en torno suyo un equipo de expertos con los ojos muy abiertos a circunstancias extremadamente graves, González fue a visitar las capitales del grupo de Contadora, con ánimo de servir a la pacificación de Centroamérica en momentos en que la destitución de Enders como subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos reforzaba a los partidarios de la línea más dura en el gobierno Reagan, la del responsable del Consejo Nacional de Seguridad, William Clark, y de la embajadora ante la ONU Jeane Kirkpatrick. Esperaba al español un horizonte cargado de tensiones: acababa de ser matado por fuerzas de la izquierda en El Salvador un consejero militar de Estados Unidos; un centenar más iría a Honduras, donde ya hay sesenta y tres, para

entrenar a las fuerzas militares de esa república y de El Salvador; Reagan anunciaba más ayuda militar al Ejército salvadoreño, aseguraba la continuidad de las operaciones de la CIA contra Nicaragua y redoblaba sus amenazas contra Nicaragua y Cuba. Las ofertas de diálogo para hacer la paz no procedían de Washington ni de sus vasallos de la región sino de La Habana, de Managua, de las fuerzas revolucionarias de El Salvador. Pero González no ha anunciado ningún viaje próximo a Cuba o a Nicaragua sino a los Estados Unidos, a los pocos días de la primera gira oficial por Latinoamérica, este mismo mes de junio. ¿Cómo se perfilará entonces ante el presidente Reagan? ¿Con todo el ardor del atlantista recién convertido o acaso con sus viejas lealtades como líder socialista solidario con nuestros pueblos?

Los resultados reales de la gira latinoamericana de González podrían manifestarse en su visita a Washington, por lo menos a través de los mensajes que allí intercambiarán el Presidente del Gobierno español y el Presidente norteamericano. Pero no hay que esperar esa ocasión para comprobar cómo el atlantismo militante que ahora profesa González ya ha empezado a transformar su discurso sobre Centroamérica. Así, en la víspera de su primer viaje por nuestras tierras, el Presidente del Gobierno confió a la agencia Efe que, aunque la "implicación" del gobierno norteamericano en Centroamérica "perjudica fundamentalmente a los países de la región", hay otra "implicación", la de la Unión Soviética, y hay una "muy fuerte presencia cubano-soviética". Con esta última referencia se hacía eco del argumento principal con el que Washington pretende legitimar su creciente intervención en la región. La denuncia de la presencia soviética se reiteraría durante el viaje, aunque situándola en "los últimos dos años". Entre estas afirmaciones del español y la posición norteamericana que pretende interpretar la tragedia centroamericana como una dimensión más, y particularmente peligrosa, del enfrentamiento entre "el Este, y "el Occidente" media de todos modos cierta distancia que, felizmente, González no ha llegado a franquear. Más bien se preocupó el español en destacar la responsabilidad que tienen "otros países" con respecto a esa según él "muy fuerte presencia cubano-soviética", recordando expresamente cómo Estados Unidos rechazó la petición de suministros defensivos que en su día realizó la Junta de Reconstrucción de Nicaragua y pre-

guntando cuántos países occidentales estarían dispuestos, como Cuba, a aportar a Nicaragua unos dos mil maestros y quinientos médicos.

En Bogotá, González llevó más lejos sus críticas a los Estados Unidos. Habló de manera improvisada— de la necesidad de llevar una campaña de persuasión que consiga dejar sin presos políticos el continente “desde la Patagonia hasta la frontera de México, e incluso hasta Nueva York, donde muchos hablan nuestra lengua y parece que algunos puertorriqueños tienen problemas.” Y en Caracas manifestó que la instalación de una base militar norteamericana en Honduras supondría en principio un incremento de la tensión, que sólo descenderá si se comienza a rebajar el nivel de armamento de la región: “Todo lo que sea aumentar el potencial armamentístico en la zona es un camino contrario a la paz.” Pero estos y parecidos reflujos de su viejo discurso antimperialista no llegan a cubrir una afirmación muy grave: la de su reconocimiento del “liderazgo de los Estados Unidos”. A González no le alcanza con percibir la hegemonía de la mayor potencia del mundo; la ve como liderazgo “sobre el mundo occidental y sobre todo el mundo” (sic). Confesó en su impromptu de Bogotá: “Soy un político de izquierdas, y cuando entré en el palacio de la Moncloa me hice más socialista. Desde esta perspectiva a veces es difícil hacer algunos reconocimientos evidentes, como el del liderazgo de Estados Unidos sobre el mundo occidental y sobre todo el mundo. Ese liderazgo tiene una dimensión negativa mayor que la positiva, y hay que ayudar a que ese balance invierta su signo. Si los Estados Unidos perdieran la batalla de la opinión pública en los distintos países, terminarían perdiendo también la de los Gobiernos de esos países por pura consecuencia democrática.”

A este “político de izquierdas”, pues, no parece urgirle la ruptura con la hegemonía norteamericana; antes bien, no sólo la acepta

sino que la reconoce como liderazgo sobre su propio país, sobre Occidente y sobre el mundo. No le preocupa el liderazgo sino tan sólo “una dimensión negativa” de él, que querría ver pronto superada por la según él dimensión “positiva”. Un par de días antes de esta penosa declaración de Bogotá, en Santo Domingo, González había sido todavía más condescendiente frente a su reconocido líder: “No creo que Estados Unidos quiera perder el liderazgo positivo en una zona del mundo que le es tan próxima”, llegó a decir en esa ocasión. La posibilidad de perderlo da por supuesto no sólo el reconocimiento, por González, de ese liderazgo sino su convicción de que en la actualidad ese es un liderazgo positivo. En esa misma dirección apuntó su afirmación en la rueda de prensa en México, el 5 de junio, al hablar de “la realidad innegable del liderazgo norteamericano” y al subrayar la necesidad de que tuviera una proyección positiva que, en el caso de Centroamérica, se traduciría según él en el apoyo de Estados Unidos a la misión de paz emprendida por el grupo de Contadora.

Con estos mensajes, Felipe González convertía su primera gira oficial por Latinoamérica en un prólogo a su visita a Washington, asegurándose desde ya la mejor acogida posible de su reconocido “líder”. Como lo anticipara —no se sabe si con resignación o alegría— Miguel Angel Aguilar en su crónica del 12 de abril para el diario madrileño “El País”, luego de realizada esa gira el Presidente del Gobierno “rendirá cuentas (sic) a Reagan durante su visita a Washington”. El fervor del recién convertido al atlantismo otánico ha primado así —¿irreversiblemente?— sobre su antigua militancia antimperialista, y sobre su tantas veces proclamada “vocación latinoamericana de España”.

Héctor Borrat
Barcelona, junio 1983.

Las finanzas mundiales ¿un castillo de naipes?

Pablo Calvo

Uno de los problemas más críticos y de mayor resonancia en los últimos meses es la fuerte carga que representa la deuda externa para los países en desarrollo y la imposibilidad de hacer frente a sus pagos. Se trata de un fenómeno que tomó impulso hace relativamente pocos años y que es reflejo de profundos desequilibrios, a la vez que de un sorprendente desarrollo de la banca a nivel mundial. El desequilibrio exterior crónico de los países pobres es un aspecto debidamente estudiado, pese a que sus múltiples interpretaciones diverjan. Sin embargo, el excepcional desarrollo financiero internacional no tiene hasta el momento una explicación teórica contundente y los observadores nos contentamos tan sólo con contemplar su vertiginosa evolución o bien con aceptar intentos parciales de interpretación que aunque loables son todavía insuficientes. Los acontecimientos recientes de suspensión de pagos por parte de los países en desarrollo, algunos de ellos de buena talla económica, han significado una amenaza a la solidez del propio sistema financiero internacional. Pero ¿hasta qué punto se ha vuelto frágil?

Tal parece que el gran aparato económico contemporáneo nació de las ruinas de la segunda guerra mundial. La nueva era del dólar se tradujo en cifras inéditas de producción y de comercio en un ambiente de prosperidad como no se había conocido en décadas. Estados Unidos empezó a irradiar sus dólares y con ellos sus productos, su tecnología, sus intereses y su ideología, su "mundo feliz" en suma. De hecho, pasó a ser el productor, el comerciante y el banquero fundamental del mundo. Sin embargo, poco a poco fueron surgiendo otros centros de poder —por la recuperación de Europa y de Japón— que erosionaron las relaciones de fuerza. Simultáneamente se desarrollaron los sectores "modernos" de las economías tradicionales, plenamente adscritos a la dinámica capitalista del

centro, que sin embargo muy poco de ese progreso aportaron —sino más bien lo contrario— a vastos sectores de la sociedad que quedaron sumidos en la marginación más completa.

En estos cuarenta años la economía internacional ha sufrido cambios sustanciales. Uno de ellos, fundamental, es la transnacionalización de la producción y de las finanzas, fenómeno que se empezó a manifestar con plenitud en los años sesenta y que desde entonces ha trabado al mundo en la red impresionantemente interrelacionada en la que la dependencia recíproca entre los países es más intensa, si bien los países hegemónicos han conservado para sí el control y el poder.

No cabe duda de que la década actual es muy distinta a la de la posguerra inmediata. El capitalismo ya no está floreciente y revitalizado como lo estuvo tras la guerra, sino que está estancado y en crisis, y tal vez necesite de otra. Uno de sus rasgos esenciales es precisamente la internacionalización, cuyos efectos penetran hasta lo más recóndito de las regiones atrasadas y masifican a la vez que marginan y polarizan, por las propias necesidades irrefrenables de la acumulación. Así, frente al lado moderno del mundo prolifera un sector marginal y desheredado.

Uno de los instrumentos más efectivos y sutiles de esta polarización en nuestros días es la maquinaria financiera. Su predominio no es nuevo, sin embargo ha adquirido otras modalidades y otras pautas de desarrollo, insospechas hace tan sólo unos años. El desarrollo de bancos en plazas internacionales, fuera del control nacional —los llamados centros financieros internacionales— se remonta a principios de la década de los sesenta y se ha venido a sumar al propio desarrollo de los bancos que operan internacionalmente en los propios países de origen.

La transnacionalización de la producción es sin duda uno de los factores que han propiciado este desarrollo,

así como también las facilidades de todo tipo que conceden los países huéspedes: Hong Kong, Singapur, Panamá, etc. Las aportaciones interpretativas de Xabier Gorostiaga a la explicación de este fenómeno resultan muy esclarecedoras.

De la misma forma lo son las de Guillermo Labarca en torno a la internacionalización de las finanzas y la necesidad de canalizar sus fondos a países en desarrollo, preferentemente con un sector público fortalecido. Si bien es cierto que en los últimos años se han canalizado proporciones crecientes de fondos al sector privado, los bancos han buscado la garantía de los gobiernos. Rosario Green, por su parte, se ha encargado de señalar la creciente privatización de la deuda externa y el notable crecimiento de la banca privada internacional y en particular la estadounidense.

Sobre estos aspectos vale la pena hacer algunas reflexiones a la luz de los datos actuales, no con el afán de llegar a explicar la descomunal expansión de los recursos de la banca privada internacional sino con la modesta intención de resaltar el hecho y apuntar las repercusiones que hemos empezado a sentir en América Latina. Los aportes teóricos dentro de la vena marxista, entre los que destaca Hilferding, han hecho posible un marco de referencia y sentado las bases para ulteriores investigaciones, que son muy necesarias para explicar verdaderamente uno de los fenómenos cruciales de nuestro tiempo. Por su parte, los intentos monetaristas esconden la esencia del problema. Si acaso, tomando una posición más pragmática, cabría preguntar a los banqueros las razones de sus políticas de expansión en el plano internacional, respuesta que difícilmente darían pues no parecen haberse preocupado mayormente del andamiaje científico de su comportamiento sino tan sólo de la rentabilidad y recuperación de sus créditos, pese a la irresponsabilidad con la que los han otorgado. De hecho, sería nuevamente el monetarismo su sustento por ser esta corriente el respaldo teórico de las empresas transnacionales.

El colapso financiero de tantos países en 1982 significó sin duda una sacudida a la credibilidad del sistema financiero internacional y un buen susto para los propios banqueros. La quiebra de un banco arrastra a otros, ya se sabe; así ocurrió en la crisis del 29 y en la de menor escala de 1974-75. Los bancos, por tanto, se respaldan entre sí y para ello cuentan con los mecanismos necesarios: líneas de crédito recíproco entre bancos centrales, apoyos de los bancos centrales a los privados, o del mismo estado, o de los bancos entre sí, como son el otorgamiento de los llamados "créditos sindicados" en que por su propia seguridad interviene conjuntamente un gran número de instituciones.

En el pasado reciente hemos visto países con serenos problemas financieros que se han hecho insostenibles en cuestión de meses: Polonia, Argentina, México, Brasil, Cuba, Francia, entre muchos otros han debido renegociar su deuda. Moratorias y suspensiones de pagos han sido términos prácticamente cotidianos, cuando hace un par de años eran impensables.

El hecho es que el sistema monetario internacional no parece haberse resquebrajado como uno se hubiera imaginado con tan sonados colapsos. Al contrario, el Fondo Monetario Internacional se ha fortalecido con mayores recursos propios, y también ajenos, como ha sido el gran préstamo de Arabia Saudita de cerca de 10 000 millones de dólares. Dicho sea de paso que este país no pudo encontrar un refugio más seguro para sus recursos que el FMI en condiciones de un mercado de capitales puesto en entredicho. No es, por tanto, altruismo sino una inversión segura.

La evolución exponencial de las operaciones de los bancos privados en el extranjero y, por lo mismo, el crecimiento inusitado de los centros financieros internacionales, además de ser un fenómeno asombroso, se volvió preocupante en el umbral de esta década. A mediados de la década de los cincuenta sólo existían algunos vestigios de operaciones en el exterior de algunos bancos en los centros financieros de ese entonces: Nueva York y Londres, como centros del área dólar y del área esterlina. Fue en los años sesenta que tomó forma y se desarrolló el mercado de euromonedas en Londres como tal, a la vez que prosperaban otras plazas como Bahamas, Hong Kong y Singapur, fuera de mercados más tradicionales como París o Zurich. Durante esta década los recursos en el exterior de la banca privada crecieron en 27% anual, mientras que el comercio internacional no lo hizo más que en un 10%. En los años setenta continuaron desarrollándose en mayor proporción las distintas plazas internacionales, quitándole terreno a Estados Unidos como centro financiero internacional, no como banquero, ya que de hecho son los bancos estadounidenses los que imperan en ellas. La expansión media de los recursos continuó siendo de 27%, superior todavía a la del comercio internacional que en esta década creció en 20% anualmente, el doble que en la anterior. Sin embargo, en 1981 el comercio internacional se contrajo mientras que los recursos de la banca internacional en el exterior registraron todavía un crecimiento de 20% y no fue sino hasta 1982 que se advierte por primera vez un estancamiento de estos fondos que superan los dos billones de dólares, cifra que rebasa el monto total de comercio exterior del mundo. Más aún, cabe destacar que tan sólo hace 20 años el comercio internacional era posible con una mínima participación de estos re-

cursos internacionales, y no está de más señalar que han tenido una contrapartida todavía menor en la producción mundial.

Ello estaría indicando dos cosas: en una primera instancia la marcada tendencia a la internacionalización de las finanzas, más acentuada que la del comercio y de la producción. En una segunda instancia una eventual fragilidad del sistema financiero internacional cuya expansión no ha tenido sustento en la evolución de las reservas monetarias internacionales, que siendo más del doble de dichos recursos hace 20 años hoy no respaldan más que a una quinta parte de los mismos. Más frágil aparece este sistema si se considera que dichas reservas están formadas con divisas en cerca de 80% cuando esta proporción era de 30% hace 20 años y que, más aún, el principal país emisor de divisas —Estados Unidos, con sus dólares— ha perdido participación como poseedor de reservas al no tener más que el 7% de las mundiales cuando en la posguerra inmediata acaparaba más de la mitad del total.

Paradójicamente, el crecimiento de la banca privada norteamericana ha sido el más espectacular de todos, ritmo que no ha guardado ninguna relación con el de la producción interna, ni con el de las propias reservas legales de los bancos ni con el de las internacionales del país. De esta forma el predominio financiero de Estados Unidos continúa siendo incuestionable si bien se apoya cada vez en bases más irreales. De hecho, una de sus causas de expansión ha sido la excesiva liquidez, fundamentalmente de dólares, que hace aún más frágil al sistema. Ello se agrava con el escaso control que ejercen los gobiernos —en este caso el norteamericano— sobre sus propios bancos.

Sea como sea, el sistema se ha erigido y ha funcionado y, más aún, ha penetrado en la vida económica del Tercer Mundo, cuya deuda externa se estima del orden de 775 000 millones de dólares. De ellos se tienen contratados con la banca privada internacional alrededor de 280 000 millones de dólares, que representan una proporción de casi el 15% de sus activos en el exterior.

Es obvio que esta proporción no es muy elevada, pues el grueso de las operaciones bancarias se realiza con países industrializados o con sus empresas. Sin embargo, la crisis en que cayeron los países del Tercer Mundo en 1982 puede significar al menos un susto para la banca privada internacional, tal como ha ocurrido efectivamente. Ello ha conducido a que los bancos, según se hayan visto comprometidos en los países ahora financieramente quebrados hayan reconsiderado sus políticas y se hayan replegado hacia sí mismos, hacia esa "comunidad financiera internacional", regida por el Banco de Pagos Internacionales y, más arriba, por el Fondo Monetario Internacional. Así, la intervención

de éstos ha sido en rescate de sus bancos que, cabe admitir, en el pasado compitieron entre sí imprudentemente para colocar sus fondos y ahora se han unido para refinanciar sus propios créditos que difícilmente pueden cobrar.

Este gran andamiaje financiero con cada vez menos sustento diríase que es un castillo de naipes; sin embargo no es tal su fragilidad como el mecanismo de extorsión económica que supone para los países deudores.

En el caso concreto de América Latina el crecimiento de la deuda ha sido exponencial. Tan solo en los últimos cuatro años se ha duplicado hasta alcanzar la cifra de 275 000 millones de dólares. De ellos aproximadamente 155 000 millones provienen de fuentes bancarias privadas internacionales. En conjunto esta cifra total significó un pago del servicio de la deuda superior a los 40 000 millones lo que supuso dejar atrapadas y determinadas a las economías deudoras.

Países como los nuestros con cuantiosos requerimientos importados para el desarrollo han tenido que reprimirlos a tal grado que pese a las dificultades para colocar sus productos de exportación y a los precios adversos, se han vuelto superavitarios en su balanza comercial con el exterior. Pero justamente esta trampa financiera es la que ha hecho que su balanza global se haya vuelto negativa, perdiendo reservas en esta ocasión por 14 000 millones de dólares.

De esta forma, este enorme aparato financiero que se ha expandido irracionalmente ha significado para los países de donde los bancos son originarios —principalmente Estados Unidos— una presión definitiva para deprimir el consumo de los países deudores, mediante el concurso del FMI en la mayoría de los casos, y para hacerse sin cortapisas de los minerales estratégicos, de las materias primas y de una mano de obra archibarata, lo cual reviste una gran racionalidad para la acumulación de los países del centro.

En última instancia, sabemos que las deudas no se pagan, sino que se refinancian, pues dejarían de ser negocio para los propios bancos, y para el sistema. En estos años todos los esfuerzos de exportación y la exacción de recursos impuesta desde fuera han resultado aun insuficientes para muchos países en desarrollo ante los pagos que tienen que hacer del servicio de la deuda. Sus posiciones externas serán sencillamente inviables y las imposibilidades de exportación terminarán por anular cualquier aspiración de desarrollo. Todo ello, por haber caído en una dinámica perversa, en una trampa, de la que algunos de ellos podrían haber escapado si sus gobernantes hubiesen tenido previsión e imaginación.

El golpe ha sido severo. Gracias a la elevación de las tasas de interés Estados Unidos empieza a salir de la crisis. Esta banca privada internacional, por muy fuera

de control que esté, ha desempeñado su papel dentro de la lógica de la acumulación capitalista a escala mundial. Ahora serán los países de la periferia los que reciban el impacto de la crisis y el peso de la recuperación de los centros hegemónicos.

Se replantean y empiezan a dibujarse nuevas formas de relaciones económicas internacionales en todo campo. Se profundiza la centralización de la riqueza en selectas áreas del planeta, mientras que el resto se depauperiza incesantemente. La crisis y los desequilibrios han tocado también a los países socialistas, dada la internacionalización de los fenómenos económicos.

Sin embargo, hasta el momento una lección se desprende y es que esta banca privada internacional no está en peligro porque los países deudores de la periferia estén en aprietos financieros. De hecho, es una parte pequeña de recursos la que tienen comprometida en ellos y, además, buenas ganancias obtienen con la renegociación de sus deudas. La trampa se agranda. Más aún, sigue la lógica de la acumulación capitalista y

cuenta en última instancia con el respaldo de los gobiernos de sus países de origen y del FMI. Lo que sí está en peligro es la ya escasa posibilidad de los países deudores de lograr formas de desarrollo nacionalistas, independientes y de contenido social, y su destino más obvio parece empantanarse en esta red de relaciones de dependencia cada vez más refinadas a la vez que deformantes, que parece constituir la nueva estrategia futura.

Es cierto que los fenómenos económicos se internacionalizan y que la dependencia de los países entre sí es cada vez mayor pero ello no ha restado control a los centros de poder. Si se llegase a derrumbar el castillo de naipes de las finanzas mundiales sería más bien por la profundización de la crisis capitalista en los países del centro, pues esta banca, con su hipertrofia y sus deformidades, es parte inherente del mismo, también lleno de desequilibrios. Por tanto, su riesgo depende de los riesgos del sistema capitalista, cuya máxima expresión de desarrollo y cuyo predominio es el capital financiero, y no tanto de un "crac" de la periferia.

**NO ME
AGARRAN
VIVA** La mujer
salvadoreña
en lucha

Claribel Alegría
y D. J. Flakoll



Serie popular Era

En la misma colección:

**Nicaragua: la revolución
sandinista**
Una crónica política / 1855-1979
por Claribel Alegría y D. J. Flakoll

era

Novedad

EDICIONES ERA
AVENA 102 ■ 09810 MEXICO, D. F.

MEXICO, D. F. ■ 581 77 44
GUADALAJARA, JAL. ■ 12 60 37
MONTERREY ■ 42 08 12

Argentina: Gobierno Militar desastre sanitario

II

(Viene del número anterior)

José C. Escudero

Lo que sucedió después demuestra varias cosas. En primer lugar que el "subdesarrollo" no es un obstáculo para mejorar rápidamente los niveles de salud: nuestros países de América Latina tienen en gran parte el nivel de salud que desean, o que sus opresores deciden por ellos. Cuba, un país pobre y por añadidura bloqueado y con la permanente amenaza de una invasión, comienza a mejorar rápidamente sus niveles de salud a partir de mediados de los sesenta, y como se ha hecho notar, el país *contra* el cual se hizo la Alianza para el Progreso es el único que cumple las metas de mejoramiento social que postuló la Alianza. En segundo lugar la calidad de la información sobre salud mejoró rápidamente, como no puede dejar de suceder en un país donde en 1980 el 98.3 por ciento de los partos tiene atención hospitalaria, se hacen 11 consultas prenatales por parto, y 4.5 consultas médicas y 0.9 consultas odontológicas por habitante por año. (¿Cuáles son las cifras argentinas?, ¿un tercio inferiores?, ¿la mitad? Ni los tecnócratas sanitarios de los militares las saben.) En tercer lugar el hecho sustancial que la mortalidad en Cuba es hoy la menor en América Latina; que en América solamente son inferiores a ella las de Estados Unidos y Canadá; que Cuba ha erradicado la mortalidad por difteria, sarampión, tos ferina, tétanos neonatal, polio, meningitis tuberculosa y paludismo; donde la desnutrición infantil se convierte en una rareza médica, digna de presentación en los Ateos Hospitalarios; y en el cual los niños tienen ritmos de crecimiento corporal comparables a los de Europa Occidental, de manera que cuando sean adultos serán más altos que los argentinos de la misma edad, demostrando Cuba que el concepto "baja estatura asociada a las razas tropicales" se convierte en "baja estatura asociada al capitalismo periférico."

Revisemos a continuación los datos más recientes de mortalidad en Argentina (1977) y datos cubanos disponibles para 1976. Lo que demuestra la compara-

ción entre ambos, de nuevo, es un "genocidio silencioso" que tiene lugar en Argentina en paralelo con el genocidio ruidoso de la "guerra sucia", y que revelan que la sobremortalidad argentina cada año, comparada con la cubana, y debida a la mala situación sanitaria de nuestro país, es de una magnitud equivalente a los miles de compatriotas que han sido asesinados o "desaparecidos" por los militares de la "guerra sucia", ante el aplauso o el silencio de muchos que aparecen hoy como tardíos críticos del genocidio.

En primer lugar compararemos el nivel general de mortalidad en Argentina y en Cuba, a través de los indicadores más usuales: la esperanza de vida al nacer y la tasa de mortalidad infantil.

La abstracción de las cifras hace a veces que su mensaje se diluya. Lo que esta tabla nos dice es que si la mortalidad infantil en nuestro país en 1977 fuera tan baja como la de Cuba se nos ~~hubiera~~ ahorrado 14 000 vidas infantiles en ese año (con una tasa de 44.9 murieron 29 488 niños; con una de 25.0 hubieran muerto 16 419); y que el precio de nuestra mortalidad general superior a la cubana se paga al ritmo de más de cien millones de años no vividos por nuestra población.

A continuación comparemos la mortalidad por causa en ambos países. Los datos de Argentina son de 1977, último año publicado por nuestras autoridades sanitarias; y los de Cuba de 1976, año disponible más cercano a aquel. Debe hacerse notar sin embargo que Cuba publica puntualmente sus estadísticas de mortalidad, y que para 1980, último año publicado a la fecha, la mortalidad infantil cubana había descendido aún más, a 19.8 por mil, mientras que los efectos más drásticos de la salud de los militares solamente se va a reflejar varios años después de puestas en práctica sus políticas. Compararemos cifras de mortalidad por dos enfermedades prevenibles por vacuna: sarampión y tétanos, lo que revela la eficacia de los mecanismos de medicina preventiva; de una enfermedad primordial-

mente social, como la tuberculosis, y de la cirrosis hepática, donde se combina un origen social con la existencia de desnutrición en sus víctimas.

Finalmente compararemos la mortalidad por "síntomas y estados mal definidos" que revela la calidad del sistema estadístico que produce la información (a mayor calidad, más baja es esta cifra).

Estas cifras revelan el otro genocidio que sufrimos a manos de los militares y sus mandantes: el silencioso, el cotidiano, el que no es la respuesta desesperada de un sistema que se ve amenazado sino que es efecto del funcionamiento del mismo sistema. En nuestro país existen dos montañas de cadáveres: las víctimas de la "guerra sucia" y las víctimas de la explotación al conjunto de nuestra población por unos pocos. El pueblo está haciendo la contabilización de ambos hechos, y exigirá el castigo de sus responsables.

Nuestra propuesta.

"Si considera que esto es utópico, le ruego que considere por qué es utópico".

Bertolt Brecht.

Comencemos con una declaración finalista: la salud futura de la Argentina debe ser participativa, solidaria, no autoritaria, no ajena, no mercantilizada. Su meta es igualitaria en cuanto tiende a que las diferenciales de salud que actualmente afectan a segmentos de nuestro pueblo se reduzcan hasta desaparecer; es eficiente en cuanto destinará de la manera más eficaz el excedente social que nuestro pueblo produce para que no haya argentinos que mueran o enfermen innecesariamente.

Antes de plantear nuestra propuesta, conviene hacer una serie de reflexiones sobre el estado de la salud

en el mundo. La evidencia empírica de los últimos años revela hechos muy importantes, que ayudan a explicar las propuestas que haremos a continuación.

En primer lugar, y como hemos señalado, el obtener "salud" para un pueblo es algo muy factible, hasta el punto que puede decirse sin demasiada exageración que los países tienen el nivel de salud que desean, o que sus opresores deciden por ellos. No se necesita el "desarrollo" capitalista, ni una alta tecnología, ni el concurso de técnicos especializados para obtenerla. No son insumos críticos ni el monto de las inversiones (hasta cierto punto), ni la falta de "conocimiento", ni la falta de información sobre los problemas. Si son insumos críticos, y mucho, el tiempo y la posibilidad de ejercer un poder revolucionario que interactúe con él. Cuba, China y Vietnam son ejemplos de esto: países cuyos niveles de mortalidad eran superiores al nuestro (en el caso de China y Vietnam enormemente superiores), pero que ahora presentan mortalidades similares a la nuestra (en el caso de Cuba, una mortalidad muy inferior). Lo que estos países han logrado en términos de salud se debió a un esfuerzo endógeno, en un contexto revolucionario.

En segundo lugar, que la palabra "socialismo" no ilustra mucho en términos de salud. La propiedad colectiva de ciertos medios de producción, y el retirar la salud del área de las mercancías son condiciones necesarias, pero no suficientes para obtener una salud colectiva igualitaria y eficaz. Si la estructura sanitaria que se crea es vertical, burocrática, autoritaria y no participativa, al estilo de la Unión Soviética, la salud que se obtiene va a ser mejor que la que produce el capitalismo, pero no va a ser mucho mejor; como lo revelan los recientes tropiezos que se observan en la salud pública de la Unión Soviética, incluyendo un aumento en la mortalidad infantil en ese país.

TASA DE MORTALIDAD INFANTIL Y ESPERANZA DE VIDA EN ARGENTINA Y CUBA.

	Argentina	Cuba	Mortalidad Argentina en exceso a la Cubana.
Tasa de mortalidad infantil (*)	44.9 (1977)	25.0 (1977)	80% superior.
Esperanza de vida al nacer(**)	69.4 (1975-1980)	73.5 (1973)	4.1 años menos.

Notas: (*) Por mil nacidos vivos.

(**) Años de vida al nacer.

Fuentes: Para la mortalidad infantil, y para la esperanza de vida de Cuba: *World Health Statistics Annual*, Organización Mundial de la Salud, Ginebra, 1980.

Para la esperanza de vida de Argentina: *Las condiciones de salud en las Américas, 1973-1976*, Organización Panamericana de la Salud, Washington 1978.

MORTALIDAD POR ALGUNAS ENFERMEDADES. ARGENTINA 1977 Y CUBA 1976.

ENFERMEDAD	ARGENTINA 1977		CUBA 1976		Mortalidad Argentina en exceso a la cubana
	núm. de muertes	Tasa por 100 000 habitantes	núm. de muertes	Tasa por 100 000 habitantes	
Sarampión	694	2.7	29	0.3	9 a 1
Tétanos	282	1.1	24	0.3	3.6 a 1
Tuberculosis respiratoria	1929	7.4	262	2.8	2.6 a 1
Tuberculosis, otras formas	310	1.2	18	0.2	6 a 1
Cirrosis hepática	4624	17.7	481	5.1	3.5 a 1
Síntomas y estados mal definidos.	11106	42.6	193	2.0	21.3 a 1

Fuente: Para Argentina, *World Health Statistics Annual*, Organización Mundial de la Salud, Ginebra 1980. Para Cuba: *Las condiciones de salud de las Américas*, Organización Panamericana de la Salud, Washington 1978.

Como tercer fenómeno, debemos observar la crisis general del capitalismo, que está produciendo importantísimas consecuencias en el campo de la salud. La crisis afecta especialmente a la periferia capitalista, pero sus efectos ya son muy visibles en los países centrales. La consecuencia de la crisis en todos lados es que el capitalismo está empezando a no cumplir, ni siquiera en sus metrópolis, su promesa histórica de mantener y acrecentar el bienestar del conjunto de la población. La pérdida de legitimidad que esto acarrea hace que en cierto sentido toda reivindicación sanitaria —por reformista y “puntual” que sea— puede volverse revolucionaria en cuanto no puede ser absorbida por un capitalismo en retroceso. La modalidad actual del capitalismo, con sus características monopólicas, su necesidad de usar capital y tecnología y de valorizar las mercancías es estructuralmente “antisalud”, en cuanto genera patologías propias y no puede combatir eficazmente —en los países periféricos— las patologías que existen. Las demandas de salud entonces, por descontextualizadas y apolíticas que parezcan, pueden ser un poderoso elemento de acumulación de fuerzas para los sectores del campo popular que pueden vocalizarlas.

Las propuestas que siguen parten de una visión de la salud como resultante de lo que es, en un sentido último, una correlación de fuerzas en la sociedad. La idea de la salud como posible “isla” igualitaria y solidaria dentro de una sociedad cuyo signo general es opuesto, ha pasado a la historia, y ahí estarán siempre los Martínez de Hoz y los Wehbe para demostrárnoslo, y para tener siempre a los Rodríguez Castells que administren un detalle de su proyecto global. Sin embargo, y dialécticamente, la salud o ciertos planteos de ella, pueden ayudar a modificar la correlación de fuerzas inicial en la sociedad civil, y dependerá de la lucidez del campo

popular al modificar esos planteos la medida que la correlación de fuerzas se va modificando.

Ninguna de las propuestas se dirige a la superestructura administrativa de la salud, o propone acciones cuya realización exigiría una gran cuota de poder. Proponer que se cambie la estructura de la Secretaría de Estado de Salud, que se deroguen o aprueben ciertas leyes, que el Estado se ocupe de fabricar o de importar de cierta manera los medicamentos es ocioso, en cuanto estas medidas son dependientes de un cambio drástico en la correlación de fuerzas, y si ellas pueden ponerse en práctica también podrán ponerse en práctica otras medidas que son más prioritarias. Antes bien, las propuestas que lanzamos tienen en cuenta fundamentalmente dos parámetros: la cantidad de poder que es necesario para ponerlas en práctica y el tiempo que demorarán en producir resultados. En ambos parámetros recorreremos un camino de “menos a más”, sabiendo que el campo popular dispondrá inicialmente de muy poco poder, y que el tiempo actuará inicialmente en contra suya (debido a las inevitables medidas divisionistas, de sabotaje y desestabilizadoras que sufrirá todo gobierno popular) hasta el momento en que pueda consolidarse de manera cualitativamente diferente.

Las primeras propuestas tienen como escenario una correlación de fuerzas muy desfavorable para el campo popular, pero pueden ser puestas en práctica en las parcelas de poder que éste controle, y sus efectos beneficiosos pueden comenzar a sentirse casi inmediatamente. Tienen las siguientes características comunes.

1. Refuerzan el poder del campo popular, y ayudan a crear un “poder dual”. Son antiautoritarias, participativas y democráticas.

2. Tienen un buen "costo beneficio" en términos de insumos de recursos y de tiempo. Legítiman a quien las aplica, porque solucionan problemas sanitarios muy sentidos por el pueblo.

3. Tienden a fortalecer el control territorial por parte del pueblo organizado, en vez de fortalecer estructuras verticales como son las instituciones (que muy probablemente estarán bajo el control del enemigo), los planes y programas por enfermedad, etc.

4. Utilizan pocos insumos de capital, tecnología y "conocimiento".

5. Favorecen la autarquía nacional y el aprovechamiento de mano de obra actualmente desempleada, lo cual corresponde a una lógica global en las áreas de economía y política general.

Las medidas están centradas en ciertos problemas sanitarios básicos.

La desnutrición. Fundamentalmente, por medio del control de niños para detectarla, la dación de alimentos para combatirla y la rehidratación (especialmente la oral) para neutralizar una de sus consecuencias más serias: la combinación desnutrición-infección. Todo esto debe hacerse a nivel más descentralizado posible, idealmente mediante programas con cobertura territorial manejados por el pueblo organizado junto con profesionales que compartan sus objetivos. Como resultado, puede esperarse una disminución rápida y a poco costo de la desnutrición. Programas como estos, con cobertura nacional, ahorrarían quizás 10 000 vidas anuales.

Inmunizaciones. Utilizando la misma infraestructura, e inmunizando contra todo lo inmunizable: tétanos, difteria, sarampión, coqueluche, polio. Una de las monstruosidades de la "salud de los militares", es que en la Argentina en 1977 (último año del cual existe información) murieron 700 personas de sarampión, mientras que en dos países mucho más pobres (Nicaragua y Cuba) hubo en 1981 respectivamente 60 casos y cero muertes por sarampión.

El control de embarazadas. Rutinario, descentralizado, con medidas inicialmente mínimas pero con coberturas lo más amplias posible, y con un nivel de complejidad que aumenta a medida que haya más tiempo y recursos. Con base territorial, lo que supone la detección activa de embarazadas por parte de las organizaciones populares y/o de los servicios sanitarios.

Control de enfermedades y accidentes de trabajo. Por parte de los trabajadores y en los lugares de trabajo.

Control de ciertas enfermedades crónicas con buen "costo beneficio". Tuberculosis, Chagas, epilepsia, paludismo, lepra.

El segundo orden de propuestas tiene que ver con la existencia de cierto poder institucional, desde el ni-

vel municipal en adelante. Se refiere a la posibilidad de controlar centros asistenciales, y poder dar trabajo en ellos a personal sanitario, para asegurar que estos centros atiendan la demanda espontánea de salud que acude a ellos durante las 24 horas del día; que lo hagan en forma gratuita (que debe ser bandera de todo programa sanitario popular), y que para hacerlo den trabajo a la plétora de médicos, odontólogos, enfermeras y técnicos sanitarios que los militares y sus mandantes oligárquico-financieros han dejado sin trabajo. Ampliando estas ideas, recordemos que los profesionales de la salud, que eran hegemónicamente antiperonistas en 1955 han virado políticamente desde entonces acompañando a la clase media a la cual pertenecen, y cuyas condiciones objetivas se han deteriorado seriamente con la evolución del capitalismo monopólico en la Argentina. A un futuro gobierno popular le será fácil ofrecerle a sus profesionales de la salud condiciones de trabajo que sean superiores a las actuales, en términos de remuneraciones, estabilidad, posibilidades de descanso, seguridad de retiro, y oportunidades de progreso científico y profesional. Una futura Carrera Sanitaria Nacional, supervisada por los propios profesionales y que encuadre a aquellos que trabajen en el futuro Servicio Nacional de Salud es una necesidad inmediata para cualquier plan sanitario nacional que se dirija a las necesidades de nuestro pueblo.

El área de los medicamentos se trata por separado. En ellos se gastan hoy sumas que son a la vez enormes e innecesarias. Se pueden plantear aquí medidas inmediatas y mediatas, con costos políticos muy variados. Como medida inmediata, puede plantearse combatir la enorme desinformación con que los médicos y odontólogos recetan medicamentos, y el enorme costo (en dinero, en efectos médicos desfavorables, en sufrimiento humano) que resulta de esto. Informar a los profesionales sobre los medicamentos que son baratos y eficaces no es tarea difícil, y puede ayudar a estos a reflexionar sobre cuáles son sus reales aliados y enemigos en el campo de la salud: los recursos económicos que actualmente se destinan a la compra de medicamentos innecesarios son los mismos que se retacean al pago de un salario digno a los profesionales de salud.

A un plazo más largo es difícil plantear una política de medicamentos lineal, ya que las presiones que se pueden ejercer en esta área por parte del capitalismo multinacional son inmensas. Ante las dicotomías habituales: capital nacional vs. capital extranjero, insumos locales vs. insumos importados, compras al mundo socialista vs. compras al mundo capitalista, beneficios a los distribuidores (farmacéuticos) vs. beneficios a los fabricantes, se deberá preferir siempre al primer término de la dicotomía sobre el segundo; pero las circunstancias concretas, y la correlación de fuerzas nacional e

internacional que exista será la que dictará la política del gobierno popular en esta área.

Respecto a las obras sociales, la respuesta es clara y simple: deben ser devueltas a los sindicatos, y aquí no hay argumentos cientificistas, elitistas o tecnocráticos que valgan. A medida que el gobierno popular se afiance, se podrán plantear mecanismos de coordinación entre las diferentes obras sociales, y de ellas con el Servicio Nacional de Salud, pero no debemos olvidarnos nunca que la base de poder del gobierno popular estará en la clase trabajadora argentina organizada en sindicatos.

Estamos entrando en un momento crucial de la historia argentina, en el que podemos esperar que el campo popular termine de reconstruirse y avance rápidamente. Que ésto suceda en parte debido a los errores del enemigo, y no a una particular lucidez nuestra, debería hacernos reflexionar. Tenemos una enorme tarea por delante. Elementos menores de ella va a ser un análisis de los dos genocidios que ha sufrido nuestro pueblo: el de la "guerra sucia" y el sanitario, los que alimentarán el veredicto de la historia, que no será suave ni ambiguo. El elemento mayor de análisis va a ser la totalidad del desastre que se abatíó sobre nuestro pueblo: su empobrecimiento material y espiritual en estos años. Cuando efectuemos el análisis, debemos evi-

tar detenernos demasiado en juzgar personalidades, que no fueron sino emergentes de un proceso: los Videla, los Massera, los Langarica, los Martínez de Hoz, los Rodríguez Castells, los Astiz, los Wehbe. Debemos castigarlos, pero debemos también tener claros los procesos históricos que los colocaron en determinado lugar en determinado momento, proceso que debemos conocer para que no se repita jamás.

En cuanto a salud, hemos visto cómo las necesidades del capitalismo pervierten el gasto en salud, y lo hacen ineficaz para solucionar los problemas de enfermedad y muerte que afectan a nuestro pueblo. En primer lugar, el gasto global en salud disminuye, en función de la crisis general y de mantener un costoso aparato represivo. En segundo lugar el gasto se distorsiona: no va adonde es necesario y eficaz, como alimentos, inmunizaciones, control de embarazadas y niños, saneamiento, prevención de accidentes. Va en cambio a lo que el mismo capitalismo puede vender provechosamente, independientemente de que lo que ofrezca sirva o no: excesivos medicamentos caros, excesiva tecnología cara. La respuesta a todo esto la dará el pueblo organizado, con la estructura y prioridades de salud que el mismo se dicte y que el mismo administre. Con el pueblo en el gobierno y en el poder no habrá más "guerra sucia" ni genocidios sanitarios en Argentina.

CUADERNOS POLITICOS 35

Claudia von Braunmühl ► Mercado mundial
y Estado nación ⊕ Adolfo Gilly ► Las Malvinas,
una guerra del capital ⊕ James Petras ►
Nicaragua: la transición a una nueva sociedad
⊕ James D. Cockcroft/Alejandro Alvarez ►
Migración mexicana a Estados Unidos
⊕ Marta Harnecker/Joaquín Villalobos ►
Guerra en El Salvador ⊕ Carlos Marx ►
Entrevista inédita

Revista trimestral
de Ediciones Era

era



EDICIONES ERA
AVENA 102 ■ 09810 MEXICO, D. F.
MEXICO, D. F. | GUADALAJARA, JAL. | MONTERREY
☎ 581 77 44 | ☎ 12 60 37 | ☎ 42 08 12

Brasil exportador de armas

II

(Viene del número anterior)

Renato P. Dagnino

Con relación al armamento terrestre, es posible que la observación de los movimientos de la guerra del Yom Kippur, en 1973, haya influido en las decisiones de los militares acerca del tipo de armamento que debía ser producido. Ese conflicto fue la primera oportunidad para comprobar la eficiencia de las PMG (*precision guided munitions*).²⁸ Su enorme precisión y poder de destrucción dieron por resultado un avión derribado cada hora y un tanque destruido cada 15 minutos. Por parte de Israel fueron consumidos 2,5 mil millones de dólares en armamentos, que costaron a EUA unos 4 años de trabajo para la reposición de sus *stocks*.

Según Mary Kaldor, ese tipo de armas, las PMG, serían la alternativa a la "tecnología militar barroca", dada la posibilidad de que pueden ser producidas en serie, a bajo costo, en grandes cantidades y pueden ser operadas por soldados poco entrenados. Además, los vehículos utilizados como plataforma para las PMG y el transporte de soldados pueden ser pequeños, ágiles y fáciles de ocultar. Contrariamente también a los sistemas de armas tradicionales o barrocas, las PMG se basan enteramente en la tecnología electrónica. Para el montaje del armamento se suele recurrir a la subcontratación de empresas del sector electrónico por parte de los fabricantes tradicionales de "plataformas" (aviones, barcos y vehículos terrestres), permitiendo, de esta manera, aliar la eficiencia, sencillez y confiabilidad de los sistemas electrónicos modernos, especialmente diseñados para los

finés propuestos, con la solidez y bajo costo de las plataformas adecuadas a las situaciones reales de guerra moderna.

Apoyándose en el trabajo de Stepan, Mary Kaldor comenta el impacto de la crisis económica y política que marcó el fin del gobierno Goulart en la organización militar, estableciendo una relación entre la radicalización y politización de los sargentos y la importación de nuevos equipos contrainsurgencia más sofisticados. Según el autor, la ausencia de una contrapartida, en términos de un mayor poder político y social por parte de los sargentos, de su mayor importancia militar, habría sido el principal factor de movilización del referido sector.²⁹

Si aceptamos esa relación de causa y efecto como verdadera y si, además suponemos que los militares —que tenían algún poder de decisión acerca de las características del armamento que debía ser producido— tenían conciencia de ella, podríamos explicar la opción hecha en función de la necesidad de minimizar el poder de los cuadros militares medios. Así, en la medida que fuese posible fabricar armas eficientes que, al mismo tiempo, prescindiesen de operadores más calificados, se estaría evitando defecciones que pudieran conducir a crisis internas en la jerarquía militar. No es fácil determinar si este tipo de problema tuvo alguna influencia en las características del equipo fabricado, aunque es evidente la mayor sencillez operativa y la posibilidad que ofrece de prescindir de la jerarquía militar tradicional en función de una organización más flexible.

28. Ese PGM es definido por Mary Kaldor como: pequeños misiles, bombas guiadas y artillería, etc., acoplados a pequeños, baratos, confiables y poco sofisticados vehículos, barcos o aviones. (*The Baroque Arsenal*, Andre Deutsch, Sussex, 1982).

29. Stepan, A. *The Military in Politics: Changing Patterns in Brazil*. Princeton Rand Corporation, Princeton University Press, 1971. Citado por Kaldor, M. *The Military in Development*. *World Development* 4(6), 1976, pp. 474

El armamento producido y su aceptación en el exterior

Un elemento fundamental del éxito en el comercio exterior obtenido por la industria nacional de armamentos, y que demuestra una notable visión fue, como vimos, la elección de los tipos de equipos a ser producidos. Las opciones realizadas por las diversas empresas tienen características comunes que revelan un gran conocimiento de las tendencias tecnológicas en la producción de armamentos, de sus debilidades y de las brechas de mercado existentes. Esto supone una elevada y homogénea capacidad e información, tanto técnica como comercial, sobre el sector y/o la existencia de canales de comunicación interempresarial (o entre ellas y el gobierno).

Hasta aquí destacamos la relevancia de las opciones realizadas en función de su adecuación a la situación de guerra interna, que se configuraba en la época como el principal "mercado utilizador" del armamento producido. Es necesario también investigar la cuestión de la potencialidad que presentaba, ya en aquel entonces, el mercado externo.

En el caso de la industria aeronáutica, además de la demanda militar de los países del Tercer Mundo, con situaciones internas semejantes a la brasileña, y que efectivamente se expresó, había un importante componente dado por la potencial utilización para fines civiles. De hecho, las decisiones adoptadas aún a nivel del CTA, que determinaron la concepción de los aviones cuyos proyectos fueron posteriormente cedidos a la EMBRAER, tomaron en cuenta no sólo los propósitos de contra-insurgencia, entrenamiento militar y patrullaje costero, sino también el del transporte civil. Ya en 1962, en el Departamento Aeronáutico del CTA, en esa época bajo la dirección del actual director de la EMBRAER, se pensaba aprovechar el mercado potencial del transporte aéreo regional brasileño.³⁰ Empero, la motivación principal del proyecto del Bandeirante parece estar ligada a la decisión de sustituir el avión norteamericano de menor porte, Beechcraft C-45s, entonces en operación, a través del Programa de Reequipamiento de las fuerzas armadas.³¹ La necesidad de un avión para

transporte de carga y pasajeros estaba en función, respecto del mercado interno, de las dimensiones del país, de su baja densidad demográfica, del gran número de ciudades importantes diseminadas a lo largo de la costa, y de sus perspectivas de desarrollo económico. La utilización en la agricultura, y en otros campos como la aerofotogrametría e investigación geofísica, era muy prometedora también. Con respecto al mercado externo se descubría la existencia de una brecha de mercado concerniente a aeronaves de pequeño porte adecuadas para el transporte de pasajeros de ámbito regional.³² Los modelos entonces disponibles en el mercado internacional tenían una concepción tecnológica superada, baja eficacia y alto costo.

Con relación al transporte terrestre, el ejemplo más notable son los carros de combate blindados de la ENGESA, adaptados a la difícil condición de trabajo y a las enormes distancias típicas de Brasil. Su poder de fuego, velocidad, pequeño peso y sistema de tracción, fueron factores importantes de su elección por los países árabes, que necesitaban vehículos con esas características y no los tanques que les ofrecían los fabricantes tradicionales.

La aceptación que tuvieron los armamentos brasileños en los países del Tercer Mundo, pudo o no, haber sido esperada por los productores nacionales. En una visión retrospectiva, entretanto, parece obvio que ocurriese así. La adecuación de un armamento, con las características ya señaladas, a las necesidades de aquellos países, fue la causa fundamental de su aceptación. Dicha aceptación, a su vez, es uno de los determinantes del éxito de comercio exterior obtenido por la industria brasileña, puesto que una parte considerable de sus exportaciones se destina a los países tercermundistas³³, cuyo volumen de compras ha aumentado mucho en los últimos años.

De hecho, entre 1960 y 1972, la tasa promedio de crecimiento del PNB del conjunto de países subdesarrollados fue de 2.7%, mientras que la del gasto militar fue de 4.2%.³⁴ El gasto militar de esos países creció también a tasas más elevadas que el de los países industrialmente

30. Chimanovitch, M. "O fantástico vôo da EMBRAER", *Senhor* No. 64, 9/6/82

31. *Disarmament and Development...*, pp. 45

32. *Idem*, pp. 15 del Sumario Ejecutivo

33. Irak es el mayor comprador de armamentos brasileños.

34. Mallechi, I. "La influencia del desarrollo de los armamentos sobre la investigación científica", *Impacto, Ciencia y Sociedad*, 31(1), UNESCO, 1981, pp. 44, 48

avanzados: entre 1968 y 1977, las tasas fueron de 19 y 79%, respectivamente, haciendo que la participación de los países del Tercer Mundo en el total, pasase de 15 a 22%.³⁵ Esta evolución se asocia muy estrechamente con el hecho de que, de las 130 guerras habidas después de la II gran guerra, 95% involucraron directamente a países del Tercer Mundo. Dicha evolución determinó también, debido a su poca capacidad de producción autóctona, un flagrante predominio de esos países en el comercio mundial de armas. Ya en 1978, el 80% del flujo comercial de armas se orientaba hacia aquellas naciones: 37% para el Medio Oriente, 26% para África, 11% para el Asia y 5% para América Latina.³⁶

Como vimos, la restricción norteamericana a la venta de armas para los países tercermundistas, fue uno de los elementos que determinó la implantación del sector bélico nacional. La permanencia de esa situación durante la década del 70 tuvo, a su vez, un papel amplificador del esfuerzo nacional de exportación, permitiéndole a Brasil su entrada en los mercados del Tercer Mundo, tradicionalmente controlados por EUA.

La política científica y tecnológica del sector

En este ítem, examinaremos las principales medidas gubernamentales que conforman la política científica y tecnológica llevada a cabo en el sector de armamentos nacional. Comenzaremos por aquellas de contenido implícito, recordando el planteo anterior sobre el énfasis puesto en la industria aeronáutica al tratar el tema.

Vale la pena destacar también el carácter atípico, en relación con otras experiencias nacionales, de este análisis, puesto que se compone del relato de acciones bien logradas de apoyo al desarrollo científico y tecnológico, impulsadas sistemática y sincronizadamente por el Estado. Quizás la atipicidad se redujera si comparásemos la experiencia brasileña en el sector con las de otros países subdesarrollados. Según Gavin Kennedy³⁷, la industria de armamentos tendría ventajas en relación con otros sectores industriales de los países del Tercer Mundo

porque "posee un mercado cautivo y asegurado, está protegida de la competencia extranjera y no está sometida al criterio normal de competitividad".

El papel ejercido por el Estado fue decisivo para posibilitar, mediante su poder de compra, los trabajos emprendidos en el sector. En el caso de la industria aeronáutica, el contrato firmado entre el ministro de la Aeronáutica y la EMBRAER, enseguida de su creación, para la adquisición de 80 aviones Bandeirantes y 112 aviones Xavantes, producidos bajo permiso italiano, garantizó el éxito de la industria. Para que se tenga una idea del volumen del encargo, basta recordar que la capacidad proyectada de la empresa era de apenas dos unidades mensuales.³⁸ Igualmente las empresas NEIVA y AEROTEC fueron estimuladas con pedidos de aviones de entrenamiento y ataque, por parte de las fuerzas armadas, por un total de 820 unidades. Del mismo modo, el Ministerio de Agricultura contribuyó al desarrollo de la industria aeronáutica al encargarle, a la EMBRAER, en 1970, 50 aviones para uso agrícola. Tales hechos revelan una acción combinada de apoyo a un propósito nacional, sin precedentes en la historia de nuestra industria.

La política de compras de la Fuerza Aérea se ha mostrado importante para mantener un nivel mínimo, pero estable, de pedidos que le ha permitido a la empresa una cierta tranquilidad en sus operaciones. Un ejemplo típico lo constituye el papel regulador de las compras hechas por la Fuerza Aérea, en 1978, cuando la demanda para usos civiles puso en peligro la rentabilidad de la empresa. La declaración reciente del ministro de la Aeronáutica, de que 66% de los equipos utilizados por la Fuerza Aérea Brasileña (FAB) son de procedencia nacional, nos da una idea del tamaño de esa demanda que se renueva, sin mayores dificultades, cada año.

La política de comercio exterior y la política fiscal

En 1974 el gobierno brasileño impuso una importante barrera a la importación de aviones livianos, que pasaron a pagar una tasa equivalente al 50% de su valor, por considerarlos como bienes de lujo. Tal medida

35. *Disarmament and Development...*, pp. 1

36. Datos de las Arms Control Disarmament Agency citados por BARNABY, *op. cit.*, pp. 11

37. Kennedy, G. *The Military in the Third World*, London Ducworth, 1974, cit. por Kaldor, *The Military in Development*, *op. cit.*, pp. 463

38. Silva, O. "O Vôo da EMBRAER", *Revista Brasileira de Tecnologia*, 13(1), enero-marzo 1982

debe ser entendida, en primer lugar, como de defensa del mercado nacional, en el marco de una política de sustitución de importaciones y ahorro de divisas. De hecho, Brasil ya era, en 1973, el segundo mercado para aviones livianos y, en 1974, las importaciones alcanzaron casi las mil unidades.³⁹ En segundo lugar, debe ser entendida como una reacción a la negativa, por parte de EUA, de homologar el Bandeirante, —la solicitud se hizo en 1969 y fue finalmente concedida en 1978—, que impedía su compra por compañías norteamericanas. Desde ese entonces fueron vendidos 72 Bandeirantes al mercado norteamericano, de un total de 173 vendidos al exterior. Actualmente, EUA es el país que posee la mayor cantidad de esos aviones, luego de Brasil.⁴⁰

La adopción de esa medida proteccionista por el gobierno se verificó casi simultáneamente con la negociación, por la EMBRAER, del acuerdo de producción conjunta con la Piper, considerada por algunos como una capitulación injustificada. El acuerdo fue precedido por la selección de un socio, mediante concurso, entre los tres más grandes fabricantes presentes en el mercado nacional (Beech, Piper y Cessna), que parece haber funcionado como una cuña en los intereses comunes de la industria aeronáutica norteamericana. Hecha la selección del aliado, nada más justo que obtener las condiciones favorables para consolidar la alianza, alejando del mercado a sus competidores. La adopción de una medida proteccionista tan rigurosa, en el caso de haberse hecho efectiva con anterioridad, podría haber generado presiones que dificultasen el desarrollo de la industria aeronáutica nacional.

Esa sincronización de acciones entre el Gobierno y la EMBRAER parece no haber sido aceptada, al menos en este caso, por el gerente de la última. En una entrevista concedida en 1977⁴¹, se afirma que ella posibilitó, a través de la producción de aviones que ya dominaban el mercado, la penetración de la EMBRAER en el mismo. En realidad, dicha penetración no podría haber ocurrido si no se hubiesen verificado aquellos movimientos de polarización y protección.

Otra medida de comercio exterior, con un importante resultado, es la exención del im-

puesto de importación a los insumos no disponibles en el país para la producción de aviones. Esta medida, además de reducir el precio final del producto en el mercado interno y de dotarlo de una mayor competitividad en el exterior permitió, a los planeadores de la estrategia industrial y tecnológica del sector, una mayor libertad acerca de las opciones de nacionalización de los componentes y del permiso para fabricación que se mostró fundamental.

Con relación a las medidas gubernamentales de incentivo a la exportación, parece haber habido también una preocupación sistemática, que se tradujo en el apoyo oficial y diplomático a las iniciativas empresariales. Según Brigagão⁴², la política de exportación de armamentos estuvo guiada por un documento secreto del Consejo de Seguridad Nacional, que sería ya obsoleto en el entender de los militares y de los empresarios del sector. Una nueva legislación estaría siendo preparada, con el objeto de modificar dicha política y proponer medidas tales como la reducción del Impuesto al Producto Industrial (IPI), la tasación de los productos importados, depreciación acelerada y créditos del IPI para el equipo nacional, y financiamiento preferencial por los bancos del gobierno.

En el área de la política fiscal se destaca la medida destinada a beneficiar a la EMBRAER con el 1% del impuesto a la renta pagado por personas jurídicas, siempre que la cantidad correspondiese a la compra de acciones de la empresa. Este incentivo fiscal tuvo su vigencia estipulada en 10 años y poseía una característica especial pues “solamente dedicando el 1% de su impuesto a la compra de acciones de la EMBRAER es que el empresario brasileño puede elevar de 50 para 51% el nivel de descuentos permitido por la legislación fiscal.”⁴³ La medida fue tomada en enero de 1970, sólo seis meses después de la firma del decreto de fundación de la EMBRAER y en el mismo mes en que ella comenzó a funcionar. La rapidez con que instrumentos como el citado fueron puestos en acción revela la importancia acordada por las autoridades al sector, en una coyuntura en que la iniciativa privada, cuando fue consultada, se había negado rotundamente a participar en la empresa.

Una idea de la importancia del referido mecanismo en la capitalización de la industria nos la da el hecho de que 93% de las acciones

39. *Disarmament and Development...*, pp. 36

40. Chimanovitch, M., *op. cit.*, pp. 32

41. “A Decolagem Segura da EMBRAER”, *Dados e Idéias*, oct-nov. 1977

42. Brigagão, *op. cit.*, pp. 22

43. A decolagem segura da EMBRAER, *op. cit.*, pp. 14

preferenciales fueron adquiridas, a través de él, por más de 200 mil empresas.⁴⁴

La política científica y tecnológica explícita

En el área más directamente ligada a la C&T, la actuación del Estado se concretó de inmediato en la transferencia para la EMBRAER de los proyectos desarrollados en el Instituto de Investigación y Desarrollo del CTA. El proyecto y prueba de los prototipos del Bandeirante y del Ipanema, para uso agrícola, fueron enteramente ejecutados en el CTA.

Posteriormente, se canalizó, durante la década de los 70, a través de la FINEP, recursos del FNDCT por un valor de 100 millones de dólares para las actividades de C&T en la industria aeronáutica.⁴⁵

La asociación con firmas extranjeras para la producción conjunta parece haberse dado en condiciones bastante ventajosas para las empresas nacionales. En el caso de la EMBRAER, el acuerdo firmado en 1975 con la Piper para la fabricación de aviones, bajo permiso, prevé condiciones de transferencia de tecnología, nacionalización de los componentes y comercialización, que son difícilmente encontradas en contratos semejantes realizados en otros sectores industriales.

Asimismo, el sector productor de armamentos terrestres se benefició con el apoyo concedido por el Estado para el desarrollo de sus productos. El desarrollo del sistema de tracción independiente para cada llanta, inventado por técnicos de la ENGESA, fue apoyado por el Grupo de Movilización Industrial y por el Instituto de Investigación y Desarrollo del Ejército, llevando a que el mismo fuese financiado a través del Departamento de Material del Ejército y luego por la Industria de Material Bélico. También la Universidad de Sao Pablo participó en el desarrollo de uno de los proyectos de la ENGESA.

En el período más reciente, la prensa y la comunidad científica han ofrecido muchas informaciones con respecto al apoyo del gobierno a la investigación militar. Durante la 33a. Reunión Anual de la Sociedad Brasileña para el Progreso de la Ciencia (SBPC), se formó una comisión para estudiar la situación de la inves-

tigación militar en Brasil. Conforme las declaraciones del profesor Moyses Nussenzveig: "Partidas presupuestales importantes, destinadas por el gobierno para la investigación básica, estarían siendo empleadas en el desarrollo de proyectos militares."⁴⁶ Esta investigación estaría concentrada en las áreas espacial, electrónica, computación y aceleradores de partículas, y se estaría llevando a cabo en los Centros de Investigación y en las instituciones de enseñanza pública. Los resultados del trabajo de la citada comisión fueron divulgados en la 34a. reunión de la SBPC, pero no se presentaron informaciones muy significativas. Quizás la más importante la constituya la estimación, hecha por uno de sus miembros, de los recursos desplazados por el FNDCT para la investigación militar, que serían del orden de 500 millones de cruzeiros, lo que representaba entre 5 y 10% del valor del fondo en 1982.

La reciente divulgación por la prensa⁴⁷ del ofrecimiento, hecho por la TELEBRAS al Estado Mayor de las fuerzas armadas, de cooperación para la construcción de un centro de desarrollo de armas estratégicas, y el aprovechamiento de los conocimientos adquiridos por los técnicos de la TELEBRAS en el área de la microelectrónica, telecomunicaciones e informática, merece ser examinada con algún detalle.

Con algunas excepciones, la investigación con fines militares contó con la participación, por lo menos consciente y directa, de la Universidad. Durante la segunda mitad de la década del 60 y la del 70, la Universidad recibió un amplio apoyo gubernamental para la realización de actividades científicas y tecnológicas, que permitió la formación de recursos humanos y la consolidación de una infraestructura de investigación en áreas consideradas prioritarias por el gobierno. Los frutos del esfuerzo realizado fueron, en parte, canalizados hacia los centros de P&D de las empresas estatales (TELEBRAS es un ejemplo típico) que, a partir de su maduración y la consiguiente mejor definición de sus demandas tecnológicas, tienden a ocupar, en la década del 80, un lugar central en la estructura de desarrollo científico y tecnológico del país. La merma de los recursos disponibles para la investigación en la Universidad, ocurrida a partir de fines de los 70, tuvo su correlato con un gasto cada vez más grande de los Institutos de Investigación del gobierno y de los centros de

44. Chimanovitch, M., *op. cit.*, pp. 30

45. Costa, T., *op. cit.*, pp. 21

46. *O Estado de Sao Paulo*, 13/1/82

47. *Jornal do Brasil*, 17/6/82

P&D de las estatales que pudieron, de esta manera, cumplir con sus objetivos de orientar, de forma más "pragmática y realista" la investigación realizada en el país.

La tendencia que aquí comentamos deja abierta la posibilidad de que cada vez mayores recursos vengan a representar oportunidades concretas de conversión, como es el caso de la microelectrónica y de las comunicaciones.

Desde el punto de vista de los permisos de patente o coproducción con firmas extranjeras y de la importación de piezas y componentes, predominó siempre un comportamiento semejante al utilizado en la política de integración horizontal dentro del país. Es decir, las decisiones sobre qué producir internamente y sobre qué importar, eran tomadas a partir de evaluaciones que incluían un cuidadoso análisis de la cuestión relativa a la independencia tecnológica, además de aquellas relacionadas con el costo de producción (materia prima, escala rentable de producción, etc.). La decisión de no comprar paquetes sino, al revés, decidir con soberanía y con conocimiento de causa el qué, de quién y hasta cuándo, pedir permiso de patente o comprar, parece haber marcado profundamente la experiencia del sector.

Un punto importante de esa estrategia es la diversificación de las fuentes de tecnología. Según datos del SPRI, Brasil poseía en 1975, permisos de fabricación de EUA para construir aviones; de Italia para aviones y helicópteros; de Inglaterra para barcos de guerra, y de Alemania para misiles.⁴⁸

Un análisis del encadenamiento temporal de la industria armamentista brasileña confirma la tendencia normal de importación/producción interna/exportación para la mayoría de los equipos y componentes. Actualmente, los elementos importados, por razones de sofisticación tecnológica, son las armas de uso especial (*special purpose weapons*) y algunos componentes de los sistemas de comunicación, control y propulsión (en el caso de la industria aeronáutica). Los países abastecedores son EUA, Francia, Alemania Occidental, Inglaterra e Italia.

La tarea de capacitar tecnológicamente a los abastecedores de piezas y componentes fue asumida muy seriamente por las empresas del

sector, puesto que de ella dependía el desempeño y también el precio de sus productos. En el caso de la EMBRAER, la formación de un núcleo de articulación con la industria fue fundamental para la selección y capacitación de los abastecedores de componentes. En todo ese proceso de especificación, prueba, homologación, etc., fue decisiva la participación del CTA, que siempre se dio de forma muy estrecha y cordial, en función de la identidad, incluso en términos personales, que siempre hubo entre las dos organizaciones.

La acción del CTA, a través de su Instituto de Fomento y Coordinación Industrial (IFA), fue también importante en el sentido de administración del sector, para evitar la competencia innecesaria entre las empresas, en el caso de la industria aeronáutica.⁴⁹

Perspectivas de la industria armamentista brasileña

En rápido análisis trataremos de ver, las cuestiones relativas a los mercados para los productos de la industria de armamentos del país. Antes que nada, trataremos de determinar la importancia de ese mercado y examinar el impacto de su retracción en las condiciones de supervivencia del sector. En segundo lugar, examinaremos la probabilidad de que ocurran acciones externas tendientes a disminuir el mercado de armamentos brasileños porque, como vimos, las perspectivas de esta industria están condicionadas, entre otros factores, por las ventajas que presentan en relación con los fabricantes tradicionales, dada la adecuación de las características tecnológicas del producto para los compradores del Tercer Mundo.

Las estimaciones a que tuvimos acceso, sobre el volumen de producción de la industria de armamentos, son bastante distintas. Clóvis Brigagão estimó en 5 mil millones de dólares el valor de las ventas del sector en el año de 1979⁵⁰, pero una nota publicada por una revista nacional estima ese valor en 4 mil millones de dólares en 1981.⁵¹ El consumo interno fue estimado, también por Brigagão, en 350 millones de dólares en 1975⁵² y en 500 millo-

48. World Military Expenditures and Arms Transfer. Us Arms Control and Disarmament Agency, oct. 1979, cit. in *Disarmament and Development* —, pp. 14

49. *Disarmament and Development*..., pp. 52

50. Brigagão, C., *op. cit.*, pp. 22

51. Ver nota 5

52. Brigagão, C., *op. cit.*, pp. 24. El valor indicado se refiere al costo de la modernización

nes en 1981.⁵³ Las estimaciones del valor de las exportaciones, como vimos, varían entre 1 y 3 mil millones de dólares. Combinadas las estimaciones con aquellas hechas para el valor de la producción, indicarían, groso modo, un valor entre 1 y 4 mil millones de dólares para el sector del consumo interno de armamentos. A pesar de la gran imprecisión de esas cifras, es posible suponer que la importancia del mercado externo sea semejante a la del mercado interno, como es el caso, específicamente, del rubro aeronáutico en el cual la EMBRAER exporta alrededor de 20 millones de dólares mensuales, que corresponde al 50 a 60% del valor de su producción.

Más allá del extraordinario ritmo con que se dio el crecimiento de las exportaciones del sector, su concentración en un pequeño número de clientes aumenta su vulnerabilidad con respecto al exterior. La EMBRAER, por ejemplo, hizo su primera venta al exterior en 1976, lo que permite inferir que, prácticamente toda la expansión verificada en la empresa a partir de entonces, se haya dado en función del mercado externo. Con relación a la concentración de los clientes, es sabido que Irak, el mayor importador de armamentos brasileños, responde por el 30% de las ventas externas del sector.⁵⁴

Un elemento importante para la evaluación del futuro desarrollo de la industria armamentista brasileña es la probabilidad de que ocurra una contraofensiva de los productores tradicionales. Este factor está, como es obvio, condicionado a la voluntad y la capacidad de los mismos para hacerla efectiva.

La situación de EUA, por ser el más grande productor y exportador de armas, puede permitirnos una mejor visualización del problema. Es necesario analizar, por ejemplo, la importancia relativa del mercado externo para la producción norteamericana para que se pueda ver si EUA, dado el caso, tiene razones o no para querer obstaculizar el crecimiento de las exportaciones brasileñas.

Consideremos los siguientes datos, citados por Gansler⁵⁵:

— Entre 1970 y 1975, las exportaciones de armamentos norteamericanos aumentaron de 1,5 a 12 mil millones de dólares por año, y en la segunda mitad de los 70, se mantuvieron entre 9 y 13 mil millones de dólares.

— En 1975, EUA vendió internamente 17 mil millones de dólares y las ventas externas alcanzaron a 12 mil millones.

— Entre 1970 y 1976, los 25 mayores productores norteamericanos de armamentos tuvieron un aumento de 45,5% en las ventas externas y una pérdida del 23% en las internas.

— En 1975, más de la mitad de los aviones y misiles, producidos en EUA, fueron exportados.

— En 1976, ocho de los veinte y cinco mayores productores norteamericanos de armas tuvieron más del 25% de sus ventas orientadas hacia el mercado externo.

Estos datos indican claramente la importancia que debe tener el mercado externo para la industria norteamericana de armamentos, como viabilizador de las economías de escala en la fabricación y en el P&D de sus productos. Como dice Gansler: "Muchas de las firmas que producen armamentos llegan a admitir que su supervivencia depende del mantenimiento del nivel de ventas en el extranjero."⁵⁶

En vista de lo anterior es que se puede hablar de la probabilidad de una acción de los exportadores tradicionales que termine por limitar el crecimiento de las exportaciones brasileñas. La realización de la probabilidad depende, básicamente, de la política adoptada por los gobiernos de esos países en función de la evolución de la situación externa e interna. Dicho de otro modo, el "beneficio" traído por la recuperación del mercado para su armamento, compensa el costo político interno y externo de aumentar su interferencia en los asuntos de otros países. Nuestra intención no es la de agotar esta problemática, sino la de investigar la "capacidad tecnológica" de los tradicionales exportadores para hacer efectiva esa limitación y recuperar su mercado a través de la producción de armamentos más adecuados a las condiciones de los países del Tercer Mundo.

La capacitación tecnológica de esos países es más que suficiente para esperar la referida contraofensiva y, si no fuese por una tendencia inherente a sus centros de P&D militar y el llamado complejo industrial-militar, cuyas carac-

53. Brigagão, C., *op. cit.*, pp. 30. En realidad, el valor indicado como siendo la inversión para la renovación del equipo es de medio millón de dólares. Debe haber habido un error de imprenta.

54. *Jornal do Brasil*, 20/12/81

55. Gansler, J. *The Defense Industry*, MIT Press, EUA, 1980, pp. 208 y ss. Nótese que esos datos difieren de los ya citados (ver nota 3).

56. *Idem*, pp. 213

terísticas pasamos a comentar ⁵⁷, ella probablemente ocurrirá.

La estructura de P&D militar norteamericano absorbió, en 1978, el 49% del gasto gubernamental en P&D de EUA y representa, aproximadamente, 40% del gasto mundial destinado a la investigación en el sector. Esta estructura está constituida principalmente por establecimientos autofinanciados pero que, a pesar de que muchos de ellos son empresas privadas, dependen del flujo ininterrumpido de fondos gubernamentales para su mantenimiento. El grado de concentración de este tipo de establecimiento es extremadamente elevado; en 1979, las 100 empresas más grandes eran responsables del 66% de los gastos con equipos militares (*value of military prime contracts awards*).

Esas grandes compañías, para que puedan mantener en plena ocupación a su personal altamente calificado y su equipo, a partir de la demanda ejercida por un sector como el de la defensa, que presenta fluctuaciones de volumen de ventas y de mano de obra empleada, superiores a la media, no pueden prescindir de los contratos de largo plazo con el gobierno y que se sigan unos a los otros.

Para que se tenga una idea de la importancia de esa continuidad, basta con decir que todas las empresas del sector mantienen grupos especializados que trabajan en estrecha relación con los militares, y cuya función es la de prever las características del armamento que será solicitado en el futuro, cuando los que están actualmente en operación o en proyecto estén en vías de agotarse. La íntima relación existente entre esos grupos y el de las fuerzas armadas, con la existencia incluso de una asesoría prestada por los primeros para la formulación de las propuestas o licitaciones que serán posteriormente por ellos mismos atendidas, hace que se realimente una sólida comunión de intereses.

Puesto que el Estado es el único comprador, y dado que los presupuestos y las compras son hechos en función del número de unidades de cada ítem, no hay interés por parte de los productores en reducir el precio de los equipos. Existe, sin embargo, una tendencia a introducir

innovaciones tecnológicas que le den al producto una sofisticación que es deseada por el consumidor.

Sólo el 8% de los gastos en armamentos del Departamento de Defensa de las EUA se realizan según un criterio de comparación entre el precio de los abastecedores. El 92% restante se basa, principalmente, en el desempeño técnico. No hay, por lo tanto, ningún estímulo para la reducción de los costos. Por el contrario, en la mayoría de los casos, los costos han aumentado a una tasa real del 5% al año. ⁵⁸

La competencia entre las compañías tiende a darse no por la vía de los precios, pero sí a través de una diferenciación del producto, basada en la creciente sofisticación que es, al mismo tiempo, cada vez más intensiva en P&D y, por tanto, cara ⁵⁹, y cada vez más legitimadora, debido a su complejidad, de la importancia y necesidad de un personal militar altamente calificado y, en consecuencia, bien pagado. Estos grupos militares que actúan en el proceso de interacción con las compañías del P&D, por el hecho de que están alejados de la práctica concreta de la guerra, tienden a valorizar las características de "performance" de los armamentos, que poco tiene que ver con su eficiencia real en el campo de batalla. Ese tipo de demanda tiende a generar un P&D rutinario, poco innovador y orientado a mejoras marginales y no a cambios radicales que puedan dar origen a armamentos conceptualmente nuevos. Tales mejoras, además de que son generalmente innecesarias, conllevan desventajas originadas por su mayor tamaño y complejidad. Cuanto más grandes sean las armas más vulnerables son, como también es mayor la dificultad para operarlas, mantenerlas, etc. En fin, estos sistemas de armamentos presentan mayores problemas logísticos y de costos en relación directa con una menor eficiencia económica y aún "técnica".

La estructura del P&D militar de la URSS, que responde por el 25% aproximadamente del gasto total mundial, se caracteriza por una tendencia semejante a la existente en EUA. Las razones, no obstante, son distintas y se relacionan con la inercia institucional del sector militar y el conservadurismo de las organizaciones industriales.

57. Las consideraciones que hacemos siguen muy de cerca las presentadas en un texto elaborado, posiblemente en grupo, por la Armament & Disarmament Information Unit de la Universidad de Sussex, titulado *The Impact of P&D on the Arms Race: Advanced Industrial Countries*, Mimeo. Fecha probable 1981, pp. 45

58. Gansler, J., *op. cit.*, pp. 93

59. Con relación a la II guerra los bombarderos, cazas y tanques de combate son actualmente 200, 100 y 15 veces, respectivamente, más caros

Los restantes 20 a 30% del total mundial destinado a la P&D militar son gastados principalmente por Francia, Inglaterra, seguidas por Suecia, Alemania Occidental, Japón, Canadá, Italia, etc. En estos países la estructura de P&D militar es razonablemente diferenciada, y los productores menores han logrado algunos éxitos comerciales mediante la exportación, para países del Tercer Mundo, de armamentos más adecuados a sus necesidades.

Todo lo anteriormente analizado parece indicar la existencia de una creciente dificultad de los grandes fabricantes y exportadores para la producción de armamentos que puedan competir con el producto brasileño en el mercado del Tercer Mundo.

Otro elemento a tener en cuenta en este intento de evaluación futura de los aspectos tecnológicos involucrados, es la consideración de las tendencias generales que se manifiestan en la producción de armamentos a nivel mundial. La primera que comentaremos es la tendencia al desarrollo y producción conjunta entre EUA y otros países industrializados. En algunos casos, la producción conjunta del mismo tipo de armamentos es una forma de obtener una reducción en los costos de P&D y de ingeniería de producto y proceso, mientras que, en otros, cada país produce un cierto número de piezas del producto final, aprovechándose de sus ventajas comparativas.⁶⁰ Durante las décadas del 60 y 70, la producción conjunta, que se llevó a cabo principalmente entre EUA y los países europeos, se hacía principalmente a partir del P&D norteamericano, mientras que en los 80 se persigue un P&D conjunto.

La segunda tendencia que, en alguna medida es una reacción contra la primera, es una creciente participación del gobierno de los países de Europa Occidental, mediante la estatización de la industria de armamentos, en búsqueda de independencia y autosuficiencia.

El impacto de esas tendencias en la industria brasileña no parece significativo. Del punto de vista del acceso a la tecnología extranjera, Brasil ha utilizado ampliamente el recurso del uso de patentes, así como el de la compra de piezas y componentes, sin hacer distinción en cuanto a los abastecedores. El establecimiento de *joint-ventures* entre esos abastecedores, podrá, eventualmente, quitarle los atractivos que hoy día presenta el parque productor nacional,

haciendo que sus opciones de comercio exterior se hagan efectivas entre ellos mismos. Esta posibilidad, sin embargo, supone un nivel de acuerdo e identidad muy poco probable que se dé en la práctica.

Tampoco parece haber grandes problemas en cuanto a la disminución del precio, con relación al armamento brasileño, que la estrategia de P&D y la producción conjunta le pueda conferir a los productos de aquellos países y, aunque hubiese una reversión de la tendencia hacia costos crecientes, quedarían todavía los serios problemas de inadecuación inherentes a la industria de los países avanzados, cuestión que analizamos anteriormente.

Internamente, el mantenimiento del precio de los armamentos brasileños en un nivel bajo va a depender, en buena medida, de la evolución que presenten los salarios en el país. Como ya comentamos, uno de los factores que explican el éxito de comercio exterior del sector es el bajo precio del equipo producido. A pesar de su relativa sofisticación, la industria de armamentos es bastante intensiva en mano de obra. La participación de los salarios en el precio final de los aviones de la EMBRAER, por ejemplo, es de 50%.⁶¹ El costo de la mano de obra por unidad producida, asumiendo una tecnología uniforme y por tanto insumo físico de trabajo (hombre-hora) por producto fabricado constante, es seguramente menor en la industria nacional que en la norteamericana, por ejemplo.

Esta "ventaja" comparativa, asociada a los bajos salarios pagados en Brasil, aunque se trate de técnicos y obreros especializados que trabajan en el sector, contribuyó, sin duda, para la obtención de precios finales más bajos y para asegurar la penetración en el exterior del armamento brasileño.

Consideraciones finales

Retomando nuestra pregunta inicial, "qué razones explican el éxito de comercio exterior que ha obtenido la industria brasileña de armamentos", creemos haber dejado claro la función determinante desempeñada por el Estado. Pese a la actuación de algunos componentes "exógenos y aparentemente casuales", que fungieron como amplificadores, es evidente la importancia del Estado como viabilizador, en cada momento, de las

60. Gansler, J., *op. cit.*, pp. 255

61. Brigagão, *op. cit.*, pp. 26

condiciones que hicieron posible la realización del proyecto.

El establecimiento de las "precondiciones" para la creación de la industria de armamentos (tratado en el ítem 3), a través de la actuación del CTA, es un ejemplo único tanto de permanencia, en el tiempo, y de propósitos, como de calidad, en la política científica y tecnológica

nacional. Igualmente es único el conjunto de medidas de política científica y tecnológica, explícitas e implícitas (ítem 8), que apoyan al sector, ratificando y reforzando las decisiones, de contenido hasta cierto punto militar, de implantar la citada industria (ítem 5) y de optar por las características tecnológicas del armamento a ser producido (ítem 6).

y la nuestra es una de las más ricas del mundo. Desde los orígenes de nuestra nacionalidad, durante el desarrollo de las culturas prehispánicas, comenzó a tramarse una de las demostraciones artísticas más formidables de todos los tiempos, con exponentes arrebataadores como el propio Nezahualcóyotl o los libros del Chilam Balam. Luego floreció la literatura colonial, que nos dió medio centenar de poetas, narradores o dramaturgos que asombraron al mundo, Sor Juana Inés de la Cruz, Carlos de Sigüenza o Juan Ruiz de Alarcón, entre otros. Y México siguió produciendo valores literarios colosales, como Fernández de Lizardi, Ignacio Altamirano, Federico Gamboa o Manuel Acuña, por citar unos pocos del pasado siglo. En éste, la lista se vuelve interminable. Porque autores como Mariano Azuela, Alfonso Reyes, o Xavier Villaurrutia, o Salvador Novo, o José Revueltas, son sólo algunos de los tantos nombres que han llevado a nuestra literatura a lo más cimero de las letras hispanoamericanas.



Puede hacer su pedido por teléfono, en las mañanas, a los números 658 6465 o 658 7132, o enviarnos su solicitud con un cheque a nombre de Editorial Somos, S.A., por la cantidad de \$1,500.00 m/n. En cualquier de los casos, nosotros le enviaremos la colección a su domicilio, en un plazo no mayor a los quince días, si usted reside en el Distrito Federal o área metropolitana. A provincia, enviaremos su pedido por correo certificado, con cargo adicional.

EDITORIAL SOMOS, S.A.

Av. Copilco No. 339, Col. Copilco Universidad,
México, D.F. Código Postal 04360

De amor y destierro

Juan Carlos Plá

18-X — 28-XII-79

"Transformaciones del fuego, primero el mar, luego, del mar la mitad tierra y la mitad vapor inflamado".

(Heráclito, Fragmento 31 a)

- | | |
|---|--|
| 1) demasiado solo
recuerdo claramente
el mar
su fuego desigual
su mapa de justas
dimensiones
y anhelo
anhelo
fuertemente
otra ciudad | flotando entre
camalotes,
la pueril y
atildada cara
de un mono
empolvado y
muerto,
cabalgando
sus anteojos
una pálida nariz
rotada apenas
hacia la derecha |
| 2) Asencio, Asilo
calles de la Unión
calles para pasar
a pie
calles de piedra
levantada,
hospital de extramuros
corredores albos, antiguos
paredes de vidrio verdoso
cuadriculado,
hablando bajo
caminan los médicos
pese al sol
no dejan de tener
frío
los enfermos | 4) neblina y resplandor,
exasperadas batallas
circulares
entreabren un momento
agua y follaje
y prosiguen
ensimismadas
frenéticas
silentes
voraces,
centinelas inútiles
los números
apostados, acosando
desde un tiempo,
una erección y
su sombra:
concisa suma
de un poeta
vivo |
| 3) desazón de barro
en el río
sólo el vuelo
permite ver
desde lo alto, | |

Beatriz Sheridan: "Alimento a mis personajes con mis sufrimientos"

Alberto Dallal

Nuestra cultura mexicana nos ha enseñado a amar el virtuosismo porque todas nuestras manifestaciones artísticas, desde la época prehispánica, han sido realizadas por virtuosos. Las grandes obras arquitectónicas, los murales inmensos y profundos (antiguos, modernos, contemporáneos), la danza, la pintura, la música e incluso la artesanía y los bailes populares... todos han estado en manos de virtuosos. La historia del arte mexicano enseña, entonces, que somos un pueblo que cobija sus actividades, que resguarda sus formas de organización y que hace perdurar después de sus cambios sociales a esos seres excepcionales, creadores singulares, cuyas destrezas van más allá de lo común y corriente, seres que destacan mediante una interpretación, una acción, una obra, una actitud que al mismo tiempo que los separa de los demás del conjunto (pues ha de apartarse de ellos para admirarlos y cuidarlos), los hace sus representantes. En cada época histórica el virtuoso habla de una manera más contundente de las aficiones, las formas y apariencias, las inquietudes y las características del grupo: sus cualidades expresivas indican con claridad al todo, al conglomerado.

Los años más recientes del teatro mexicano han probado que dentro de este agitado y multivalente fenómeno artístico existe un ser excepcional: Beatriz Sheridan. No se trata de una actriz creada por la publicidad, el lujo o los mil vertiginosos recursos de espectáculos superficiales y dudosos. Se trata más bien de un descubrimiento realizado gracias al único medio lícito en estos casos: la actuación. Tampoco se trata de unos de esos "golpes de la suerte" en que algo que no había existido antes aflora, se hace presente gracias a la combinación feliz de

varios elementos y circunstancias. En "el caso Sheridan" cuentan sobre todo la perseverancia y la autenticidad.

Beatriz Sheridan era conocida y admirada en el teatro mexicano porque su arte ya había destacado (y en serio) desde los años sesenta, a partir de las primeras puestas en escena del director chileno Alejandro Jodorowsky quien, dentro de experiencias que en aquella época se señalaban como locas o irreverentes, logró ejemplares producciones con *Penélope* de Leonora Carrington (1960), *La sonata de los espectros* de Strindberg (1960), *Fando y Lis* de Arrabal (1961) y *La ópera del orden* (escrita por él mismo, 1962). Las experiencias de Jodorowsky no sólo indicaban imaginación, sentido del teatro, entrega; asimismo pugnaban por romper en escena los enormes obstáculos del teatro convencional. De esta manera, Jodorowsky y su grupo de actores perseguían una técnica de actuación más amplia y flexible, más sabia y auténtica, a la manera de los actores de la Edad Media, para los que actuar no era sino crear: actos de creación que fuesen al mismo tiempo formas de vida y visión del mundo.

En estas puestas en escena se hallaba Beatriz Sheridan, una artista bien preparada, profesional, informada, quien tenía en su haber un anterior contacto profesional con Seki Sano. A lo largo de los años sesenta, Sheridan se niega a retroceder en la línea de seriedad que se había trazado. Actúa en obras muy importantes de los más competentes directores teatrales de la época: José Solé, José Luis Ibáñez, Xavier Rojas, Juan Ibáñez, Juan José Gurrola. A la vez, desarrolla una enorme actividad en cine y televisión y llaman ya la atención sus "recitales", presentaciones profesionales de divulgación de poesía

y literatura española y mexicana de todos los tiempos, espectáculos en los que Sheridan combina excepcional voz, temperamento, conocimiento y presencia. Por su actuación en *Un tranvía llamado deseo* de Tennessee Williams (1968) recibe el premio María Tereza Montoya.

Con todo, dos obras resultarán definitivas para que el público y los críticos mexicanos se percataran de hallarse frente a una actriz excepcionalmente dotada y rigurosa, talentosa y profesional: *Ah, los días felices* de S. Beckett (1977) y *Las amargas lágrimas de Petra von Kant* (1980) de R.W. Fassbinder. La primera fue dirigida por Manuel Montoro y la segunda por Nancy Cárdenas. Aquella, no obstante constituir uno de los trabajos escénicos más notables del teatro mexicano, no alcanzó ecos ni respuestas registrables; la segunda, en cambio, dio pie para que Beatriz Sheridan obtuviera todos los premios de teatro otorgables en México. Por primera y hasta el momento única vez en la historia del teatro mexicano.

Incansable, Beatriz Sheridan no puede dejar de trabajar. Hace cine, televisión, radio. Realiza presentaciones personales en eventos de literatura y poesía y siempre persigue las buenas obras de teatro, las obras correctas, esos desafíos verdaderos... En 1982 actuó en *Las tentaciones de María Egipcíaca*, un collage poético preparado y dirigido por Miguel Sabido y en 1983 su creación de la "Adela" de *De pétalos perennes* inauguró oficial e históricamente el escenario del teatro "Wilberto Cantón" de la Sociedad General de Autores Mexicanos. Es famosa su declaración de que sólo existe cuando se halla trabajando en el escenario. También su confesión de que para ella, permanecer en ese lugar resulta un privilegio.

Entrevistar a Beatriz Sheridan constituye siempre un desafío porque se trata de una persona informada, agresiva e inteligente. Los actores son siempre gente muy difícil, gente a la que hay que enfrentarse muy pertrechado, con defensas suficientes. Me pregunto en voz alta quién es Beatriz Sheridan realmente y ella sonríe. Creo que prefiere las preguntas intensas a las manidas preguntas superficiales y "curiosas". Me confiesa con voz tenue:

—No sé quién soy. Nunca lo voy a saber.

Planteo mis dudas y ella explica:

—Me voy conociendo poco a poco. Me descubro en cada personaje que construyo, que forjo. Esto no me hace diferente de los demás porque tú, ahora, no sabes quién eres. No eres el mismo de hace dos días, por ejemplo. Tú eres una multiplicación de tús, de yos.

Beatriz Sheridan detesta la palabra "interpretar". La razón es obvia: en los niveles de sus "interpretaciones", la creación y la ejecución de un papel (como la de una partitura) resultan un mismo acto. Me interrumpe su voz seca:

—Mañana puede uno añadir otro personaje al conjunto.

Vuelvo a plantear mis dudas. Petulante, le digo que yo creo difícil sentir la necesidad de ser alguien más. En mi caso...

—Mañana conocerás a otra persona y cambiarás, te añadirás a ti mismo para adaptarte a esa persona. Para impresionarla. O bien sobrevendrá un acontecimiento nuevo que te hará sumar un yo nuevo a los antiguos. La realidad te hace cambiar. O una nueva obra de teatro en la que debes comenzar a "ser" de nueva cuenta.

Al mirarla, tan segura de sí misma, transitan por mi mente otras imágenes de su rostro, de sus manos moviéndose, elocuentes, para apoyar discusiones, fraseos, reconvenciones. Beatriz Sheridan podría hablar horas y horas. ¿Actuar? Cuando, después de una función, se inician con ella las charlas de sobremesa, los comentarios, las críticas, los análisis de incidentes, cualquier cosa, Sheridan permanece alerta, "acelerada", intransigente... Le cuesta trabajo aminorar la velocidad, convencerse de que hay horas en las que no hay más remedio que dormir, descansar. Los actores son, de una y mil maneras, locos y sabios.

—Un actor debe poseer, aparte de una intuición y una sensibilidad gigantescas, una gran cultura. Nunca termina uno de estudiar. Siempre se sorprende uno ante el ser humano, ante la realidad. Buscamos siempre la naturaleza humana. Tengo que saber todo. Y enfrentarme a todos. Me divierte hacerlo. Debo ser sado-masoquista. Claro que sí. Creo que a través del sufrimiento los actores nos templamos. Yo me enriquezco como actriz cada vez que sufro. La

personalidad que reflejo en mis amigos se sintetiza en la frase: "Ahí viene la latosa de Beatriz con todos sus problemas..." Yo les cuento siempre mis problemas, mis dolores. Al contarlos resucitan y puede uno, encararlos, guardarlos en un cajón del alma, dentro, muy dentro. Y los utilizo posteriormente. Siempre hay, en cada personaje, un punto en el que mis sufrimientos se identifican. Alguna experiencia similar a la mía aflorará en el personaje. Lo alimento con mis sufrimientos, con mis detalles. A partir de ese punto casi imperceptible, diminuto, el personaje queda completo, se llena, se construye. Y se convierte uno en ese personaje.

Nada fácil humanizar sus respuestas porque esta mujer, al hablar, al explicarse a sí misma, se convierte en prototipo, en paradigma, en sensación o símbolo. Sus ojos brillan como si miles de foquillos le lanzaran igual número de destellos asesinos. Ella los hace rebotar por los ojos, en lugar de, simplemente, reflejar lo que se halla a nuestro alrededor: la calle, el café, los transeúntes, los ruidos de una agitada ciudad absorta en sus trabajos y sus pasiones...

—En este momento estoy trabajando en una obra mexicana: De pétalos perennes. Su autor es Luis Zapata. Hago un personaje peculiar: una mujer que empieza a sentirse vieja. Nos sucede a todos, hombres y mujeres. Ese es el punto de identificación: por él entro plenamente al personaje y lo completo. El personaje, tal como está escrito, es ridículo. La cuestión es que cuando uno tiene un personaje así, no debe hacerlo ridículo; debe uno hacerlo creyendo en él. Por el punto de identificación descubro una parte de mí misma. Y la realidad que uno vive jamás puede ser ridícula.

En ese preciso instante Beatriz mueve las manos como si luchase con el aire o con la vida misma. Tal vez porque a un actor verdadero nada de la vida le es ajeno. ¿Es que Beatriz jamás descansa, jamás se aparta de esa tensión constante, de ese vivir dentro, para, alrededor, gracias a un personaje concreto, sucesivo, tenaz, insuperable? Porque (ahora recuerdo) todas sus actuaciones han marchado en dirección de un personaje intenso y terrible. ¿Qué ocurre con Beatriz Sheridan cuando está sola?

—Cuando estoy sola no existo. Por una parte, desaparezco. Me desdoble y repaso quién fui

durante todo el día. Trato de revivir las experiencias físicas, emotivas, intelectuales. Trato de revivir los momentos más intensos, mas importantes porque habrán de funcionar para mí o mis personajes posteriormente. No me pongo a llorar si lloré durante el día pero repaso los hechos y trato de entenderlos, de compenetrarme de ellos para archivarlos. Pero yo desaparezco... Quedo como si fuera sólo una cáscara. Y resucito en el escenario. Yo nunca sé ni sabré quién soy. Sólo por momentos, como fogonazos, cuando estoy haciendo un personaje sobre el escenario, durante el clímax de la obra puedo susurrarme: "Este momento es parte de Beatriz Sheridan". Soy mucha gente, todas las personas del mundo, todos los probables personajes que pueblan mi yo.

Dejar de ser uno. Abandonar la propia alma. Ir a la guerra. Torear. Encerrarse en la conciencia. Salir al frente de batalla y reconocer la situación de peligro total porque uno mismo ya no "es" sino en virtud de lo que uno haga. La praxis sólo se alcanza dejando de ser. Conocerse uno mismo tan profundamente que pueda uno reconocer el misterio de los semejantes, los seres humanos. ¿Hay una técnica, un conjunto de procedimientos para lograrlo?

—Tengo un recuerdo muy fuerte de esto. En una ocasión me sumergí en el mar. Buceaba. El mar es totalmente silencioso. No escuchas nada. Sólo tu corazón: algo parecido a los latidos. Lo difícil es escuchar los latidos del corazón sin sumergirse en el mar. Sin aparatos. Ir a las raíces del cuerpo. Al hombre mismo. Lo difícil es observarse a sí mismo cuando sobreviene una crisis porque allí se te darán claves precisas que comparten con todos los seres humanos. Un actor no puede prescindir de este "conocerse uno mismo a fondo". Aunque no lo sepa, se halla siempre en plenas labores de autoconocimiento; o sea, de reconocimiento de todos los miembros de la especie. Y no me refiero sólo a cuestiones oníricas o psicológicas, morales, subjetivas. Me refiero a asuntos físicos, inmediatos. Por ejemplo, ¿qué sensación hay aquí, en el vientre, en el pecho, en los genitales? ¿Cómo es la salivación? Si la boca está seca, como en el desierto, ¿cómo viene la salivación? ¿Cómo y por qué, en qué momento se lanza un grito o se restriega uno las manos o aguanta la respiración o siente deseos de vomitar o matar? ¿Cuáles son las consecuencias físicas de un estado injusto?

Me apabulla. Me desarma.

¿Qué puede hacer uno para obligarla a conversar sobre cosas "a flor de piel", inmediatas? Siempre en estado de revelación. ¿Ante quién eres una Beatriz Sheridan comprensible, domable?

¿Cómo pondré todos estos secretos profesionales, estos sectores de la naturaleza humana en una entrevista?

—Con mi padre, soy una hija ejemplar. Con mi amante intento ser una amante sensacional. Con mi jefe, digamos, no lo tengo... con mi director, soy la mejor actriz de México. Con mis compañeros de trabajo soy la mejor y más profesional actriz del mundo. Y me tienen que respetar. Con la gente soy condescendiente, gentil, amable, bondadosa. Con cada persona uno es un personaje distinto. Si esta entrevista fuera para Vanidades o Rutas de pasión o TV-novelas o Vogue o qué sé yo, todo lo que digo sería diferente. Te sorprenderías porque yo sería entonces un personaje distinto. Tal vez igualmente inasible.

Es insaciable —pienso—, ya que el actor, la actriz, para serlo realmente, debe poseer unas percepciones agudizadas, casi extraterrestres.

—Creo que un actor debe ser muy, muy inteligente. Los buenos actores lo son, no cabe duda. Muchos de ellos, conforme van madurando como actores se vuelven más inteligentes. Uno intuye las cosas pero para hacerlo plenamente debe usar la inteligencia. Por ejemplo, el problema de la trascendencia. Cuando hago una obra de teatro intento que ésta sea una obra que se pueda ofrecer de muchas formas, que tenga un gran radio de acción, que el personaje se universalice. Debe ser un papel que llegue a una mayor cantidad de gente. A veces yo cambio palabras, frases e impongo gestos, gesticulaciones, detalles... en María Egipcíaca pedí algunos cambios porque se trataba de la búsqueda de Dios (de un Dios terrible, por cierto, que no llega a responder) por una ex-prostituta. Cambié los parlamentos para que la obra no fuese sólo para católicos sino también para protestantes y budistas y judíos y mahometanos y para ateos. Era, en realidad, una obra que versaba sobre la búsqueda de uno mismo... El superar los localismos acertadamente hace que el público se haga más exigente...

Ahora sus ojos vuelven a brillar y casi me confiesan que Beatriz quiere seguir hablando. Beatriz fuma. Se viste con el humo. Lo manosea y lo contempla. Después vuelve a mí. Prosigue:

—El actor, sí, debe ser inteligente porque es un creador. No es un intérprete. El actor se ubica, por supuesto, en el escenario, en el teatro. Allí domina la situación completamente. Porque el teatro es una experiencia vital. Todos los días vuelve a nacer la obra y todos los días muere. Todos los días el actor queda condicionado por públicos distintos y debe aprender a dominarlos. Cuando hablo de esto me refiero a que emana una energía del público y el actor, la actriz debe recogerla. Un grupo o una persona del público recoge esta energía. A veces esta persona es más fuerte, más vigorosa, más emprendedora, más revolucionaria. Es un cómplice o varios cómplices; en ocasiones uno trabaja para ellos y los demás perciben nuestro trabajo como emanaciones de esa línea invisible. En realidad, se trata de un intercambio de energías. Es una experiencia que se realiza una noche, durante una función, y la siguiente sobreviene de manera distinta. Como la vida misma. No es igual, no puede ser igual. Los ensayos, en francés, se llaman "repeticiones"; pero no son repeticiones ni siquiera los ensayos. Cada ensayo o cada función, el actor aparece para aprovechar, para lograr más fuerza, gracias a lo que le ocurre durante el día, cuando no se halla en el escenario. Y cada persona, en el público, sufre de lo mismo: de doscientas a mil seiscientas experiencias que se unen, que se enfrentan en la sala y el escenario. Es la experiencia más maravillosa, más vital que existe en circunstancias normales. Es la última iglesia que queda en el mundo.

Pero el teatro es sólo un medio. También se actúa en televisión, en cine...

—La televisión es un medio muy distinto. Y como se hace en México, resulta una labor completamente heroica. En una ocasión trabajé con los franceses. Se tardan un mes para hacer un programa de media o de una hora. Cuando aquí hacemos una telenovela, se graban aproximadamente tres medias horas en una mañana. Va a ser difícil cambiarlo. Como todo es improvisado, debe el actor ser heroico y aprovecharlo. Surgen, a veces, actuaciones sumamente frescas,

interesantes. En el teatro va uno trabajando al personaje y éste tiende a perderse, mientras que en la televisión uno no tiene que recuperarlo. Es como si fuera la primera lectura de la obra. A veces hay, repito, aciertos de una enorme belleza, siempre y cuando el actor se acople con el equipo técnico, con el director de cámaras, etcétera.

¿Y el cine?

—El cine es un medio muy distinto. Allí el que maneja las cosas es el director, si es buen director. Intervienen el camarógrafo y el editor. El último de la escala es el actor. En el medio del cine, el actor tiene distintas maneras de proyectarse. Se hace uso de la cara, de los ojos. Hay pocos gestos, por ejemplo; las expresiones faciales deben quedar bajo control del actor. Debe uno saber relajarse totalmente. Más bien, el actor debe ir de un estado de ánimo a otro.

La actuación en el cine consiste en aplicar estados de ánimo que se proyectan, que se reflejan; el teatro consiste en eliminar poco a poco, mediante el conocimiento y los recursos, lo superfluo y así proyectar; la televisión es una combinación de ambos procedimientos.

Qué bueno que Beatriz Sheridan sea capaz de explicar estas “técnicas” con la suficiente claridad. Ahora me mira fijamente como si se preguntara a sí misma si yo soy capaz de entenderlas y transcribirlas o traducirlas. Y como si se adelantase a una pregunta que yo llevo en el pensamiento, para mi sorpresa, exclama:

— ¡Todo esto se aprende con la experiencia, conforme va uno madurando! Es curioso: el cerebro puede asemejarse a un pizarrón. A veces hay que borrar las obras que uno ha hecho para dar lugar a la que sigue. En general, yo no recuerdo ni uno solo de los parlamentos de las obras que he hecho. Tengo que limpiarme el cerebro para que entren los nuevos parlamentos, para que entre el nuevo personaje a mi cuerpo. Pero uno los lleva a todos y surgen inesperadamente; ¿entiende uno algo de la vida o de la naturaleza humana cuando no estás a la expectativa? Mi madre murió hace unos meses. Yo pasé su agonía junto a ella. Duró casi una semana esta agonía. Durante el tiempo que duró su agonía me venía a la cabeza, constantemente, una frase de Un tranvía llamado deseo. Reiterada, terriblemente. La frase es: “Lo opuesto a la



Beatriz Sheridan

muerte es el deseo.” Por primera vez en la vida entendí la frase plenamente. Cuando hacía el Tranvía sólo la intuía, la incluía en el personaje. No era parte de mí misma. Cuando mi madre se estaba muriendo me decía a mí misma: “Es que tengo ganas de hacer el amor.” En realidad, ante esa circunstancia mía, mía, eso es lo que significa la frase. ¿Y por qué tiene uno ganas de hacer el amor en esos momentos terribles? Porque uno está vivo. La entendí por primera vez. Es la frase clave de la obra.

La mirada de Beatriz Sheridan jamás se torna opaca. No descansa. Tal vez ni siquiera cuando está sola, aislada, esperando vibrar, ser, vivir en el escenario; cuando se halla a la vera de la existencia. El actor traduce

la existencia en sed de vida, en un conjunto de significados que nos espeta, nos entrega en sus actuaciones. Toda la sabiduría del mundo la lleva dentro. Los actores. . . Cada fibra de sus cuerpos, de sus cerebros, de sus experiencias como seres humanos en disposición de mostrarse. . . para nosotros. Y tras la función sus palabras, sus imágenes quedan, trascienden... No importa que ya no se hallen junto a nosotros. Los espectadores las re-construyen, recuerdan sus voces, invocan sus gestos, sus miradas. Los actores van más allá del tiempo, del espacio. Son oficiantes de esta intensísima jornada histórica que nos toca vivir a los mortales. Los actores saben reflejar, "proyectar" (como dice Beatriz) la encrucijada. Y tan campantes. . . tan llenos de sí mismos, cínicos, tiernos, simpáticos y cambiantes. ¿Qué ocurrirá en sus entrañas cuando se acercan al peligro, a la extinción del *show*. de la obra. . . cuando tocan con los dedos crispados la idea de la muerte? Beatriz no altera el tono de su voz. Sólo que al hablar su mirada se ve más allá, arriba, en una dirección que no existe: el vacío. Apenas ayer llegó la noticia de la muerte de Dolores del Río. Yo discutí a fondo con un colega profesor: dudaba él que debiera estar Dolores en la Rotonda de los Hombres Ilustres. No sólo eso, le dije, deben cambiarle el nombre a la dicha Rotonda y llevar allí, en pleno homenaje, a una mujer como Dolores del Río que venció a los temidos especialistas en sus propios terrenos,

en Hollywood y con sus mismas armas. O más bien, con un arma más: la belleza. El rostro de Dolores del Río perdura, perdurará, de la misma manera que el arte, el cuerpo, la inteligencia, las palabras de Beatriz Sheridan ya se proyectan en libros, registros, crónicas, videocassettes, películas. . . Beatriz, sin mirarme, responde. Lleva su voz la más impresionante naturalidad:

—Actuaré hasta que muera, hasta el último momento. Espero que sea pronto porque yo no quiero caer en el Asilo de Actores. No quiero terminar mi vida como ciertas actrices: enfermas, desvalidas. Andrea Palma no tiene ni un quinto y está muy enferma. Es muy triste, para un actor, no estar trabajando. Tengo entendido que Anita Blanch agoniza en un hospital; es la segunda vez. Ella pide trabajar porque después de su primera agonía le dijeron que no trabajara más. Insistió categóricamente en que la vida no tenía sentido para ella si no actuaba. Yo estuve con ella en una telenovela y siempre había allí un aparato de oxígeno. Para cualquier emergencia. Ella era feliz. Estaba sanísima. Pero le vino nuevamente esa alteración; creo que es el corazón. Ahora agoniza otra vez. Yo quisiera morirme joven. Me siento joven ahora. Me doy unos diez años más. No quiero vivir más tiempo pero, eso sí, hasta ese momento seré actriz.

Cinco relatos de Cristina Peri Rossi

Anticipo del libro "El museo de los esfuerzos inútiles" que editado por Seix Barral distribuirá Difusión Editorial.

El viaje inconcluso

Cuando comprendemos que se trata de un viaje sin retorno y sin arribo, se produce una gran confusión. Se oyen lamentos, súplicas, preguntas sin respuesta, aglomeraciones en la borda, conatos de pelea. Se busca afanosamente un culpable; aunque en justicia sería difícil encontrar uno, todos están dispuestos a exigir pocas pruebas; la sospecha puede alcanzar. Pero los acusados tienen coartadas suficientes, aun para los espíritus más inclinados a la venganza. El médico asegura que fue contratado para curar los resfríos de la época de tormenta; los saltimbanquis —viajamos en medio de una compañía de circo ambulante— lloran: si por lo menos con unas cuerdas o unos trapecios se pudiera cruzar el mar. La actriz se impacienta, no muy convencida del papel que le toca desempeñar en esta ocasión; a ratos llora, a ratos ríe, y lamenta la falta de un director que dé órdenes precisas. Sin embargo, no hay esperanza: tarde comprendemos que nos hemos embarcado en una nave sin rumbo, que jamás llegará a ningún puerto. Los alimentos son escasos y de noche el mar arrecia. Algunos optan por arrojarle al agua: prefieren adelantar un destino riguroso que no perdonará a nadie. Se agotaron las pastillas para el sueño y los más ingeniosos proponen diversos planes de suicidio. En medio de la depresión general y de la confusión, alguien ha decidido hacer de capitán (también muy tarde comprobamos que viajamos sin tripulación). Se ha subido a la tarima, en la borda. Ha pedi-

do silencio. Sólo las olas no callaron. Entonces, dijo:

— ¡Compañeros!

(Hubo un estremecimiento a bordo. Por diversos motivos, que no vienen al caso relatar ahora, la palabra provocaba escalofríos en dos clases diferentes de personas.)

—Compañeros, —repitió esta vez con menos énfasis. (¿Sería un estudiante de ciencias políticas o un mero aficionado?, me pregunté.)

—Lo que nos sucede...

(Murmillos alrededor. No todo el mundo estaba dispuesto a admitir que nos sucedía algo. Eran los que pretendían ignorar la situación y nos sugerían que debíamos continuar como si tal cosa. Para ello, habían organizado un torneo de canasta; una exposición de cuadros, confeccionados con algas y con conchas —nada original, por otra parte—, un juego de adivinanzas con prendas y un bingo múltiple.)

—...no debe ser motivo...

(Los murmullos continuaban. Si había un motivo, y alguien lo conocía, era necesario comunicarlo. Se escucharon gritos de hurra, inmerecidos, como se verá, y otras exclamaciones que chocaron contra el costado de la nave, muy mojado, por lo demás.)

—No debe ser motivo de desesperación.

(Esta pausa fue silenciosa y hasta la actriz la respetó.)

—Es verdad que viajamos en un barco sin rumbo.

(Mucha gente no estaba de acuerdo con esta sinceridad. Era algo que no se le pedía a un político o a un capitán, a nadie que ejerciera alguna clase de autoridad.)

—Pero no debemos desanimarnos.

(Esto era un poco mejor: ¿por qué íbamos a desanimarnos?)

—De ninguna manera. No. Yo digo que no.

(Siempre es muy valiente quien se anima a decir públicamente no a algo. También quien se anima a decir que sí.)

Que alguien dijera no, pareció reconfortar a muchos.

—¡No!

(Algunos débiles noes se escucharon entre el público reunido a bordo.)

El mar rompía, ahora con suavidad, muy cerca de nosotros.

—¿A quién beneficia que nos desesperemos, eh? —gritó el hombre, ahora un poco más fuerte. (La frase pareció muy efectiva. Nadie quiere que otro se beneficie con algo que le corresponde, así sea una tragedia. La tragedia debe ser de cada uno, y sus dividenidos, también.)

—Yo creo que *ellos* esperan que nosotros nos desesperemos.

Por si era cierto, mucha gente miró hacia atrás, como si seres invisibles estuvieran esperando nuestra consunción. Esto influyó para que los demás creyeran que si efectivamente algunos volvían la cabeza, seguramente había beneficiarios agazapados a nuestras espaldas. Además el hecho de saber que no estábamos solos, que *ellos* nos vigilaban, disminuía nuestra soledad y nos hacía más responsables.

De común acuerdo (aunque un acuerdo silencioso) se decidió que *ellos* estaban atrás, o sea, cerca del mascarón de proa; desde entonces, ese lado del barco se convirtió en una especie de zona contaminada; por propia estimación, por amor propio, por honor, nadie osó acercarse, aunque le dirigiéramos muchas miradas despectivas y llenas de odio.

—Si *ellos* quieren que nos desesperemos —insistió el hombre, entusiasmado—, ¿qué debemos hacer nosotros?

La pregunta, como cualquier pregunta, causó mucho efecto. La gente se miró entre sí, repitiéndola en voz alta, o con los ojos. Nadie sabía quién era el encargado de contestarla, pero la transmitió a aquel que tuviera más cerca. ¿Qué debemos hacer nosotros?, se decían, y más que una pregunta, parecía una confirmación. ¿Qué debemos hacer nosotros?, le dijo el domador

de leones al médico. ¿Qué debemos hacer nosotros?, dijo el empleado de banco a la actiz. ¿Qué debemos hacer nosotros? repitió la enfermera, hablando con un trapeceista.

—¡No desesperarnos! —contestó el orador, con los ojos brillantes.

Su ingeniosa respuesta también fue repetida a coro. ¡No desesperarnos! ¡No desesperarnos!, nos decíamos los unos a los otros. Alguien escuchó a una ola decírselo a otra. El mar nos apoyaba: era nuestro mejor aliado.

Nadie se iba a desesperar, y si eso sucedía, en algún descuido, nadie iba a reconocer que se trataba de desesperación. De esa manera, *ellos* no obtendrían su beneficio. Esto precipitó una serie de actividades a bordo, que hasta entonces —antes de saber que no debíamos desesperarnos— se habían descuidado. Algunos se ofrecieron para limpiar la cubierta; otros, formaron una cuadrilla para repartir los víveres y el agua; un principio de organización nos puso en movimiento. Esto pareció ser del agrado del orador, quien contemplaba complacido cómo los demás cumplían las funciones necesarias para mantener una apariencia de orden. La actriz dijo que amenizaría las noches —las largas noches en cubierta— con interpretaciones gratuitas de sus personajes favoritos. Los trapeceistas montaron una pequeña carpa y se dedicaron a hacer ejercicios, contemplados con alborozo por los viajeros. El médico curó un resfrío, considerado rebelde. Fue entonces cuando el orador creyó oportuno volver a tomar la palabra.

—¡Señores! —dijo, y se suponía que el llamado incluía también a las señoras.

—Señores —ya nos habíamos acostumbrado a las repeticiones, y es seguro que si no se produjeran, las echaríamos de menos.

—...Es hora...

Algunos apresurados miraron sus relojes. No estaban acostumbrados todavía a las metáforas de épocas de incertidumbre. Para ser precisos, se trataba de las doce de la noche. Por nuestra corta experiencia de tripulantes sabíamos que ese momento coincidía con cierta irritación general. Aunque siempre quedaba el recurso de volver la cabeza hacia la zona contaminada, tan próxima al mascarón de proa, y lanzar miradas de odio, algunos se sentían deprimidos o angustiados. Con seguridad, como dijo nuestro orador, se trataba de la presencia oscura del mar, del golpeteo simétrico de las olas, o de la neurosis de navegante, enfermedad que solían padecer los marineros.

—Es hora de que tengamos un escalafón.

A nadie se le había ocurrido antes, pero a muchos les pareció bonito. La ventaja del escalafón era que ocupaba poco espacio, no entorpecía las maniobras y los giros de los trapezistas y además nos entretenía. Pasamos mucho tiempo componiendo escalafones. El cargo de capitán correspondía sin duda al orador; sobre esto, no había ninguna disputa. Pero los rangos subalternos provocaron muchos debates. Pasamos cinco días en el asunto del escalafón; entre tanto, la comida disminuyó, el barco escoraba peligrosamente y algunos creyeron ver un grupo de tiburones que nos seguía de cerca.

Cuando el escalafón fue aprobado, casi por unanimidad, la moral mejoró mucho. A ello contribuyó una sabia iniciativa del capitán: propuso que la banda de músicos interpretara nuestros temas favoritos. Todos sabíamos que había una banda en la nave, pero con las preocupaciones de nuestra suerte no se nos ocurrió exigirles que cumplieran sus funciones. ¿No viajaban gratis para alegrar a los pasajeros?

El orador ordenó que se vistieran de gala; no sé si fue una ocurrencia propia o recordaba vagamente el naufragio del Titanic. Sea como sea, ellos no tuvieron más remedio que hacerlo.

Nos preparamos como para una ceremonia. Nos ataviábamos con nuestros mejores vestidos. Un equipo de voluntarios colgó guirnaldas de los palos y se agitaban banderas. Todas las banderas eran iguales, porque estaban hechas de una falda que la actriz, en un acto de generosidad inesperado, ofreció. Las bandas siempre me ponen triste, quizás porque recuerdo la del regimiento de mi pueblo, los domingos a la mañana, en el quiosco del parque, bajo el sol ardiente, interpretando el himno y ejecutando —literalmente— un pasacalle de Beethoven. Los uniformes estaban raídos, los instrumentos abollados y desafinaban ostensiblemente, pero eso no le importaba a nadie, porque a fuerza de oír siempre lo mismo, la gente se había acostumbrado. Esta vez ocurrió algo semejante. Fuera por temor al desenlace que aguardábamos —sin desesperación, eso sí: estaba prohibida—, fuera porque los instrumentos se habían mojado —¿he dicho que a veces la nave sin rumbo

escoraba?—, “Té para dos”, “Dominó” y “Así pasan los años”, las composiciones que oímos esa noche, sonaron mal. Es verdad que el violinista obeso hizo todo lo posible por no llorar, mientras sostenía el arco; que el trompetista se esforzó por ahuyentar con sus notas el perfil de los tiburones próximos y que los pasajeros, esa noche, en medio de las tinieblas, bajo la escasa luz de las lámparas de a bordo bailaron incansablemente, como maniqués mecánicos. Las parejas se intercambiaban, tratando de crear una sensación de fraternidad, como si se tratara de una fiesta en el jardín de una casa suntuosa; alguien trató de disipar el miedo que nos daba el agua que surgía de las cabinas, diciendo que eran como los surtidores de un patio árabe. Nadie cesó de bailar cuando una ola más grande que otra —pero no más ruidosa— empujó a la primera pareja hacia el fondo del mar, sin un grito. El espacio que dejaron vacío fue ocupado rápidamente por otra. El payaso propuso jugar a la gallina ciega, cuando las luces súbitamente se apagaron. Aceptamos inmediatamente. El propio payaso se ofreció a presidir el juego, de modo que no vimos cuando cayó al agua. En la oscuridad, el ruido del mar nos atraía con su enorme boca. El capitán, comprendiendo el peligro que corríamos, subió rápidamente a la tarima.

—¡A bailar a bailar! —gritaba vehementemente, y la gente lo obedecía, como fascinada. (Sólo observé en la vida otra fascinación igual: la que producía Louis Armstrong interpretando la *Suite Lorraine*.)

Un golpe de agua se llevó a varios bailarines. *Sometimes I love*, cantaba el músico de la banda. El violinista ejecutó unas variaciones muy interesantes, y esta vez tuve que reconocer que había acertado. Era una pena no tener piano. Yo lo habría acompañado. A veces una nota era tan fina que parecía cortar el agua. Pensamos que si ellos todavía nos observaban, podían sacar una bella foto (con flash, a causa de la oscuridad), para registrar el momento: el cantante en medio de la tempestad, interpretando la estrofa “If you go to Chicago, 66 Street”, las parejas bailando, el capitán subido al estrado, justo antes de que el barco se escorara definitivamente, en un estrepitoso y exagerado ángulo.

El rugido de tarzán

Johnny Weissmuller gritó y el bosque entero (con sus insinuantes lianas y espesos follajes) pareció temblar; el vaso de whisky resbaló de la pequeña mesa de vidrio y cayó sobre la alfombra de piel de león; un lago redondo y oscuro crecido con la lluvia. Johnny gritó; un grito largo y sostenido, con sus cortezas y litorales, sus montañas de sonido, sus cuevas vegetales, sus profundidades ocultas donde vuelan los murciélagos y sus nubes ágiles que se deslizan como humo. Un grito prolongado y profundo, largo, hondo, que por el aire resbalaba de rama en rama, convocando a los pájaros azules y a los blancos elefantes; un grito que atravesaba el claroscuro de las hojas, las cicatrices de los troncos, y saltaba entre las rocas como ventisquero; ascendía las cumbres de las quietas, solemnes montañas, corría entre las piedras primarias, oscurecidas por el follaje y precipitaba los ríos estivales, de agua lenta, cristalina. No sólo el vaso cayó; también un cenicero se deslizó, un cenicero de porcelana en forma de hoja de plátano, regalo de una de sus antiguas admiradoras. Y las numerosas colillas estrujadas se desparramaron como menudos troncos quemados.

Al grito, acudían las aves de largo vuelo equinoccial, los peces pequeños que lamen el costado de las rocas, los ciervos de reales cornamentas, los cuervos de mirada alerta, los cocodrilos asomaban sus largas cabezas y los árboles parecían moverse. Era un grito triunfal, una clave sonora respetada por los grandes paquidermos, los altivos flamencos y los escurridizos moluscos. Entonces Jane levantaba la cabeza, resplandeciente y morena, tocada por el grito como por una incitación largamente esperada. Y Jane corría, Jane corría por los senderos del bosque, se abría paso entre las ramas de grandes y carnosas hojas, Jane atravesaba los húmedos corredores de la selva guiada, conducida por el grito, protegida por el grito, alentada por el grito. Los pájaros volaban detrás de ella, los leones se ocultaban, las serpientes escondían las cabezas, los grandes hipopótamos cedían paso.

No sólo el cenicero se estrelló contra el suelo: un cuadro de la habitación se estremeció, pare-

ció golpear la pared y luego de cimbrar un momento el aire (denso de humo y de alcohol) quedó torcido, anhelante, con un ángulo en falsa escuadra. Era la copia a todo color de un viejo fotograma de la selva, de la prefabricada jungla de Toluca Lake; con sus montañas de cartón, sus baobabs de papel pintado y sus piscinas convertidas en lagos llenos de pirañas. Fuera del apartamento, los automóviles que cruzaban la avenida se detuvieron un instante, alarmados por el grito, y luego, veloces, siguieron el camino. Los elefantes sacudían sus grandes orejas como lentos abanicos, los monos cruzaban la selva por el aire, saltando de rama en rama y los pájaros, como látigos, golpeaban las hojas de los altos bananeros. En el fotograma, además, había una muchacha vestida con piel de tigre que yacía en el suelo, encadenada, los túrgidos senos asomando entre las manchas opalinas del tigre, los muslos muy blancos (muslos de alguien que toma poco sol) descubiertos por las cuidadosas rasgaduras de la falda, los labios, anchos y rojizos entreabiertos en lo que podía ser un gesto de provocativo dolor o una sensual imploración, Johnny estaba unos pasos más atrás, el ancho y musculoso torso desnudo, la nariz recta, los huesos bien formados con pequeñas y sugestivas sombras alrededor de las tetillas y de la cintura; un poco más arriba del ombligo se iniciaba una línea, un cauce torneado que el taparrabos triangular (largo entre las piernas, pero angosto en los costados, como para que asomaran las formidables líneas de los muslos) ocultaba, pero cuya trayectoria —como un río afluente— era posible adivinar.

El cuadro lo había pintado una admiradora suya, hacía muchos años, a partir de una escena de *Tarzán y las Amazonas*, protagonizada por él y por Brenda Joyce; por lo que Johnny recordaba de la película, en ella había una cantidad extraordinaria de muchachas, portadoras de flechas, todas ataviadas con piel de tigre (él se había enfadado mucho cuando supo que las manchas de la tela eran fruto de una buena operación de la tintorería del estudio: los tigres escaseaban, por lo menos en Hollywood, y además, había empezado a surgir una cantidad increíble de sociedades protectoras de algo, de perros, de

tigres y hasta de ballenas, lo cual volvía el arte cinematográfico muy difícil) y con sandalias de liana. En la película, él volvía a lanzar su largo, agudo y penetrante grito, un grito de selva y de montaña, de agua, madera y viento; un grito que ululaba como las sirenas de los paquebotes del Mississippi, que batía alas como los pájaros azules de Nork-Fold, que atraía a las salamandras de los pantanos de West-Palm (*al oeste de Colorado River hay un sitio que amo*) y alentaba el vuelo de las ánades de Wisconsin. Johnny gritó; gritó en la ladera del sofá forrado de piel de bisonte, y la cabeza del ciervo, en la pared, no se estremeció; volvió a gritar pensando en Maureen O'Sullivan y el grito retumbó en la habitación como una pesada piedra cayendo sobre los atolones de Leyte: la isla madreporica reprodujo el grito en los vasos de whisky con huellas de labios y de cigarros, en las conchas del Caribe conservadas como trofeo y en cuyas cavidades todavía las notas broncas del mar fosforescente se juntaron con los agudos de su gri-

to; Johnny gritó sobre los largos pelos de las mantas africanas que cubrían de animales aterciopelados el lecho conyugal vacío en el apartamento de California, gritó sobre las reliquias de marfil y las hojas de tabaco, un grito largo y desesperado, desencajado, el grito de un humilde recepcionista del Caesar's Palace de Las Vegas, su último empleo, y por un momento pensó que Jane acudiría, que Jane cruzaría las abigarradas calles centrales, que se abriría paso entre los resplandecientes semáforos y las carrocerías brillantes de los autos, que Jane, vestida con un abrigo de leopardo, atravesaría la avenida centelleante de neón, saltaría por encima del río de cacahuates y bolsitas de maíz, que correría entre los anuncios de *pornofilms* y de cigarrillos Buen Salvaje Americano hasta el humilde apartamento donde Edgar Burroughs acababa de beber un whisky, antes de llamar por teléfono al Hogar de Retiro de Actores, en Woodland Hills, porque un anciano llamado Johnny Weissmuller no dejaba dormir a los vecinos con sus gritos.

Sordo como una Tapia

Era una puerta de roble, robusta, aunque el paso del tiempo y algún mal trato se notaran en las cicatrices, en dos arrugas profundas, cerca del ojo. Quizás podría agregarse que ese único ojo, al centro, en medio de la frente, era un ojo demasiado pequeño para una puerta tan grande, pero nadie es perfecto. La habían barnizado: siempre hay gente que barniza puertas. Se podía suponer que la capa de barniz le tocó para festejar algún aniversario, que alguien, al mirarla, dijo, por ejemplo: "A esta puerta le falta una capa de barniz" (a algunas mujeres les falta un sombrero, o un lunar, o unas sandalias nuevas), que la dueña de la casa, mientras recogía los platos de la mesa comentó, mirando al marido. "Si vamos a invitar a tu familia al cumpleaños mejor empezás por barnizar la puerta", o que un sábado a la tarde, sin nada que hacer, un hombre solo, el melancólico propietario de la puerta, para entretenerse, la barnizó. Sea como sea, cuando la encontró, de la capa de barniz sólo quedaban algunos rastros, hilos de aceite

que bajaban mansamente, interrumpiéndose antes de llegar al final.

La encontró a la noche, en un baldío lleno de gatos, entre cajas vacías, latas herrumbradas y botellas rotas. Alguien la había quemado con un cigarrillo (siempre hay perversos que se pasan con los débiles, especialmente si el lugar es sombrío y la débil atractiva), de modo que presentaba un estigma, un agujero en mitad del cuerpo. La suciedad y el polvo podían quitarse rápidamente con un paño, en cambio la huella de la mano salvaje que la horadó, no podía disimularse fácilmente, ni borrarse con el tiempo.

La levantó como pudo, porque estaba desmayada, sin fuerzas, y pesaba mucho. Cuando consiguió ponerla de pie, respiró profundamente. Era casi tan alta como él. Antes de ponerse a caminar, la tapó con papel de diario. Posiblemente la afeara, pero él se sentía más tranquilo.

El camino no fue fácil. Ella a veces se balanceaba, otras se caía, a él le dolía la espalda. Advirtió que muchas personas lo miraban, pero no

se preocupó: de noche la gente está atenta a cualquier cosa. Cuando llegaron, optó por no usar el ascensor: la tuvo que arrastrar por la escalera, con peligro de que ambos se cayeran o despertaran a los vecinos. En el rellano, la dejó inclinarse contra la pared mientras él se tomaba un respiro. Se secó el sudor de la frente, volvió a conectar la luz de la escalera que se había apagado y sólo dio dos pitadas al cigarrillo, para no sobrecargar los pulmones, por lo menos hasta que llegaran.

Como si volvieran algo ebrios de una fiesta, se tambalearon al dar los últimos pasos y ella se inclinó sobre su espalda, mientras él buscaba la llave. Por fin, abrió.

La instaló en el suelo, cuan larga era, mientras iba a buscar un paño para limpiarle las heridas, los magullones del baldío. Limpió huellas de musgo, picaduras de insecto, arañazos de gato. Lo hizo suave y concienzudamente, sin apresurarse; por suerte, ningún daño era muy grave. Después, volvió a levantarla y la dejó apoyada contra la pared, del lado de la ventana, por donde entraba la luz de los faroles de la calle. Pensó que desde allí divisaría un panorama distinto que en el baldío; podría entretenerse con el vaivén de las hamacas (hasta el amanecer había adolescentes que fumaban hierba en la plaza), con las correrías de los perros vagabundos. Como era de noche, por la ventana podría ver el tronco oscuro de los tilos entre los haces de luz de los neones y si se estiraba un poco (y podría hacerlo en cuanto estuviera menos dolorida), hasta algunas lejanas estrellas que brillaban encima de la torre del laboratorio.

Le dio tiempo, para que descansara, mientras él hacía otras cosas. Se lavó las manos y los brazos, llenos de tierra, puso la cafetera en el fuego, sacudió el polvo de sus zapatos, encendió un cigarrillo, dio largas bocanadas, regó el helecho que ocupaba el centro de la mesa. Se sirvió el café, en una taza blanca, igual que en el bar, porque algunas cosas le gustaban que fueran como tenían que ser.

Entonces volvió a la sala, oscura, sólo iluminada por la luz de la calle que entraba por la ventana (los perfiles negros de los árboles, las hamacas sacudiéndose en el vacío, la torre erguida del laboratorio, los perros que al correr ladraban, el chasquido de los automóviles al doblar la esquina, una radio, no muy lejos, transmitiendo bailables), la miró y le habló. Se disculpó por lo duro del viaje, por haberla tapado con papel de diario (pero él era muy sensible a los orificios, no soportaba, en realidad, los agujeros vacíos). En fin, quizás fuera algo sin mu-

cha importancia. Podrían buscar otra manera de solucionarlo: quizás un parche de tela, quizás una cirugía plástica. Las demás cosas, se irían corrigiendo con el tiempo. La pintura desapareja podría arreglarse con cosméticos nuevos; los vendían en todas las tiendas. Si bien las cicatrices no eran fáciles de tapar, no creía que la afectaran mucho: le conferían carácter y madurez, algo que no abunda en este mundo. En cuanto a los cigarrillos aplastados, le aseguraba que era hombre pacífico, detestaba la violencia y la casa estaba llena de ceniceros. Solo quería, lentamente, contarle su vida.

El corredor tropieza

(Vio los altísimos árboles, los verdes follajes, un nido a lo lejos, ¿o era un conjunto de pequeñas ramas enlazadas?, la cúpula del cielo, las nubes deslizándose por la pista, blancas corredoras, las nubes desfilando antes de la meta, vio la luna en pleno día, la luna que silenciosamente había aparecido colocándose con modestia en un ángulo del paisaje casi imperceptible, los pájaros que volaban sin cesar, iban y volvían, en sus juegos, en sus propios torneos, vio alas oscuras cortando el aire, suntuosos desplazamientos, siguió con los ojos esas rutas imprevisibles, esos caminos; tirado en el suelo, con ojos asombrados, vio todo eso.)

Iba en la decimocuarta vuelta. Era un buen corredor: los periódicos lo daban como favorito y hasta auguraban un récord. Hacía años que esperaban un nuevo récord, siempre se esperan cosas así. Y ahora esa teoría de un físico brasileño, un loco, probablemente (pensó): la velocidad de la luz no es la misma en cada caso. “¿Qué significaría eso?”, se preguntó. Los periódicos anunciaban que él estaba en condiciones de batir el récord. Entonces, ¿Einstein se había equivocado? ¿O era que la luz, como él, tenía que batir un récord? Y la gente aglomerada alrededor de la pista, en la decimoquinta vuelta, cuando llevaba ventaja, una considerable ventaja, porque él había nacido para correr, mientras el sol calentaba, ah, cómo calentaba el sol, ¿qué quería decir nacer para correr? estos pies maravillosos, el locutor decía: “La extraordinaria marcha que lleva en la decimosexta vuelta, dos terceras partes del recorrido”, corredor de larga distancia, ritmo sostenido, cuando arrancó no tuvo escrúpulos de separarse del resto y dejar sentado, desde el principio, quién mandaba aquí; si pensaron que él iba a aguantarse, que no se desprendería del pelotón para economizar fuerzas y dejar la lucha —despiadada— para los últimos metros, se equivocaron: ahora corría, libre de codazos, sin nadie que le obstaculizara el camino y con toda la pista por delante, veloz como la luz, si la luz, acaso, recorre el espacio a una velocidad constante. En alguna parte —más allá de la pista oval que recorría una y otra vez, torturante como un sueño— su entrenador estaría, ansioso, mirando el reloj. ¿De modo que la velocidad de ese rayo de sol que cruzaba la pista no era constante? ¿Constante como su marcha? Vuelta número diecinueve, sólo faltaban siete más para vencer, de ese rayo de sol lanzado como un corredor anhelante; los demás se habían quedado atrás, hacía muchas vueltas los había pasado, se trataba, en cambio, de ganarle a alguien, al legendario corredor que había establecido el último récord, la marca hasta ahora definitiva, si la luz era constante. En la vigésima primera, sospechó que estaba a punto de cumplir lo prometido; a pesar del cansancio, su ritmo era excelente, atravesaba la pista a un compás regular, sus movimientos eran elásticos y leves, como los de una gacela, dijo el locutor, elegantes, como si correr no le causara ninguna dificultad. Entrevió los rostros de los espectadores confusamente, pero no había necesidad de verlos con más claridad, sólo la pista dando vueltas en el cerebro, y el entre-

nador tendría los ojos despiadadamente clavados en el cronómetro, esta vez pasó al joven corredor de cabellos rojos y pantalón azul cuyo jadeo anhelante no presagiaba nada bueno, luego al corredor número diecisiete que iba completamente rezagado, en una vuelta muy anterior, en una que él ya había dejado atrás hacía mucho tiempo, con la mancha del sol sobre la pista. Los ojos de todos se nublaban, los ojos estaban llenos de sudor y palpitantes, ahora sólo le faltaban tres vueltas, según sus cálculos, tres vueltas para que el hombrecito del banderín como un tablero de ajedrez lo dejara caer cuando él cruzara la meta, la meta, el corte de la pista, el lazo que indica que la loca carrera ha quedado atrás y escuchó un grito, un solo grito, era su entrenador que con voz firme seguramente le anunciaba que estaba a punto de cumplir lo prometido, que iba a establecer un nuevo récord, la mejor marca del mundo en diez mil metros llanos, llanos como un plato.

Fue entonces cuando experimentó unos deseos enormes de detenerse. No era que estuviera muy cansado; se había entrenado bien y todos los expertos indicaban que sería ganador de la prueba; en realidad, sólo había corrido con el fin de establecer un nuevo récord. Y estas ganas irresistibles de quedarse. De echarse al borde de la pista y no levantarse más. Cuidado: no está permitido tocar al corredor caído. Si se levanta por sus propios medios, puede continuar corriendo. Pero no está permitido que nadie lo ayude a ponerse en pie. Estos deseos incontenibles de sentarse al costado de la pista y elevar los ojos al cielo. Seguramente vería los árboles, pensó. Un puñado de ramas llenas de hojas que tiemblan, y en la cima, algún nido. Las hojas más pequeñas sacudiéndose al viento, a este leve viento que desplaza la velocidad de la luz ya para siempre inconstante, según el físico brasileño. “No soy nada especial, señora —le dijo la otra noche, a una admiradora algo senil—. Sólo un experto organizador del tiempo.”

El entrenador, excitado, le hizo la señal: sólo faltaba una vuelta. Una sola más. Y su velocidad no había disminuido. Pasó al lado de un corredor que jadeaba, con la mano en un costado. Ah, ese seco dolor debajo de las costillas, esa opresión que dificultaba el acto de respirar. Cuando se siente, uno está acabado y sería lo mismo que abandonara la pista. Aunque por pundonor, no se abandona. Esa molestia en el bazo, según aprendió en sus años de entrenamiento. Un órgano del que poco oímos hablar, porque sólo

nos molesta cuando hemos hecho un esfuerzo extraordinario, cuando hemos corrido demasiado. Y estas ansias desconocidas e incontrolables de parar, de detenerse al borde de la pista, mirar los árboles, respirar profundamente. Las vueltas son todas iguales, se juntan en la memoria y no se sabe ya si se dio la veintitrés o la veinticuatro, la dieciséis o la diecisiete, como aquel pobre chico que creyó haber llegado a la meta y se tiró al suelo. Alguien —seguramente su entrenador, o uno de los jueces de la prueba— se acercó y, sin tocarlo, le comunicó la noticia de que aún no había llegado, de que se había equivocado en los cálculos: todavía le quedaban tres vueltas pendientes. Y él, con los músculos agarrotados.

Y él, sin poder levantarse del suelo. Y cuando lo hiciera, sería sólo para seguir corriendo, si no se desmayaba antes. A él jamás le pasaría una cosa así. Corría con naturalidad, como si ése fuera el acto más normal de la vida, como si se pudiera correr siempre. Con regularidad, pero constante, con una velocidad siempre igual a sí misma, no como la luz, que lo había traicionado y ahora

parecía que se desplazaba desigualmente. El estaba a punto de batir el récord. Y entonces, el éxtasis de dejarse caer; el divino, sublime éxtasis de detenerse, resbalar suavemente hacia el borde, el borde de la pista, a pocos metros del final, justo un poco antes de la meta; deslizarse pausadamente hacia el suelo y elevar la cabeza, ah los altos árboles, el cielo celeste, las nubes lentas, los penachos crespos de las ramas, las hojas se mueven, dirigir los ojos hacia arriba y contemplar el cadencioso vuelo de los pájaros, hay algarabía alrededor pero no la escucha, seguramente reproches, seguramente insultos, su entrenador exasperado, poder ver a los demás corredores pasar, sus pantalones cortos, algunos jadean ostensiblemente, aquél se lleva la mano al costado, ah, no terminarás, no podrás concluir, pero arriba los árboles flotan, flotan en una atmósfera irreal que nadie ve, ahora el rubio que experimenta un calambre y renquea, ¿he visto alguna otra vez a ese pájaro?, el locutor narrando el suceso increíble, como la luz, su velocidad era constante, pero tuvo deseos de detenerse. Y elevó los ojos hacia el cielo.

El tiempo todo lo cura

Soy un hombre con prisa, por una cuestión de temperamento. Cuando me separé de ella, me dirigí rápidamente a una tienda de empeños. Necesitaba una buena porción de tiempo para depositar sobre las heridas, restañarlas y curar en seguida. Las heridas estaban distribuidas de manera desigual, aunque todas dolían; había algunas más profundas que otras: una fuerte lesión en el orgullo, por ejemplo, sangraba de manera casi continua y pensé que no era decoroso mostrarme así en público. La herida en mis proyectos de futuro era purulenta: la gangrena avanzaba sobre los atardeceres del día domingo e infectaba mis sueños nocturnos, provocándome insomnio.

—Necesito una buena ración de tiempo —le dije al empleado que apareció, solícito, frente al mostrador—. Póngamela sobre las heridas: me irá a acostar ahora mismo. Espero amanecer curado.

El hombre me miró con indiferencia.

—¿Qué clase de tiempo quiere? —me preguntó, sin hacer un gesto. Era rubio, tenía los ojos claros y transparentes, un traje usado, la uña del dedo pulgar más larga, como para raspar la mesa. Su indiferencia mostraba que era un hombre acostumbrado a comprar y vender.

—Me da lo mismo, la clase que sea, siempre que cure —le respondí.

El hombre miró sin demasiado interés hacia los estantes. Los armarios estaban atiborrados de objetos; había utensilios domésticos, lámparas, ropas usadas, libros de memorias, viejas máquinas de escribir, tientos con flores de plástico y peceras vacías.

—Tendrá que esperar un rato —me contestó—. No tengo tiempo almacenado.

Detesto esperar. Sin embargo, era lo más prudente. Mis heridas estaban al aire, sangrantes: un buen emplasto podría curarme. ¿Qué clase

de tiempo sería el adecuado? ¿Un tiempo vacío, como los días de su ausencia? ¿Un tiempo indefinido? ¿Diez, doce, quince porciones de tiempo? Iba a comprar las que hicieran falta y a aplicármelas de inmediato sobre la piel: soy un hombre que ama la velocidad y la cicatrización era muy lenta.

En ese momento, abrió la puerta una muchacha.

Era rubia, tenía los cabellos cortos, estaba muy bien vestida, pero inspiraba un sentimiento agudo de fragilidad. Tuve miedo de que al abrir la puerta se volara, como una pluma, de que sus pensamientos, sus ideas, sus deseos fueran a estallar, rotos en mil pedazos. Tendría que inclinarme a recogerlos y ella, posiblemente, se sentiría avergonzada. Parecía algo aturdida; es más: daba la sensación de que siempre estaba algo aturdida.

—Quisiera vender un poco de tiempo —dijo, sin elevar mucho la voz, pero también, sin humildad—. En seguida —agregó. Debía tener una urgente necesidad de desembarazarse de él: ni siquiera había esperado a que el hombre la interrogara.

—Precisamente es lo que estoy buscando —dije, adelantándome al vendedor—. Se lo compro. Todo el que tenga. Pago lo que sea.

Pareció un poco sorprendida por mi intervención.

—No creo que sea un tiempo muy útil —dijo, con sinceridad—. A mí me resulta incomodísimo; verdaderamente, no sé qué hacer con él, me fastidia; me gustaría desembarazarme de él de una manera incruenta, honesta, digamos.

—¿Todo el que tiene, señora? —pregunté, un poco asombrado.

Se había apoyado sobre el mostrador, dejando ver el hermoso puño de la blusa adornado con un gemelo. El gemelo era una flor de lis, dorada, sobre fondo negro. Yo hubiera deseado también esos gemelos, y, posiblemente, a la mujer que los usaba, pero en ese momento experimenté un terrible tirón en la pierna: allí tenía un buen golpe, necesitaba un remedio.

Delicadamente apoyada sobre el mostrador, con la camisa malva, parecía vacilar acerca de la cantidad de tiempo que estaba dispuesta a venderme.

—No sé con qué cantidad quedarme —confesó, algo turbada—. En realidad, me gusta matarlo de muchas maneras, arrojarlo por la ventana, dilapidarlo, hacerlo estallar entre las manos. Lo meto en la cama y lo despedazo: ah, tiempo avasallador; siempre reaparece, estorbándome. Tome la cantidad que quiera. Para mí, no tiene ninguna utilidad. El que quede, de todas maneras me parecerá muy largo.

Le compré una buena porción de tiempo. Ella respiró, bastante feliz, como una niña a la que han exonerado de una pesada tarea. Me invitó a beber un refresco (quiere matar el resto, pensé), pero yo quería irme en seguida: las heridas sangraban, todavía, dolían mucho; iba a bañarlas en tiempo, a restañarlas en tiempo, a macerarlas en tiempo, un buen tiempo, un tiempo vacío, como el que había comprado, un tiempo accesorio, sin importancia, pero que restableciera los tejidos.

**La correspondencia a C.E.U.A.L., A.C. o
a Cuadernos de Marcha debe enviarse a *Apartado*
Postal 19-131, México 19, D.F.
Teléfono provisorio 550 2935.**

alianza editorial mexicana, s. a.

NOVEDADES

JOSE ARICÓ
MARX Y AMERICA LATINA.
244 págs. - B.I.B. 5.

ELIAS CANETTI
MASA Y PODER, 1 y 2.
L.B. 931-932

RICHARD SENNETT
LA AUTORIDAD.
188 págs. A.U. 341.

CARL SCHMITT
TEORIA DE LA CONSTITUCION.
380 págs. - A.U.T. 57.

HANNAH ARENDT
LOS ORIGENES DEL
TOTALITARISMO, 3.
240 págs. A.U. 335.

CURT PAUL JANZ
FRIEDERICH NIETZSCHE, 2.
Los diez años de Basilea (1869-1870)
472 págs. - A.U. 343.

ROBERTO CENTENO
EL PETROLEO Y
LA CRISIS MUNDIAL.
504 págs. - A.U. 346.

Disponemos de ~~10~~
pocas colecciones completas

encuadradas de

CUADERNOS DE MARCHA

(Segunda época, números 7 a 12)

Precio (por correo
certificado):
En México: \$ 600

Otros países:
por correo aéreo:
40 dólares
por correo de superficie:
30 dólares

Envíe su pedido con cheque
u orden de pago internacional
a: Cuadernos de Marcha
Apartado postal 19-131
México 19, D.F.

Indique con claridad su
nombre y dirección.

El socialismo real

México, D.F., a 11 de marzo de 1983

Co. Carlos Quijano

Quiero exponer mi opinión acerca del artículo que apareció en *Cuadernos de Marca No. 16*, titulado: "Nuestra izquierda y el 'socialismo real'" escrito por Julio Barreiro.

Considero que el tema principal implicado en el antedicho artículo, y que subyace como leit motiv, es el de la explotación; permítame entonces extenderme sobre este punto.

¿Qué es la explotación? Podríamos definirla como la apropiación del producto del trabajo humano por la persona o personas que controlan como suyo un capital y pueden disponer de éste en forma parcial o total; el Capital es, pues, una *relación social*. Pues bien, *no* es explotación:

- a) Contribuir al aumento del Producto Interno Bruto (PIB) por medio de un manejo *racional* del Capital y de las utilidades (o plusproducto) obtenidas.¹
- b) Aceptar tener utilidades excesivas pero sólo con la finalidad de usarlas en la producción o disfrute de bienes (culturales o materiales) *sociales*, desde el punto de vista *mundial*.²

Los dos casos anteriores valen, tanto para el capitalista de un país de capitalismo real, como para el de un país de socialismo real; en este contexto llamo capitalista del socialismo real al dirigente de un país socialista que utiliza el aparato estatal para fines personales. Este capitalista *no* ejerce explotación mientras no disponga del capital con un fin *utilitarista-individualista* (en cualquier nivel: personal, grupal o gremial) y desde luego, que no lo haga con el trabajo humano y sus productos.

- 1 En este contexto se puede definir lo racional como sigue:

Primero: No hacer un consumo *demasiado* alejado del consumo de las mayorías por parte de quien controla el Capital.

Segundo: Que exista un cuestionamiento incesante de las viejas y nuevas necesidades indispensables *socialmente* y que se busque, por todos los medios posibles, implicar ese cuestionamiento en el *salario mínimo social*.

- 2 El devenir económico se ha desarrollado en un plano mundial cada vez en mayor medida, sobre todo a partir del siglo XVI, y a sus interacciones se ha ido integrando la mayor parte del género humano; por tanto, los beneficios o perjuicios del proceso social de producción en cada país, fábrica o cualquiera otra entidad productiva, *deben ser* contemplados bajo el prisma de los *intereses sociales mundiales siempre* al mismo tiempo que los intereses grupales.

Consideremos aquí a la producción como el resultado de un *esfuerzo social conjunto* en los terrenos material y espiritual e impliquemos todo lo anterior en la realidad de los países del mundo, independientemente de sus autodefiniciones de sistema.

Se podrá observar lo siguiente:

1. El consumo de los capitalistas en los países de capitalismo real, que aquí llamaríamos empresarios, está muy alejado del consumo de las mayorías; una cifra que reitera lo dicho: un sector correspondiente al 20% de los mexicanos consume la mitad aproximadamente, de lo que produce el país; y en el extremo, la mitad de este sector consume *quince* veces lo que consume el 10% de los mexicanos más pobres, los del otro extremo. Lo anterior no vale, en general, para los países de socialismo real en donde ese alejamiento en el consumo no es tan acentuado ya que el Estado socializa cada vez un mayor número de satisfactores y servicios y limita, al mismo tiempo, la producción de artículos que se consideren suntuarios; elevándolos de precio.
2. En los países de capitalismo real, o sociedades de consumo, no existe un cuestionamiento incesante de las necesidades mínimas sociales sino que, al contrario, se evita el cuestionamiento por medio de la publicidad enajenante la que, coactuando con la falta de información, da por resultado un detrimento constante en el consumo mínimo social (reitero: a nivel material y cultural-espiritual) de los trabajadores³ y, al mismo tiempo, un aumento tendencial del consumo de los empresarios y subcapitalistas (en este contexto: pequeño burgueses) inclusive hacia consumos no necesarios, víctimas ellos de su propia enajenación. Nuevamente lo anterior no vale, en general, para los países de socialismo real porque existen en éstos, mecanismos que posibilitan una mayor participación social en la toma de decisiones ya que el Estado socialista, además de su mayor envergadura democrática, tiene mayor ámbito de acción en virtud de que sus tareas no se circunscriben al ámbito político. Desde luego, no se puede evitar que los habitantes de los países de socialismo real no reciban influencias en cuanto al consumo, uso del tiempo libre, cultura, etc., de los países de capitalismo real, pero las diferencias básicas están dadas.
3. La constante competencia que prevalece en los países de capitalismo real⁴ obliga al empresario a una producción caótica, sin planificación, lo cual genera en todos los niveles un desperdicio material humano en la producción y en el consumo (publicidad, gastos de ventas, etc.), al mismo tiempo que genera una obligación de sacar la máxima riqueza de las manos y cerebro del trabajador empleado sin compensación *proporcional obligada*: el desempleo crónico y el entronizamiento sistemático de una ideología para la explotación son palancas decisivas para lograrlo, palancas que se presentan en

los países de socialismo real con una modalidad muy raquítica.

4. Las crisis que sufren los países de capitalismo real son la prueba de la opción que les da el aparato estatal a los empresarios para que éstos eludan la responsabilidad ante la sociedad para invertir continuamente si no se les asegura un nivel de utilidad "razonable", quedando a su arbitrio el dejar de invertir con los consiguientes costos sociales en desempleo, estancamiento de la producción y de la productividad, etc. En los países de socialismo real, en lo general, existe una planificación y una casi ausencia de crisis económica,⁵ lo que da opción a socializar cada vez más las necesidades y, por tanto, existe un tendencial bloqueo del aparato productivo para cubrir demandas demasiado específicas y particulares.

A nivel cuantitativo, pues, se puede observar una diferencia entre la explotación que ejercen los capitalistas y subcapitalistas en los países de capitalismo real respecto a los de socialismo real, independientemente del uso o desuso que hagan de sus respectivos aparatos de Estado.

Pero no sólo a nivel cuantitativo. El capital, siendo una relación social, se reproduce y aumenta en dos niveles: material e ideológico. En el terreno material se reproduce y aumenta en la misma medida que se regenera y se fortalece la capacidad de dominio sobre la naturaleza por medio del aumento de eficiencia del aparato productivo *detentado* por el grupo hegemónico, grupo que ejerce su dominio precisamente a través del control de ese aparato; en el terreno ideológico el capital se reproduce y aumenta en la misma medida en que se regenera y fortalece esta relación social (no interesan aquí sus determinaciones históricas) aceptada por la *mayor* parte de los integrantes *activos* de esa sociedad.⁶

Desde esta perspectiva se puede ver que, a nivel cualitativo, el capital socialista (llamémosle así) tiende a desaparecer en la medida en que la ciencia libera cada vez a un mayor número de habitantes, del proceso de producción de bienes de subsistencia o de otra índole no liberadora, integrándose estas personas al proceso de liberación (cuya lucha principal está en el terreno intelectual, tanto de las Ciencias Naturales como de las Ciencias Sociales incluidas en éstas la crítica de la Cultura y la Cultura misma) y produciéndose un sistemático desvanecimiento de la relación social que define al capital, proceso impulsado por medio del

ideal cristiano "De cada quien según su capacidad y a cada quien según sus necesidades" el cual, todavía, sigue siendo el objetivo de los dirigentes de países de socialismo real que recién lo son: Cuba y Vietnam para citar dos; lo cual significa un acercamiento siempre mayor a la igualdad de *oportunidades* de desarrollo personal y social (que de ninguna manera significa igualdad de actividades) cuando *se libera* el pensamiento humano. Este ideal no es otro que la sociedad sin clases, sin explotación y, desde luego, sin capital.

Otro aspecto: en los países de socialismo real el capital disminuye en la misma medida que el aparato productivo desvanece su *status* de aparato *detentado* por un grupo hegemónico, sin que por ello dicho aparato deje de aumentar su capacidad de dominio sobre la naturaleza. Este desvanecimiento se logra al ir liberándose el aparato productivo⁷ de los nexos autoritarios que ejerce la "intelligentsia" (que aquí llamo subcapitalistas de socialismo real) y los dirigentes sociales, quienes detentan el capital en los países de socialismo real, es decir, el poder político-económico-cultural y científico; fenómeno *posible* en países de socialismo real con vanguardias lúcidas (Cuba es el caso), *difícil* en países de socialismo real con dirigentes poco conscientes de las necesidades humanas e *imposible* en *todos* los países de capitalismo real, llámese desarrollado o subdesarrollado, de economía "mixta", de *laissez faire* o como quiera llamarsele.

Se puede aceptar una ironía dolorosa: los países de socialismo real más avanzados en el terreno material, en el de la técnica y las Ciencias Naturales, son los menos avanzados en el terreno de la Ciencia Social (desde luego, esto referido a los demás países de socialismo real) y no se vislumbran cambios en el horizonte: en la URSS, por ejemplo, hay coerciones graves en el terreno intelectual, no ha habido disminuciones substanciales en la jornada de trabajo de las mayorías trabajadoras, siguen existiendo mayores privilegios a quienes poseen títulos académicos (que no son más que títulos nobiliarios de nuevo cuño) etc.; como contraparte, en Cuba, los máximos dirigentes no han perdido la brújula para acabar con el capital, pero no se cuenta con un país fuerte económicamente que pueda soportar un esfuerzo ideológico y cultural, en todos los niveles, del que resulten acercamientos reales al ideal cristiano ya citado y no se vislumbran cambios por ahora: siguen existiendo, de facto, relaciones capitalistas entre los países de socialismo real que impiden en estos países un crecimiento económico más acelerado.

De todo lo hasta aquí dicho, que no es nuevo, parto para hacer una crítica al artículo mencionado. Considero que hay dos errores básicos: ignorancia de factores políticos en conclusiones de índole económica y viceversa y, por otro lado, una confusión entre Estado Socialista y Estado Burgués. A continuación expreso mis observaciones al respecto.

En el inciso (a) el autor "demuestra" que no existe diferencia entre el modo de producción de los países de capitalismo real y los de socialismo real, afirmando: "Señalemos por el momento que la importancia de la propiedad individual en el campo tiene decisivas consecuencias en los precios de los productos alimenticios,

3 Consumo *específico* para cada época, pero que no debe serlo para cada lugar.

4 Competencia determinada, en los países desarrollados, por una guerra existente entre los grandes monopolios y cárteles por el control del mercado capitalista y, en los países subdesarrollados, se efectúa la misma competencia pero a nivel local cuando existen gobiernos de índole nacionalista (muy raros, por cierto).

5 El "casi" se debe a la dependencia parcial de las economías de estos países hacia las economías de capitalismo real.

6 Llamo "integrantes activos" a aquel grupo de personas que logran formar fuerzas políticas *decisivas* en la conducción del respectivo aparato de Estado en el país donde viven.

7 El término "productivo" está referido a una producción tanto material como en el plano de las ideas.

y en el valor de la fuerza de trabajo. Polonia es el mejor ejemplo al respecto (pág. 46)". Quiero señalar que el avance organizado y el desarrollo de la conciencia de clase son más lentos en el campo, sobre todo porque invariablemente el campo de los países de socialismo real fue heredado con un atraso feudal (a excepción de Checoslovaquia, como se señala) por los regímenes destronados por el Estado Socialista, y con una agravante más en el caso de la URSS: el socialismo se comenzó a construir con la indiferencia, si no es que con la hostilidad de la clase campesina hacia los cambios ordenados por los nuevos gobiernos, tanto en el plano económico-político como en el de las ideas, generándose incomprensiones entre el campesinado y los habitantes de las ciudades que persisten hasta la fecha. Esta diferencia no es tan marcada en los países en los que el cambio fue promovido desde el campo ¿porqué a éstos no los puse de ejemplo el Sr. Barreiro?

En el inciso (b) el autor señala: "Tanto en Oriente como en Occidente, al no pertenecer al proletariado los medios de producción, tampoco le pertenecen los productos de su trabajo". En este caso hay una ignorancia total del factor político: el estado en un país de socialismo real tiene un carácter más representativo y democrático,⁸ sobre todo en los países que recién lo son, un ejemplo: en la salida a Miami de los renegados cubanos, se levantaron en manifestación de apoyo al Estado Socialista MILLONES DE HABITANTES y Cuba apenas si tiene diez millones de habitantes. ¿Se han manifestado en países occidentales con la misma energía hacia su Gobierno? Se afirma también en este inciso "... lo que uno se pregunta es cómo es posible la existencia de un modo de producción socialista con producción mercantil, con producción para el cambio y no para la satisfacción de necesidades humanas", la respuesta es vieja: se hace compatible esta realidad en la medida en que se comprende que la producción para la satisfacción de las necesidades humanas sólo se alcanza en la plena producción, o sea, en el *comunismo*, y en el *socialismo* las circunstancias obligan a "producir según las capacidades de cada individuo y a recibir éste según lo producido".

En los dos anteriores incisos se ignoran premisas de índole política para hacer conclusiones de índole económica, caso inverso es lo referente a una aseveración que aparece dentro del inciso (c): "Si también en la Europa del Este o en Cuba, los trabajadores no produjeran un plusvalor por encima de la reproducción del valor de su fuerza de trabajo, si para los obreros el salario fuera allí el 'pago del trabajo', ¿cómo se explica que los dirigentes y demás burócratas y funcionarios del Partido y el Estado vivan sin trabajar productivamente?...". (pág. 49). Yo me pregunto ¿Qué es trabajar productivamente? Si trabajar productivamente es producir sólo para consumo material, entonces ¿los artistas no producen? ¿Los científicos no producen tampoco, a pesar de ser ellos responsables en gran medida de los grandes saltos técnicos que han aumentado en varios órdenes de magnitud la productividad? ¿No producen tampoco los dirigentes políticos que han logrado desatar las energías creadoras de pueblos enteros

hacia la producción en todas las esferas, tal y como no lo acepta el Sr. Barreiro en la página 60?

No me atrevería a afirmar que algún dirigente social, funcionario, policía o militar "no produce" sino más bien si impulsa, o no, la producción material y espiritual de la nación en la que trabaja, y en esa misma medida se le puede enjuiciar como explotador o como un individuo que trabaja para su pueblo y que lo defiende *preservando* sus fuerzas productivas o *impulsándolas*.

Por lo que se refiere al inciso (d), estoy de acuerdo con lo que afirma el autor, en el sentido de que existirá un grupo hegemónico en tanto prevalezcan en éste intereses particulares y no sociales y los haga valer por algún medio, incluyendo el aparato estatal; pero hablar en sentido "social" es hablar de los intereses sociales de la *especie humana* y no sólo del país en cuestión, es decir, de la actitud que han asumido esos burócratas y funcionarios, si han contribuido a forjar un mundo más justo; la respuesta es, al menos para la URSS: el Gobierno soviético sí lo ha hecho a nivel internacional, ha apoyado revoluciones asediadas por los países imperialistas, ha enfrentado al Imperio más feroz y ha asumido actitudes de apoyo económico a países subdesarrollados cuyos gobiernos recién comienzan a luchar contra la injusticia. Menos aún se puede generalizar que "... no poseyendo estos individuos (se refiere a la clase dirigente de la URSS, Cuba o Rumania) propiedad privada alguna a título personal, si la poseen en tanto que un grupo social opuesto y enfrentado al conjunto de la sociedad", hacer esta aseveración quizá valga en parte para países de socialismo anquilosado, como la URSS, pero no vale, definitivamente, para países que desde hace pocas décadas han entrado en una nueva etapa de relaciones sociales (como Cuba) y cuya revolución no se ha avejentado y, por tanto, sus respectivos gobiernos no están enfrentados con sus pueblos.

En la parte II el Sr. Barreiro entra de lleno en la problemática que ya había encarado en el inciso (d). Afirma, todavía en el inciso (d): "Que la clase obrera no dirige el proceso de producción (ni inmediato, ni global) en los países 'socialistas' queda patentizado, entre otras cosas, por el hecho de que no es ella quien decide, por ejemplo, la distribución de la riqueza social entre consumo y fondo de acumulación". Mi respuesta es que ese razonamiento es incorrecto, porque las circunstancias específicas actuales determinan, todavía, la imposibilidad de convertir a un obrero en ingeniero, así, de inmediato, o de que "dirija el proceso de producción" (pág. 52), porque la cultura, esa palanca para acercar la libertad, *no* está al alcance de todos hoy y, por tanto, no pueden usarla todos los trabajadores aunque quieran! Hace falta un proceso de socialización de la cultura y de su cuestionamiento medular, procesos en los cuales los obreros no se han podido integrar por las condiciones de trabajo enajenante a que están sometidos, cuando mucho pueden poner representantes en la entidad que defina e instrumente las cuestiones sobre la "distribución del producto social entre consumo y acumulación", sobre la modalidad que deberá adoptar la socialización de la cultura, el grado de disminución de horas de trabajo o cualquiera otra cuestión.

Finalmente, el problema de la destrucción del aparato de Estado Socialista (o de la Dictadura del Proletariado) es un problema simple de defensa popular,

8 Aunque después puede perder este carácter como es el caso de Polonia y, en menor medida, de los países de Europa Oriental y la URSS.

sobre todo en esta época del más feroz de los imperios. ¿Cómo evitar que pueblos enteros se embarquen en guerras objetivamente injustas sin un instrumento que modere ambiciones injustas? Creo que la respuesta es **reforzar** el poder del aparato de Estado Socialista sobre todo cuando éste sigue defendiendo al oprimido y reparte mejor la riqueza (o la pobreza, cuando la hay); y cuando esta Dictadura del Proletariado deja de serlo, se debe forjar otra, no lo discuto, pero si la que ya existe no ha dejado de serlo se deben buscar formas de depurarla sin dañarla demasiado, por tanto, no cuestiono el derecho de forjar una organización paralela al Estado polaco, por parte del pueblo de Polonia, si este Estado ya no cumple con su pueblo, pero los dirigentes de Solidarnosc no tienen derecho a traicionar la causa del socialismo, porque si lo hacen, tampoco lo tienen para recibir apoyo de los obreros comprometidos con la justicia.

El Sr. Barreiro afirma lo siguiente: "Decíamos que el socialismo (Dictadura del Proletariado) sería la forma política de la transición al comunismo, 'un estado que ya no sería tal' para usar la expresión de F. Engels. Y que no sería tal porque ya no sería la política una 'esfera particular' de actividad, cuyo monopolio corresponde a una parte minoritaria de la sociedad. Ya no existirían funcionarios irrevocables, o profesionales de la administración estatal o militares que sólo se dedican a 'lo militar', o millares de parásitos que viven del trabajo ajeno. Se asemejaría más a una maquinaria que empieza a *autodesmontarse*; con propiedad podría hablarse de una tendencia a la *autodestrucción*".

"Comparemos lo dicho con la tercera realidad soviética, cubana o china. No tendría nada de osado afirmar que estas 'revoluciones socialistas' han montado sobre las cenizas de los regímenes autocráticos precedentes, aparatos estatales más poderosos, más tentaculares, **más importantes numéricamente**,..." (pág. 55, subrayado mío).

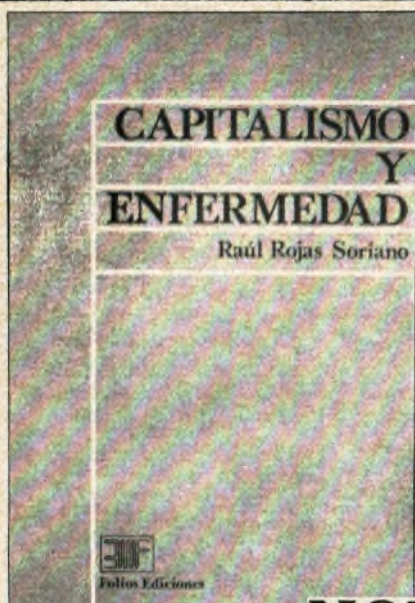
Acerquémonos al problema, el Estado es una entidad de opresión de una clase social, por otra, pero es en el socialismo cuando el Estado obtiene una cualidad que no tenía en anteriores épocas: los opresores son la *mayoría* y los oprimidos son la *minoría* que había estado explotando a los trabajadores: la burguesía. Esto ha estado sucediendo, en general, en los países de socialismo real, pero sucede que la burguesía se ha estado reforzando en otros países y ha lanzado a los trabajadores en luchas fratricidas (Vietnam y El Salvador son sólo dos ejemplos) ¿Qué hacer ante esto? ¿Destruir y desmontar un Estado que, con todo y contradicciones, sigue defendiendo al pueblo? Hacer esto último sería caer en el más puro anarquismo, porque mediante el

solo ejemplo de justicia que se pueda lograr en un país o conjunto de países, no se mueven los pueblos hacia la Revolución y más bien se corre el riesgo de perderlo todo; el Sr. Barreiro se equivoca si cree que la clase obrera se desarmará antes de tiempo, y ese tiempo del desarme llegará cuando ya no exista enemigo capaz de oprimir, cuando *ya no haya opresores*. Mientras tanto, cabe aclarar lo siguiente: los dirigentes de países de socialismo real que preconizan ahora el fortalecimiento de la dictadura del proletariado, no traicionan los principios estratégicos de la clase trabajadora mundial ya que el aniquilamiento del Estado *nunca* ha sido planteado por los líderes de la clase obrera (desde Marx hasta el "Che" Guevara) a nivel *cuantitativo*, tal y como se lo plantea el Sr. Barreiro, sino que lo hicieron a nivel *cualitativo*, es decir, en el sentido de esfumar en el Estado Socialista la cualidad de ser máquina opresora, independientemente de que ese Estado, en el momento de dejar de serlo, haya integrado a la mayor parte de la *sociedad humana* y penetre en todos los ámbitos de la vida.

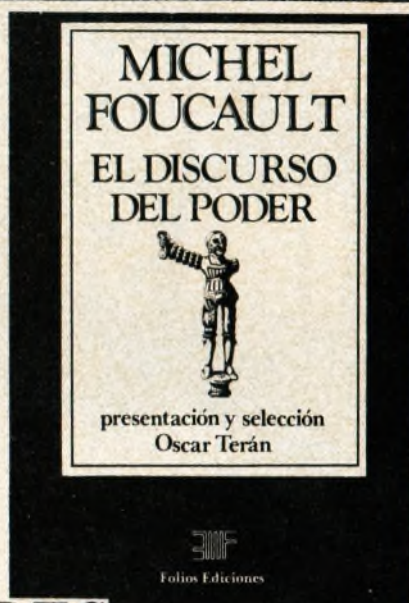
Concluyo este escrito con lo siguiente:

1. Es muy grave generalizar situaciones concretas de un país, hacia otros que no presentan la misma problemática, en aras de "teorizar".
2. Grave es, también, hablar de 'autoritarismo, policía secreta, privilegios a la "intelligentsia", etc., sin ver la contraparte: guerra fría, carrera armamentista, intervención y aplastamiento sangriento de levantamientos populares solidarios con los intereses de la clase trabajadora.
3. La Historia no se hace con base en impulsos hacia "metas" ya que ésta no se plantea metas, sólo se plantea necesidades concretas para cada época y son los pueblos quienes deciden.
4. Así como una sociedad sin clases no se hace por decreto, es decir, por los deseos u órdenes de una vanguardia social, así tampoco no se evita este tipo de sociedad sólo porque unos malos dirigentes obstaculicen ese paso: son los pueblos los que forjan su destino y las causas de sus males nunca están *solamente* en sus dirigentes.
5. Los procesos sociales actuales se deben ver, desde ya, como parte de un *proceso social mundial* en donde, como lo demuestra la tragedia del pueblo palestino, a veces se sacrifican pueblos enteros por la causa de la Humanidad.

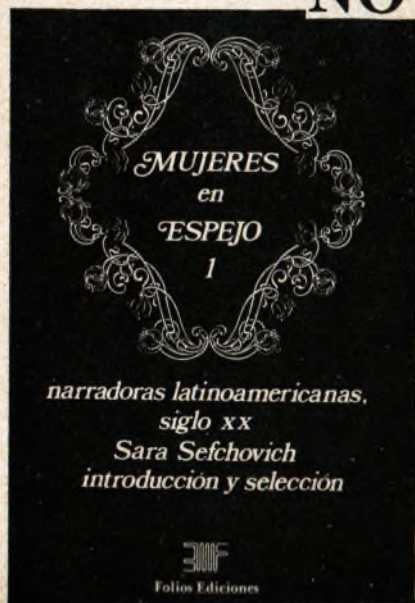
Melvin Grávastas M.
Apdo. Postal 13-550
08840 México, D.F.



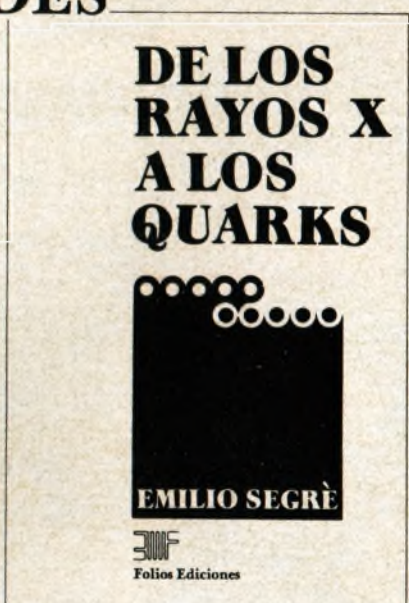
Folios Ediciones



NOVEDADES



Miguel A. de Quevedo 121, of. 202
01070 México d.f.
Tel. 548-98-87



libros discos arte café

gandhi

m.a. de quevedo 128 / 548-1990



Con estas Guías los padres no se pierden



Guía práctica de la salud y psicología del NIÑO

P. Castells Cuixart

Un libro
para los padres
que responde a todas
sus preguntas

Planeta

Nuevo libro del NIÑO

Edwin Kiester, Jr. y Sally Valente Kiester



- Cómo criar un niño feliz y sano
- Consejos prenatales para madres y padres
- Una guía completa para el cuidado del niño desde el nacimiento hasta los seis años
- Gráficos de estatura y peso del niño



A estos libros se les entiende todo. Por eso son prácticos. Porque explican lo esencial; todo aquello que los padres deben saber para conocer mejor a sus hijos. Los autores responden en estos libros a todas las preguntas que puedas hacerte acerca de tu hijo. Compruébalo.